TU DIGNIDAD VALE MUCHO

ADA K. SOLER

TU DIGNIDAD VALE MUCHO

ADA K. SOLER

ISBN: 9798395802842
Sello: *Independently published*
Título original: Tu dignidad vale mucho
Ada K. Soler
Copyright ©2023, Jannys Sorel Hernández Reyes
Fecha de edición: junio 2023
Corrección: Elisa Mayo
Maquetación: Ada K. Soler
Imágenes de la portada: "Imagen de Freepik". Esta portada ha sido diseñada usando imágenes de Freepik.
Diseño de la portada: Ada K. Soler

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright.* La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes y hechos retratados en este libro son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Para aquellas madres que tienen miedo a que sus hijos se rodeen de amistades peculiares.

Para aquellas/os amigas/os que ven cómo sus compañeros caen en un bucle sin salida.

Para todas las personas que donan una confraternidad inmaculada y dan sentido al verdadero valor de la AMISTAD.

CONTENIDO

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
SEGUNDA PARTE
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA
JERGAS USADAS EN LA REPÚBLICA DOMINICANA
OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

PRÓLOGO
MERCEDES Y SU PECULIAR NIÑEZ

—Vamos, tómate tus medicinas —ordenó su madre al mirar la hora en el reloj de color naranja que colgaba de la pared. Eran las diez y quince minutos. Estaba eligiendo la blusa que iba a combinar con la falda plateada para el atuendo de la mañana. Optó por una amarilla con escote pronunciado en la parte de los pechos.

—¿Por qué siempre me das esas pastillas que me hacen dormir? —preguntó la niña con una vocecita caprichosa.

—Esta es la otra, la que prescribió el médico. —Altagracia, que estaba en la habitación, se acercó, se agachó frente a la mecedora donde se encontraba su hija, que miraba los dibujos animados, y abrió el puño izquierdo.

—No quiero —rebatió Mercedes, y le dio un manotazo que hizo que la sustancia narcótica cayera al suelo.

—Eres una desobediente —chilló la mujer con desagrado, poniéndose un flequillo detrás de la oreja. Los minutos corrían y su nuevo amigo estaba por arribar.

—Cada vez que me das esas cosas, me mareo —dijo la criatura con tono de enojo a la vez que fruncía el ceño y cruzaba los bracitos, al compás del balanceo de la silla.

—Pues vete a jugar con Teresa, que yo tengo visita.

—Estoy viendo la tele, iré más tarde.

—No seas malcriada, ¡vete ya!

—Siempre te visitan hombres, nunca una amiga —le reprochó con timidez, un poco encogida.

—Esta mocosa me va a hacer perder el día —murmuró para sí.

Mercedes la escuchó y le lanzó una mirada de disgusto.

—Quienes vienen son mis amigos y no tiene que incumbirte —espetó. Sin darle importancia a lo sucedido, se arregló el pelo, caminó hasta la pared de la sala donde colgaba un espejo, tomó un pintalabios, le dio vuelta, la pasta subió y se la puso en la boca. Una vez que lo hizo, movió los labios una y otra vez para que la pintura quedara uniforme.

—Sí que me interesa, eres mi mamá. A la vecina de al lado, ¿por qué la visitan sus amigas y a ti, machos?

—Calladita te ves más bonita —replicó la mujer mientras se rociaba espray en el cabello para que le quedara con sujeción.

—¿Sabes?, algunos de los que vienen aquí me miran raro —

enfatizó y se chupó el dedito pulgar, al mismo tiempo se enrocó un mechón de pelo en la mano izquierda.

—¡Quién dijo!, no te inventes las cosas, Mercedita. Ellos solo son simpáticos contigo.

—Mamá…

—Oye lo que te voy a decir —cortó—, no te metas en mi vida, que yo tengo que trabajar para darte de comer.

—No voy a ir a la escuela —dijo en tono repulsivo, sin saber por qué.

La madre entendió a la perfección el comportamiento de negación de su niña, lo hacía para que ella cambiase de idea y dejara de recibir individuos de una cierta índole. Si se buscaba un trabajo con una paga quincenal o mensual era demasiado fatigoso para ella. Además, duraría poco, porque tenía la maña de coger las cosas de los otros.

Le gustaba lo que hacía; ir de fiesta, ser el centro de atención en los bares de mala muerte. Había comenzado a temprana edad, y su imagen se deterioraba con el paso del tiempo. Sus clientes, cada vez, le pagaban de menos… y la trataban como tal.

A sus ocho años, Mercedes se daba cuenta de la calaña de vida que ejercía su madre. Con más asiduidad, el flujo de personas era evidente en su hogar. Su incredulidad acrecentaba cada vez más en lo que su madre le decía. Mercedes se levantó, la miró con aversión, tenía que obedecer, si no la tomaba del brazo, la sacaba de la casa y echaba la llave a la cerradura. Optó por ir a buscar sus muñecas de trapo que le habían regalado sus abuelos para su cumpleaños y se aventuró a decirle la verdad, empero prefirió callar, así evitaría una bofetada al comienzo de la mañana.

Altagracia, ese día, no podía mandar a casa al espécimen cascarrabias sin atenderlo, porque se había convertido en un cliente fijo, que cada quince días la llamaba, a pesar de su pésimo carácter. A ella le importaba poco, era solo menos de una hora que tenía que soportarlo. A los nuevos había que regalarles momentos buenos para su ego, para que continuasen buscándola y, sobre todo, pagasen sin repulsiones.

Los meses pasaban, los años también, la niña notaba que retrocedía en su aspecto. Tantas veces le comentaba que estaba mostrando su cuerpo más de lo debido… La madre se metamorfoseaba en una ávida adepta a las bebidas alcohólicas. Siempre la acompañaba un fétido hálito repugnante a su alrededor. Mercedes ya se había convertido en una adicta también a las pastillas, para ella, eran imprescindibles; cuando no se las daba, las buscaba solita. La madre la cambió de escuela porque había pasado a un grado superior, y en la que asistía llegaba a un número ilimitado de clases. Su abuela peleaba

para que se la diera, le decía a Altagracia que era incapaz de educarla para bien.

Por otra parte, su insaciable búsqueda de dinero llevó a la madre a recurrir a personas peculiares en el ámbito de préstamos de tú a tú. Nunca llegaba a pagar los créditos hasta que un día encontró a un usurero que le aseguró que él tenía lo que buscaba. En aquel instante, sus ojos se iluminaron como dos estrellas, igual a las de un emoji en la pantalla de un teléfono. El señor le dio un folio para que pusiera la cantidad y lo firmara, ella ni lo leyó, llenó la hoja luego se la pasó.

Un año después, tocaron a su puerta para cobrar la deuda a la que nunca había abonado siquiera unos centavos de pesos. Le dieron un lapso, si no tenía que ceder a su hija como pago, tal y como estaba escrito en el contrato que ella había firmado.

Así fue como Altagracia perdió a su hija Mercedes.

PRIMERA PARTE
CÁRCEL MODELO NAJAYO HOMBRES
(REPÚBLICA DOMINICANA)

CAPÍTULO I
BUSCANDO BUENAS NUEVAS

Los pitidos de los cláxones de las guaguas[1] que sonaban en medio del tráfico era ensordecedor. Mercedes esperaba en la fila, con su bolso de hombro empuñado en la cintura, a que llegase el próximo autobús, la demora podía ser corta como larga. Además, los atracadores rondaban por todos lados, sobre todo, donde fluían los tumultos de personas. Otros con las intenciones de arribar con rapidez a su destino. Sacó de una pequeña funda una de sus pastillas y se la metió en la boca. Según pensaba, la hacía sentir mejor. Apoyó el hombro izquierdo en un muro gris a su lado, con algunos grafitis de dibujos inexpresivos, con el fin de mantenerse más segura. Aquella mañana, la muchacha que había sufrido en su niñez se encontraba sola y sin saber el paradero de su madre. Consternada, sin tener a nadie que se preocupara por ella, según su pensar, le vino su amiga a la mente, mientras la entusiasmaba para que la escuchara.

Hacía tiempo que consideraba que su vida no valía nada, qué más daba seguir el consejo de su compañera. Alertada, percibió a una persona detrás de ella, con prontitud miró, un poco mareada, hacia atrás.

—¿A qué hora sale la ruta? —preguntó una señora con dos niños a cada lado. Uno de ellos estornudó y liberó un moco amarillento que tenía obstruido en un orificio de la nariz. Se la frotó y toda la mucosidad se esparció en parte de los cachetes.

—Yo llegué hace cinco minutos y la guagua se había ido —replicó Mercedes, ansió ver la hora, pero desistió de ello porque podrían arrebatarle su móvil.

—¿Adónde te diriges? —indagó la mujer. Le dijo un par de cosas en dialecto al niño que tenía la cara embarrada de mocos. El otro se quedó quieto como una estatuilla, se notaba a leguas que la respetaban y obedecían a sus reclamos.

—¿Yo? —Observó a la señora, que estaba en vena de hablar. Pensó que llevaba un *look* un poco inadecuado para montarse en un autobús, su vestuario parecía más de fiesta. Sus uñas color mamey eran afiladas, con una manicura perfecta, y hacía combinación con su pantalón—. A Najayo.

—¿Vives allí?

—No. Voy a la cárcel.

—Yo también, encerraron a mi esposo hace un año. Con las

nuevas reglas de restricciones y el actual horario de visitas, no he llevado a los niños a la escuela, así ven a su papá, al menos por un día.

—¿Por qué lo arrestaron?

—Es una larga historia.

—¿Te da vergüenza contarla?

—¡Qué va! —La mujer hizo una pausa, enseguida y sin tapujos desbocó con orgullo—: Apuñaló a un tipo. Se lo merecía, llevaba meses que buscaba pleito con mi marido. El pobre mantenía las distancias, por los niños. Hasta un cierto punto, tenía los cojones llenos y no pudo más.

—¿Tienes miedo? —Mercedes sacó unas gafas de su bolso, sus pupilas comenzaban a dilatarse. Para evitar preguntas a las que detestaba responder, era mejor esconder sus ojos tras los vidrios oscuros.

—¿A quién?

—A sus familias, que quieran tomar represalias contigo o tus hijos.

—Que se acerquen, que los voy a matar a todos.

La viseó, perpleja, por lo que había dicho.

El autobús llegó, estaba un poco destartalado. A la vez que entraban, la fila fue despojándose, cada cual seleccionaba sus asientos. Mercedes eligió uno cerca de la ventanilla, por lo que recibía los rayos del sol en los brazos y gran parte del cuerpo. Miró hacia delante, divisó la coleta postiza que llevaba la señora. Pensó en el coraje que tenía al afrontar la vida sin miedo, se dio cuenta de que se sentía orgullosa de su esposo y su existencia.

El sol caribeño mostraba su resplandor sobre el municipio de San Cristóbal de la República Dominicana. Iba a hacer un día caluroso, se percibía cómo ya, a las nueve de la mañana, la temperatura oscilaba entre unos veintisiete grados Celsius. Sintió que el aparato se movía con lentitud para despegar e introducirse en su carril derecho. Había albergado la esperanza con lo que le había dicho a su amiga. Si encontraba al recluso que buscaba, era posible que las circunstancias cambiaran para ella. Escuchó que el cobrador, desde la puerta de la guagua, voceaba repetidamente «Najayo», buscando acatar a algún pasajero que fuese por esa ruta. Mercedes sacó su móvil mientras los nuevos pasajeros ocupaban sus asientos.

—¿Alguien se queda en la cárcel? —preguntó el hombre, en tanto que se arreglaba el bolso en la cintura para luego recoger el dinero de los viajeros. Los minutos pasaban y cada cual pagaba lo que concernía el valor del transporte hasta su destino.

—Yo —respondieron unos cuantos al unísono.

Apenas el hombre hubo terminado su trabajo de cobrar y

devolver el monto, Mercedes cerró los ojos, su mente vagó como una centella en un conducto oscuro. Rebuscaba una buena nueva, tal vez lo que iba a hacer era justo lo que necesitaba, o quizás no. Tenía que experimentar una nueva aventura para poder estar segura a ciencia cierta, aunque fuese peligroso ir hasta allí. Sabía que el chico se hallaba al corriente de su visita porque su amiga le había hecho arribar una nota. Confiaba a ojos cerrados en su compañera de juerga, era consciente de que ella quería lo mejor para su futuro. La voz del cobrador que voceó Najayo una vez más la trajo a la realidad.

Se desmontó de la guagua y su primera impresión fue impactante al leer: CCR-VVII NAJAYO HOMBRES. El portón estaba pintado de amarillo y las columnas de azul, donde reposaban las bisagras de tal manera para permitir el giro de ambas. Vislumbró como dos palmas movían sus ramas que evocaban un sonido de fruición, junto al ligero viento que hacía aquella mañana. Un escalofrío recorrió su cuerpo y pasó los dedos por sus brazos para deshacerse de la peculiar sensación. Inmóvil, con una mano agarró el codo de la otra y se quedó observando la eminente estructura. Vaciló en dar el primer paso, sintió la voz de su abuela que le sopló un «no» en la oreja, giró la cabeza con aspereza hacia atrás. Era la primera vez que conocía un lugar donde se concentraban todo tipo de personas, desde el más pérfido hasta el más benévolo. «¿Estoy haciendo lo correcto?», se preguntó a sí misma. Caminó con lentitud, notó a la señora que había encontrado en la fila antes de montar en el autobús, con los dos niños a rastras, que se dirigía con un policía hacia otro sitio.

—Buenos días. ¿Usted se llama Kiko? —interrogó al agente que estaba en un pequeño cubículo al lado de la puerta principal.

—Me dicen así, ¿por? —Con un lapicero, tocó varias veces la verja que los separaba y emitió un pequeño sonido exacerbante.

—Nada, vine a hablar con Tito, alias Punta Floja.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman la Chiqui. —Evitó decir su nombre, era mejor que la conocieran por su apodo. Según su amiga, el guardia tenía que estar al corriente de que ella iría. Por eso le aseguró que el mejor día para ir era el miércoles, a las diez de la mañana.

—Tú eres la que tiene que pasar.

—Sí, en el horario de visitas…

—Encuentros parentales. —Hizo comillas con el índice y el mayor al pronunciar con una sonrisa malévola aquellas dos palabras —. Para ello, faltan cuarenta minutos.

—¿Qué hago, espero aquí?

—Vendrás conmigo —dijo en tono vulgar. El policía silbó a uno de sus amigos, desde el cubículo en el interior de la cárcel, para que le

aguantara un rato el puesto.

—¿Para qué, si falta todavía más de media hora?

—Chiquita, es mejor que no preguntes —enfatizó a modo de sentencia.

Mercedes acompañó al señor por un callejón, quien abrió una puerta forjada en hierro. Siguieron caminando por un estrecho pasillo delimitado por dos muros bastante altos. Ella oyó el clic de una verja.

—Antes de encontrar a Punta Floja, tienes que probar a Punta Dura. Desnúdate rápido que no tengo tiempo.

Su mundo se vino abajo, no tenía salida, porque el repugnante cerdo que tenía enfrente la empujó sin darle chance de escapar, aunque era imposible. Perpleja y en búsqueda de otorgarle una patada en los huevos, lo que hizo fue pasarse las manos por la cara.

—Tengo que… —Lo miró y ya tenía los pantalones en las rodillas, abriendo un preservativo.

—Obedece, perra.

No tuvo más que someterse.

Terminada la acción, la llevó a donde Tito la esperaba.

Era una habitación pequeña, donde había una camilla y una silla. Cuando el chico la vio comenzó a examinarla de arriba abajo, a modo de una cámara en el momento que está en acción, luego sonrió con malicia. Su calva estaba lúcida, como si le hubiera puesto aceite, llevaba un bigote y una barba un poco particulares, era de piel trigueña, alto y con músculos no muy definidos.

—Punta Floja, aquí está la mamacita que esperaba. —El policía usó un tono de voz a media, pero lo que fastidió a Mercedes fue la palabra «mamacita». Le lanzó una mirada fulminante.

—Soy Tito. —El preso oteó al poli a espaldas de ella en el momento en que entraba a la habitación y le guiñó un ojo.

—Me dicen la Chiqui. —Escuchó la puerta cerrarse. En ese instante pensó en que ni siquiera había pasado por el control para que la revisaran. Parecía que entre la guardia y los presos había una alianza donde todo era por conveniencia propia.

—Pensaba que te llamabas…

—Prefiero que me nomines por mi apodo. Borra de tu mente mi nombre verdadero —cortó, asqueada, necesitaba limpiar aquella suciedad que sentía en el cuerpo—. Olvidémonos de cursilerías, vamos al grano.

Advertía una cierta irritación, el episodio con el sádico hombre era lo menos que esperaba. Vio como él la miró, a lo que ella respondió alzando una ceja a fin de que se diera prisa.

—Tu cuerpo está requetechulo.

—Deja la labia para otra —puntualizó Mercedes.

—Está bien, pero no te enojes —verbalizó. Apoyó una mano en

la pared con el deseo que comenzaba a bullir.

—Vamos, habla.

Entonces Tito replicó.

—Tu vienes cuando haya encuentros maritales y yo te pago —propuso él.

—¿Cuánto?

—Tengo que probarte para poner precio.

—Entonces, vuelvo la semana que viene. —Mercedes se había sentado en la silla, se levantó rauda y se dirigió hacia la puerta.

—Espera, ¿adónde vas? —La detuvo.

—¿No escuchaste?, vuelvo para la próxima visita. —Entendió que deseaba otra cosa; sin embargo, en ese momento, lo que quería era largarse de allí y ducharse lo antes posible.

—Aquí se hace lo que yo digo. —Ella lo observó con una ceja arqueada, mantuvo el silencio por varios segundos. Interpretó a lo que Tito se refería.

—Desnúdate, rápido —dijo con repugnancia. Ella se despojó de la camiseta.

Se habían quitado sus vestimentas, él ya yacía en pelotas sobre la camilla. En ese instante, la alarma de incendios comenzó a sonar. Asimismo, un rumor asordante que emergió de la nada asustó a guardias y presos.

El humo se expandía por doquier y se escuchaba el bullicio de los hombres. De súbito Mercedes y Tito se pusieron sus prendas de vestir. Él, sin hablar, dejó a Mercedes allí, que salió detrás corriendo con su bolso. Tenía que marcharse de inmediato, abrió la verja del pasillo donde se entraba a las habitaciones, con la mano en la boca y la nariz para protegerse de la fumarada, entonces corrió sin saber adónde.

CAPÍTULO II
PUNTO DE ROTURA

La tarde del jueves, después de lo que le había ocurrido durante la mañana anterior, Mercedes se encontraba sin ganas de ir a la escuela. A sus dieciocho años, todavía asistía al último curso de la secundaria en el liceo del pueblo. Para ella era difícil adquirir concentración, con el tortuoso pasado y presente que tenía. En esos años había dejado de acudir al liceo por tres veces. No obstante, siempre volvía, porque en el transcurso de la noche su abuela se le presentaba en sueños: «Vuelve a la escuela, es la única cosa que te ayudará a salir adelante», le decía. En el mundo en que vagaba siempre se dejaba arrastrar por las influencias de los demás. Por fortuna, las educadoras y la psicóloga conocían su historial. Trabajaban con ella codo a codo para que emprendiera un buen camino. Su entusiasmo era el motor que las docentes veían y la seguían impulsando para que continuara, pero muchas veces era una batalla perdida porque desaparecía por días.

Estaba cansada de vivir en aquella casa con sus padres, que eran ni cata ni garrapata de ella. Pero tenía que estar allí, la habían adoptado. Aunque la pareja, a pesar de sus diferentes incongruencias y litigios, le habían inculcado de la mejor forma una vida digna y honesta. Sin embargo, los llamaba por su nombre desde que la acudieron. Despegarse de su madre fue difícil, también su adolescencia fue desastrosa. No dejaba de meterse en pleitos y líos donde quiera que estuviera.

—Tu almuerzo está sobre la mesa, solo faltan los frijoles, que estarán dentro de cinco minutos —enfatizó su madre.

—Dámelos así, no importa. —Exhaló y se sentó, sabía que le preguntaría si iría a la escuela, era la demanda de todos los días.

—Estoy dejando que se espesen, están aguados todavía. Le subo la llama para que estén pronto. ¿Vas a la escuela hoy?

—Todavía estoy indecisa —comentó Mercedes a su pregunta.

—Vamos, motívate, sabes que las faltas cuentan al final. Si en un examen te va mal, las profes pueden ayudarte; sin embargo, si ven que has faltado con asiduidad, te hacen repetir el año.

—Comeré primero, luego iré a ducharme.

La mujer elevó los ojos al cielo, con un grito de júbilo, como dando gracias, porque la pudo convencer.

***

Mercedes llegó a la escuela quince minutos antes de entrar y, sin

ganas, saludó a algunas chicas de un grupo con el que de vez en cuando se juntaba.

—¿De qué hablan? —dijo para integrarse. Se enrollaba en un dedo un mechón encogido de su pelo mientras masticaba una goma.

—Aquella muchacha le hizo una travesura a Eli —respondió María, que gesticuló con una mueca para evitar señalarla.

—Ah, ¿sí?, ¿cuál?

—La que tiene la venda roja en la cabeza. —Con la contestación de la amiga volteó el costado para identificar a la chica.

Se escuchaba el murmullo de los alumnos frente a la escuela. Todos llevaban su uniforme: camiseta de color azul con falda o pantalón gris. La institución estaba pintada de amarillo, con un vallado a su alrededor. Tenían dos tandas, una matutina y otra vespertina.

—Sí, esa misma —replicó una de ellas.

—¡Ah!, la mocosa que quiere privar en finolis —cotilleó Mercedes al tiempo que intensificaba su mirada hacia la muchacha.

—Es que ella es fina, sus padres son apoderados —halagó Eli.

—Si fueran ricos, iría a un colegio privado —refirió otra compañera del curso mientras se quitaba la mochila de su espalda y la apoyaba en el medio de los dos pies.

—¿Sabes lo que significa asistir a una escuela pública?

—Que a nuestros padres les es imposible pagar un colegio —contestó otra muchacha del grupo, que en ese instante miró la hora en su reloj de mano.

—Mmm, no solo eso, sino que nos tachan como pobres —respondió Eli, y saludó a un chico con risita seductora que pasaba por su lado.

—Me importa un comino venir aquí o ir a otra.

—¡Bla! Volviendo a la chica fina, ¿qué quieres que le haga, Eli? —interrogó Mercedes con una carcajada por el comentario anterior.

—Déjala tranquila —contestó un poco reacia, en forma de resignación. Eli era una adolescente modelo. Nunca daba problemas a sus padres, en la escuela le iba espectacular, se comportaba bien con sus amigos y docentes. Era amigable, jovial. Tenía claro que cuando cursara su último año iría a la universidad. Su sueño era ser doctora.

—Quieta —hizo ahínco a su palabra; para ella, era inconcebible dejar por sentado a una mocosa que quería parecer la reina de toda la escuela.

Mercedes caminó hacia la chica con paso decisivo, sin importarle nada; según ella, tenía que defender a su amiga. Aunque muchas veces aparentaba ser boba, y que todo lo solucionaba con un «no pasa nada» o un «déjalo así». ¿Cómo era posible que Eli pudiera ser tan pacata y apacible?

—¡Oye, tú! —llamó y la hizo voltearse con un toque en la espalda.

Mercedes le soltó un tremendo bofetón con rapidez. La chica, aturdida y sorprendida, se rebeló en su contra. Un pleito dio inicio alrededor de una muchedumbre de alumnos. Los gritos de los jóvenes llamaron la atención de la administración y de los vecinos. Los profesores vinieron en su curso para apartarlas y llevárselas para adentro de la escuela.

Era la enésima vez que la retenían en la Dirección por ser un poco violenta. Llamaron a su casa, los padres se encontraban en sus respectivos trabajos. Estaba allí sentada, con un mechón entre los dedos, sin mostrar ninguna preocupación. Si le preguntaban por qué había provocado el menudo rollo, respondería con un gesto encorvado de sus hombros. Intuyó que no iba a asistir a clase esa tarde, y sin que nadie la viera, bajó su torso mientras estaba sentada y se entró una pastilla a la boca para relajarse. Así fue, después de quince minutos, que su cuerpo comenzó a anestesiarse con ligereza. Le encantaba el efecto que le daba, tomó una postura desenfadada en el instante en que su mente anulaba lo sucedido. Volaba en lo más alto. Desde allí miraba el mundo entero a sus pies.

Abrió un ojo, percibió hablar en voz baja a las educadoras con la directora. Cerró sus ojos otra vez, pero notó que alguien se le acercó.

—Mercedes —llamó la psicóloga.

Desplegó sus párpados despacio, reconocía aquella voz que hacía efecto en ella. La señora se había vuelto su amiga más que una profesional, así lo sentía. Sus ojos se aguaron, pero desvió la mirada hacia otra parte.

—Me vas a regañar —dijo con su voz narcótica. La suerte era que no perdía la cognición del entendimiento, podía hablar y responder con tranquilidad en un estado de laxitud, pero ella prefería evitarlo, le gustaba permanecer en silencio y disfrutar del resultado de dicha sustancia.

—En absoluto. Puedes mirarme, así te das cuenta de que mi intención es otra.

Sus palabras eran como un bálsamo para sus entrañas. Algunas veces, cuando le tocaba terapia, su hora se extendía más de lo que estaba prescrita. La terapeuta la estimaba, o la quería con pena, le trasmitía su entusiasmo para que de una manera u otra acatase el mensaje concerniente a su conversación.

—Estoy harta de que se me regañe. —Esa hostilidad que sentía en su cuerpo le escarbaba una cierta desazón, a veces se culpaba por lo que era; otras, le daba envidia cuando veía a chicas modelos e impecables que hacían lo correcto.

—Nadie lo ha hecho. —Le tomó la mano sin que las otras personas que estaban allí se percataran. En ese momento entendió que lo necesitaba.

—Pero lo van a hacer —aseguró Mercedes. Sentía remordimiento por lo que había ocasionado y se cuestionaba por qué se había comportado mal. Portarse de repente de esa manera siempre le traía problemas, pero en ese momento descubrió que debía hacer algo.

—Esa actuación nunca te llevará a buenos caminos. ¿Sabes?, la vida tiene su repercusión, depende de cómo obras. Este lugar es para enseñar y educar. A la persona que viene envuelta en pleitos y chismes se le da un ultimátum para que pruebe a cambiar y respete la institución.

—¿Me van a echar?

—Voy a poner mi palabra por ti; sin embargo, debes asegurarme que nunca se repetirá —le comunicó en un tono de voz bajo.

—Lo prometo.

—Date cuenta de que yo estoy dando la cara por ti; si me fallas, te lo digo con el amargo en boca, tendré que alejarte. No regresarás a mis consultas, ni siquiera recibirás mi ayuda —explicó la mujer, segura de sus palabras, mientras observaba cada mínimo detalle de su rostro. A un cierto punto captó que sus pupilas estaban dilatadas.

Mercedes titubeó.

Le dolería mucho perder a la terapeuta por sus caprichos de adolescente.

—¿Por qué actué de esa manera?

—Eres tú misma la que tiene que responderte esa pregunta —ratificó la mujer. Miró hacia atrás, vio que sus colegas tenían los brazos cruzados. Se apoyó en una estantería y le soltó la mano. Captó que Mercedes la escrutaba. La estudió con detenimiento, supo que desaprobaba sus palabras.

—¿Puedes decirme otra cosa, por favor? —Mercedes entendía que era imposible para ella replicar a lo que había dicho.

—Es lo único que te puedo ofrecer, ¡depende de ti! —Su tez sosegada mostraba remordimiento. Todo estaba en manos de Mercedes; aunque sabía que ella nunca lograría nada sola, por eso la ayudaba. Empero la situación había arribado a un punto de no retorno para la terapia de la alumna.

—Lo pensaré.

—Tus padres vienen a por ti. Esperas afuera porque tenemos una reunión en breve.

—Ellos nunca pueden, siempre están en sus trabajos —aseguró Mercedes.

—Es una urgencia. La situación va a ser resuelta esta tarde.

CAPÍTULO III
BONCHE [2]

—Estoy esperando afuera del colmadón donde acordamos. —Mercedes hablaba por teléfono con su amiga, alias la Matatana. La llamaban así porque era de una cualidad superior, según los rumores. Se le notaba en sus ajuares, en las ropas de marcas, también le gustaba el color oro hasta en las prendas de vestir.

—¿Estás en el Cacique? —interrogó.

—Sí. ¿Te falta mucho por arribar?

—Llego en un minuto. ¿Qué tal la movida allí? —dijo con voz alta por la música elevada a través del teléfono.

—Ta buena.

—Estate quieta ahí.

—De acuerdo.

Sábado, la tarde caía mientras los bullicios de las bocinas crecían, San Cristóbal se preparaba para la noche y los colmadones sacaban las sillas de plástico con el fin de que los clientes las ocupasen. Los jóvenes se daban cita en los locales que estaban más a la moda en esa temporada. Cada cual vestía lo mejor posible para ser visto, así pues que dijeran que su atuendo era el mejor.

La Matatana saludó a Mercedes al compás del dembow[3].

—Dale, dale… —cantaba la muchacha, levantando la pierna derecha de manera simultánea con la cadera, al encontrarse con su amiga—. Vamo pa Puelto Rico, epaaa…

Caminaron, eligieron dos sillas y se sentaron a la espera de que alguien las invitase a la primera copa. Como nadie le ofrecía nada, la Matatana fue al mostrador a pedir dos bebidas. El lugar estaba pintado de verde con el eslogan de la cerveza Presidente en lo alto. El local se comenzaba a llenar de personas, el volumen de la música de un momento a otro se hizo ensordecedor. El joven que despachaba salió y abrió un espacio para todo aquel que quisiera bailar lo hiciera sin estorbo. Era cierto que visitar algunos sitios era un poco peligroso, y más cuando se trataba de personas que iban allí con otras pretensiones, no solo por ocio.

—¿Pudiste convencer a alguien? —demandó Mercedes, al notar que traía dos botellas en las manos.

—¡Qué va!, le dije que se lo apuntara a mi amigo aquí del lado y no quiso.

—Ahora te toca bailar con él, entonces —sugirió con voz alta,

retándola. Observó de reojo al grupo de chicos, ya habían acabado la primera ronda y la segunda estaba en camino.

—Ya.

—¿A que no te atreves a invitarlo?, tienes que darle su salsa con el propósito de que acepte pagar tu deuda.

—Nunca me subestimes, Chiqui, yo soy la mejor. —Se tomó un trago a pico de botella. Con la punta del dedo y su uña acrílica la señaló mientras hacía movimientos con su torso.

Se levantó, arregló su mechón y se lo puso detrás de la oreja. Se consideraba perfecta con su corte de pelo con nuca desmechada. Estaba vestida con un suéter blanco amarrado por encima del ombligo y con una estampilla en oro que decía: Guess. Se sentía divina porque todos admiraban su hermosura, ese era el motivo de vivir su belleza, para que los hombres disfrutaran de la buena vista. Su egocentrismo, de vez en cuando, era fastidioso. Según ella, era la mejor, en su forma de hablar cambiaba la ele por la erre y viceversa; era típico de los capitaleños en Santo Domingo, como en la parte norte del país usan la i y en la parte del sur, la erre.

—Eso dicen por ahí. —Mercedes dobló su torso y aprovechó el momento en que ella se iba para cubrirse de algunos ojos indiscretos y que nadie la viera echarse una de sus pastillas a la boca.

—Divina fama que me gasto, ¿cierto? —consideró con fingida desfachatez.

—Te llaman la Matatana por ello —le respondió al deglutir la pastilla con una sonrisa de oreja a oreja. Se tomó un sorbo de cerveza a fin de facilitar que la doce hiciera su trayecto.

—Voy a motivar a aquel muchacho…

—¿Cuál?

—El tipo que está cerca al del suéter verde.

La Matatana captó cómo el chico palpó el hombro del amigo para que mirase a la maravillosa mujer que lo oteaba con una intensidad absoluta.

—El mero, mero —replicó, le lanzó un vistazo a modo de atraparlo y que supiera su intención. Movió un dedo en alto en forma de círculo, y con esa señal lo invitó a bailar.

—Ve, y trae más cervezas.

—Primero hay que pagar las que están en deuda —pronunció con un movimiento de cadera—. Espérame aquí, no te muevas, que el chico mordió el anzuelo.

Cuando el muchacho se le acercó, la Matatana le agarró la mano y juntos se fueron a bailar la canción *Déjà vu*, de Prince Royce y Shakira. Ella comenzó a canturrear al movimiento de la bachata, percibió en como el muchacho resultó ser un bailarín. Disfrutaba, contoneaba su cadera, mientras él la guiaba como una marioneta, a lo

que ella respondía con docilidad. Los acordes musicales eran perfectos, lo que hacía un ritmo agradable para los oídos de los clientes. En pocos minutos la pista se llenó de personas.

Ella vio que el dependiente tomaba un micrófono que encendió y dijo:

—Tripleta del bacano, Prince Royce. ¿A quién no le gustan estas bachatas con sentimiento? —cantaba al compás de la música—. Mejor me quedo solo. Ay, te voy a olvidar, tus hipocresías ya me han hartado. Los hombres tenemos corazón, pero me cansé de ser tu títere, y yo siempre te espero. Me engatusaste…

Se escucharon los «buuu» y los pitidos. Uno de los presentes en la pista gritó: «Se le declaró, cobarde».

La pareja disfrutaba, la Matatana aprovechó a fin de acariciarle el cuello al chico, así pegar sus pechos a su torso. Consiguió que la apretase contra su protuberancia, ella pensó: «Eso… ahí vamos». Se unieron aún más, esa actitud le encantó. El muchacho le gustaba, era atrayente. En tanto que la presa se quedaba atrapada, ahora faltaba darle un salseo con el propósito de que se quedase y pagara todas las consumiciones. De un momento a otro, él la soltó, se dio la vuelta, ella lo imitó y se sorprendió cuando la puso de espaldas con un poco de brusquedad para darle algunos toques con los huesos de la cadera, de frente. Se restregaba por detrás, como incitando a que concluyeran la canción fuera de los espectadores, pero la intención de ella era divertirse con su amiga y nada más.

Buscó su mirada y lo que encontró fue desagradable. Quién lo hubiera dicho que el chico estaba narcotizado por completo. Cuando él sonrió y subió la cabeza, ella vio que en su nariz había residuos de polvo blanco. Pero eso no le importaba. Ella podía ser egocéntrica, llamativa, lo que fuese, pero nunca se había drogado. Porque no quería caer por lo que su primo luchaba. Un monstruo que desgarraba su alma hacia la calle, a hacer lo que fuera en busca de algunos pesos para procurarse la próxima dosis.

Tenía que estudiar bien la situación porque la presa iba a querer más. Bailaron las tres canciones y al final ella le dijo que le pagase las bebidas, él aceptó con agrado con la seguridad de que le robaría un beso en la próxima ronda.

—¿Qué tal? —interrogó Mercedes. Estaba anestesiada y relajada por el efecto de la pastilla.

—El chico está podrido, desafortunadamente —comentó al sentarse y tomar un sorbo de la botella.

—¿Cómo así?

—Tenía los orificios de la nariz con residuos de polvo blanco. Está tan drogado que ni siquiera se preocupó de limpiarse bien para disimularlo.

—Se ve súper, quizás lo haga por pura diversión —agregó Mercedes al mirarle de reojo.

—Cuando una persona, después de esnifar, ni siquiera se mira en un espejo y sale de tal forma, quiere decir que su vida está absorbida por las sustancias. O sea, le importa nada —replicó su amiga segura.

—Él no tiene pinta de consumado.

—Pero es así, dejemos el tema. Ah, por cierto, pagó las cervezas.

—Está bien. —Habían bajado un poco la música, por lo que ellas conversaban más normal.

—¿Qué tal te fue en la cárcel? —interrogó la Matatana.

—Es mejor hablar de otra cosa. —Mercedes hizo un resoplido y retorció sus labios.

—¿Qué ha pasado? —Sorprendida por la respuesta, esperaba escuchar que le había ido de maravilla.

—¿Por qué Tito está en la cárcel?

La Matatana deseó evadir la contestación, estaba relajada para recordar el fatídico episodio que le había sucedido, pero era justo que su amiga supiera el motivo.

—Tráfico de armas de fuego. Un amigo le puso una emboscada.

—¿Cuántos años debe cumplir allí dentro? —inquirió Mercedes, dio un sorbo en el pico de la botella.

—Muchos. Pero él se está moviendo para que le bajen la condena —comentó la amiga que miraba a todos lados.

—Sería difícil, ¿no? Las leyes hay que cumplirlas.

—¡Ja! El dinero puede con todo, él posee muchos paquetitos guardados, aunque bregaba con el tráfico, es una persona cuerda, incluso tiene millones que él ni siquiera sabe.

—Parece un hombre normal. —Mercedes al escuchar la contestación, no creía de que Tito poseyera mucho dinero.

—¡Lo es! Ese es su punto fuerte en la vida, solo te digo que dispone de una Ford Ranger Raptor 4 x 4 y ni siquiera es el último modelo, con eso te doy a entender que su propósito ha sido otro desde un principio.

—¿Por qué me lo recomendaste?

—Cuando fui a visitarlo me contó que la novia lo había dejado hacía poco tiempo, desde el momento en que lo pusieron entre rejas. En la cárcel hay mucha prostitución, pero él no es de los tipos que cogen una y dejan otra. Además, lo conozco bien, tiene miedo a que le peguen una enfermedad venérea. —Mientras la Matatana le contaba, en las pequeñas pausas que hacía, canturreaba la canción que habían puesto en ese momento, movía las piernas y se daba golpecitos sobre ellas—. Él te va a pagar, eso tenlo por seguro.

—Eso espero.

El muchacho volvió e invitó a la Matatana a la pista. Astuta, le dijo a Mercedes que fuese ella porque necesitaba ir al baño. Cuando regresó, ellos todavía bailaban, tenía que advertir a su amiga, pero al parecer ella disfrutaba a tope de la música, esta vez sonaba una salsa por los altoparlantes. Debía congeniar una salida para despistar al chico, que le pisaba los talones. Las horas pasaron entre diversión y risas, otros hombres las invitaron a bailar. Al terminar, salieron al servicio que quedaba afuera del local y se fueron.

Mercedes regresó a casa a las dos de la mañana, apestaba a alcohol, para ella el bonche había sido magnífico.

CAPÍTULO IV
NUEVO AMIGO

Al finalizar el desayuno, ingirió la sustancia que la relajaba, aquella que su madre le daba cuando era pequeña y a la que ahora era dependiente. Así vivía su vida Mercedes, narcotizada todo el tiempo. Salió, prácticamente a escondidas, luego de que sus padres se habían ido a trabajar. Necesitaba dinero, su madre le había acorchado los pesos, solo le daba para que se tomase un jugo en la cafetería de la escuela.

Como había acordado con Tito, Mercedes se encontraba en el autobús que iba a Najayo, esta vez, por fortuna, no se topó con nadie que quisiera chacharear. Cuando llegó a la cárcel, hizo el control y pasó con tranquilidad. El policía que la atendió era otro.

En el Centro de Corrección Najayo se impartían actividades educativas. El principal objetivo era ayudar a que los detenidos ocuparan sus días reeducándose para que, una vez cumplida la condena y salido, pudieran reinsertarse en la sociedad de la manera más adecuada posible.

—¿Ya te estás quitando la ropa? —enunció Tito al entrar y poner la camiseta que llevaba en el hombro sobre la silla—. Primero, ¿quieres hablar dos minutos?

Mercedes había entrado al cuartito cuando vio a Tito por el pasillo saludar al guardia de turno.

—¿Para qué? —dijo con sorna Mercedes, lo escrutó con seriedad. Consideraba innecesario que el segundo día de su visita quisiera conversar. Hacerle preguntas que no estaba dispuesta a contestar.

—Yo no soy igual que las personas que me rodean aquí.

—Entonces… —Estaba un poco a la defensiva, había algo en aquel chico que no le acababa de convencer. Era borde ante él sin entender el motivo.

—Hombre, qué ruda eres —declaró, un poquito reacio a su modo de ser.

—Oye, quiero que sepas que no se me da mucho lo de hablar con personas que no conozco —explicó al despojarse del pantalón. Se quedó en lencería blanca—. Cuanto más rápido terminemos mucho mejor, a no ser que cambie de idea, y con la esperanza de que no vuelva a aparecer otro incendio.

Sacó de su bolsillo un preservativo y lo apoyó sobre la camilla.

—Lo del incendio fue peligroso.

—Ya, salió por las noticias.

—¿Y eso? —Se sorprendió al ver que la Chiqui traía protección.

—Antes de montarme en el autobús, lo compré. ¿Algún problema?

—Chica precavida.

—Lo menos que quiero es contagiarme de alguna enfermedad —declaró sin tapujos.

Tito estaba indispuesto con su forma de ser, se le había quitado el impulso de aparearse con ella. Lo que necesitaba era pasar un buen rato, hablar de trivialidades y después comenzar con las caricias. Había pensado en su encuentro durante la semana, también en su amiga y el consejo que le había escrito de «tratarla bien».

—Yo estoy limpio. La verdad es que tú haces que se le quite la voluntad a cualquiera.

—Si tiene pocas ganas, es mejor dejarlo —soltó al levantarse y cruzar los brazos.

Tito se puso su ropa y la miró con recelo, ella había incumplido el trato, así que se quedó el dinero que tenía que darle y salió malhumorado de allí. Era inútil apaciguarla o hacerle entender su desacuerdo por su modo de comportarse ante él. Le daba igual tener relaciones con ella porque, de todas formas, encontraría a otra dispuesta a recibir la paga que daba.

***

Vicente, arrimado a la pared amarilla, esperaba dándole vueltas a unas llaves en el índice. Aquel día era bastante ventilado; el viento se apreciaba por los barrotes y las aberturas que estaban en cada esquina del pasillo. Aguardaba afuera de la puerta a que Tito terminase, por lo regular, también, él tenía su visita, pero aquella chica que estaba con su compañero de cárcel le llamó la atención. Un velo de oscuridad ensombrecía su rostro, con una sonrisa de medio lado. Aunque vivía en el correccional, era nativo de la ciudad de Sinaloa, en México. A sus treinta y cinco años descontaba una pena de tres años por tráfico de estupefacientes. Un chico persuasivo y manipulador, con un don y una agilidad para decir mentiras.

—Tito, me presta a esta muñeca —pidió con descaro, al verlo salir reacio del cuartito.

Mercedes escuchó su acento, en su mente dedujo que era de otro país.

—Si ella quiere, te la puedes quedar —respondió Tito, disgustado. Dudaba de volver a contratar con ella. Lo menos que quería era pasar un rato desagradable, ya le bastaba con los días y las noches allí dentro acompañado de personas de otra calaña a la de él.

Se retiró sin despedirse.

Mercedes miró a Vicente, recorrió sus brazos, que los tenía tatuados, antes de posar la vista en sus pupilas. Embelesada, observó con ahínco su figura y robustez, llevaba una barba medio larga, con dos entradas pronunciadas en la frente, y tenía el pelo recogido con una diadema elástica. Tenía un suéter gris con un pantalón deportivo que decía Adidas en un lado del muslo. Movió su vista y vio a Tito alejarse por el pasillo.

—¿Cómo te llamas? —pronunció Vicente, al morderse el costado del labio inferior.

Ella sacudió la cabeza, se había quedado como hipnotizada. Escrutó a aquel espécimen, estupefacta.

—Me dicen la Chiqui. ¿Tú?

—Puedes decirme Mariachi, aquí me llaman así.

Sintió una corriente eléctrica que bajó hasta sus bragas y la hizo reaccionar ante aquellos ojos de color marrón. Él también hizo memoria fotográfica de su figura; tenía el cuerpo de una Barbie, estaba vestida con un *jeans* desgastado por la vejez y una blusa corta roja que mostraba su ombligo. Se había peinado con dos coletas, dejando las puntas del pelo como un pompón, por el tipo de pelo rizado que tenía. Le tocó el brazo a Mercedes con un roce, ella retrocedió ante su tacto. Ese gesto la alertó.

—Bonito sobrenombre —mencionó Mercedes con timidez. Volvió a mirar sus brazos, aquellos tatuajes la intrigaban, los ojeaba al intentar descifrar el significado de cada uno.

—Me gustaría cruzar un par de palabras. —El Mariachi extrajo del bolsillo algunas papeletas de mil pesos y se las pasó al guardia para que le diera otro chance, ya que él había terminado su turno. El hombre aceptó sin poner ningún pero.

—Está bien. —Fue lo único que pudo pronunciar. Su intención era salir de allí y no volver por aquel lugar, ya que el encuentro con Tito, alias el Punta Floja, se había salido torcido desde el principio.

Entraron en el mismo cuartito que había utilizado su compañero de cárcel.

—¿Cómo te has hecho esa quemadura? —Era un tema delicado, lo sabía, más para sacarlo a la intemperie a un tipo como él, que era el menos adecuado. Estaban ahí, en otra circunstancia le hubiese gustado preguntárselo. Sin embargo, era imposible, así que optó por extraer alguna información, ya que tenía un presentimiento y quería saber cómo había sido su niñez.

—Me desfiguré el brazo con una olla de agua caliente cuando era pequeña —contestó sin dar mucho peso a lo que le había pasado con anterioridad. Eso le había contado su madre. La verdad era que uno de sus clientes, que se había enamorado, fue hasta su casa y roció

a la mujer con ácido, que esta pudo esquivar, pero a la niña, que se encontraba junto a ella, le cayó la mayor parte.

Vicente dio un par de palmaditas en el lecho y la invitó a que se sentara al menos en el borde. Apoyó sus manos en la rodilla y se formaron unos músculos maravillosos en sus brazos, lo que lo hacía más varonil. «Si ella aceptase, desearía vivir una aventura, aunque fuera por una sola vez», pensó.

—¿Te dolió? —Qué pregunta más estúpida, ¿no?

—No lo recuerdo. ¿De dónde eres? —indagó Mercedes, sin mirarlo a la cara.

—Soy mexicano. —Él captó que tenía la vista baja. Parecía que estaba intimidada por su presencia, empero era lo que menos deseaba en ese instante. Desde el momento en que la vio entrando con Tito en el cuarto, percibió un aura en ella que para él era inexplicable.

—¡Ah!, por eso te dicen el Mariachi.

—Sí, porque escucho mis rancheras —replicó Vicente mientras levantaba la mano—. ¿Eres una chapiadora[4]?

—Esa pregunta no se le hace a una mujer —claudicó con media sonrisa por la ocurrencia.

Ese término podría ser ofensivo para las mujeres.

—Disculpa si fui tan inoportuno, aquí, en el presidio, estoy aprendiendo muchísimos términos que, para mí, son desconocidos. Muchas veces sé lo que significan o tengo una vaga idea de lo que representan; en otras ocasiones, deduzco por mi propia cuenta según el tono y las palabras.

—Tranquilo, estar aquí no debe de ser fácil, imagino los vocablos que puedan surgir en vuestras diatribas.

—Ya. Desde aquí salimos más criminales o más humildes, una vía intermedia es inexistente —explicó Vicente. Notaba cómo el diálogo fluía entre los dos, por lo que era un paso hacia adelante, según su pensar.

—Así es la vida, cualquiera piensa que el correccional es un escarmiento para los presos, si bien es otra realidad —enunció casi segura de su expresión.

—Aquí es otro mundo, o te das a respetar o estás jodido.

—¿Por qué estás aquí?

—Esa pregunta la responderé si vuelves al próximo encuentro o más adelante —sostuvo con cierto interés. Apareció un rayo de luz que iluminó su disimulada sonrisa, estuvo casi tentado de tocar su mejilla; se retractó a fin de evitar que volviera a la timidez que mostró al inicio.

—Es un chantaje y no acepto.

—Tengo lo que buscas, bonita. —Él la observó hasta que encontró su perfecta mirada. Con un pequeño gesto, le agarró la mano

izquierda; por lo que mostraba, se la veía un poco confundida. Él lo notó en algunas muecas de su cara, quizás ella ni siquiera se había dado cuenta, pero él sí.

Entre charlas y trivialidades, sentados en la camilla en aquel angosto lugar, Vicente se sintió cómodo en compañía de la Chiqui, su principal motivo era transmitirle confianza con el objetivo de que ella aceptase y volviera a visitarlo. Así fue como lo consiguió; ella impuso que fuera solo por sus necesidades, sin compromisos. Él aceptó sin pretensiones, aunque su cabeza comenzaba a albergar que sería la chica perfecta para lo que le restaba en la cárcel de Najayo. Podría decirse que era casi una utopía, y tan rápido. Pero un espécimen percibe cuándo una mujer puede ser su opción en un futuro. Lo que él maquinaba en su mente era una idea fantástica hacia un mañana.

CAPÍTULO V
PENSANDO

Mercedes se quedó estupefacta por lo que el Mariachi le había transmitido. Desde que salió del correccional tenía su figura entre ceja y ceja. Se hacía muchas preguntas a las que era imposible contestar y su cerebro se hallaba en un estado narcotizado por ello. Pero estaba segura de que él le cambiaría la vida. Se veía que manejaba dinero y su vestimenta era diferente a la de los otros detenidos.

«¿Y si mi suerte cambia con el Mariachi? Parecía que lo que decía era seguro. Ay, no sé… Es que se le veía tan sincero. Percibí que me miraba diferente, incluso nunca me hizo una propuesta indecorosa». En él veía que podía salir de su miseria, solo tenía que saber quién era el Mariachi, y para ello debía conocerlo. Le había robado sus pensamientos con tan solo un encuentro. «Creo que ha mostrado interés en mí, porque esperó a que yo terminara con Tito. Tengo que hablar con mi amiga y contarle lo sucedido, se alegrará, incluso puedo pedirle algunos consejos, así que me oriente, sé que ella tiene más experiencia que yo».

Extrajo el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y marcó a su amiga.

—*Hello* —contestó la Matatana al pasarse un dedo por una ceja para peinarla mientras se miraba en el espejo retrovisor de su coche, en el parqueo del supermercado el Nacional.

—¡Hey! ¿Qué hubo? —preguntó, desde la esquina, antes de llegar a su casa. Se detuvo porque quería mantener esa conversación sosegada y prevenir tener a su madre que le rondasen los talones.

—Tranquila, ¿y tú?

—Estoy regresando de la penitenciaría —dijo Mercedes y recostó la espalda en la pared de la casa en la que se había parado.

—Ah, ¿te tocaba ir hoy? —Escuchó que un taxista sonaba el claxon y le voceaba que estacionara bien, que estaba en mitad de la línea del parqueo pintada sobre el suelo.

—Sí, hoy era día de visitas. —Recordó la simulada sonrisa tan sensual que el Mariachi le había regalado. Cerró los ojos; en su memoria, le robó un beso al que él respondió y alteró su estado anímico.

—Pero ¿qué hora es?

—Son casi las doce.

—¿Qué tal te fue? —interrogó la Matatana mientras se

deleitaba de la perfecta manicura de sus dedos estirados sobre el volante.

—Si te cuento… —Mercedes observó a unos adolescentes que regresaban de la escuela con sus respectivos uniformes y mochilas, y sonreían a carcajadas.

—Venga, habla, me dejas con la curiosidad.

—He conocido a un chico allí —repuso en voz alta mientras pasaba una camioneta llena de verduras, con un muchacho detrás que voceaba cada alimento que vendía.

—¿Qué? ¿Y Tito? —inquirió la Matatana asombrada.

—¿Sabías que a Tito le llaman el Punta Floja?

—Sí, lo había escuchado. ¿Y eso qué tiene que ver con el chico que conociste?

—Nada, no sé lo que pasó con Tito, creo que se molestó. Ni siquiera me puso un dedo encima, duramos alrededor de diez minutos o quince en el cuartito —declaró Mercedes sin dar mucho peso.

—¿Qué le has dicho? Él es un poco particular, no es como los cavernícolas que viven allí dentro —aclaró la amiga, al mirar por el retrovisor.

—Nada… Al parecer, se ofendió porque le dije que soy de pocas palabras.

—Hombre, mujer, tienes que entender que aquellas personas necesitan hablar, pasar un rato agradable y despejar la mente. Sobrellevar los días de encierro es bastante intrincado. Joder, Mercedes.

—Lo siento si fui tan ruda —enunció Mercedes.

—Pobre chico.

—Cuando él salió y me dejó vistiéndome la camiseta, escuché a un hombre decir si podía hablar conmigo. Tito aceptó sin duda —le matizó al tiempo que se enroscaba un mechón de pelo.

—¡Ajá! —exclamó la amiga, curiosa de escuchar la historia.

—Yo salí al oírlos —declaró.

—¿Y qué sucedió?

—Hablamos y entramos en el cuartito —mencionó Mercedes sin contarle cada particular porque, si lo hacía, llegaba tarde a su casa—. Lo llaman el Mariachi

—Hombre, ¿acaso es mexicano?

—Sí, tiene un acento más lindo…

—¿Solo el acento lo tiene bonito? —enfatizó la Matatana con doble sentido.

—Es muy buenmozo.

—Ya decía yo. ¿Qué te dijo para que estés pillada?

—Vamos, no estoy atrapada. —Su cara era un poema, simuló una sonrisita de medio lado, como cuando las adolescentes ven las

estrellas por un chico.

—¿Cómo que no? Mercedita, me llamas y me hablas de un *buenorro* al que conociste. Creo que el corazoncito te está funcionando de manera diferente.

—El próximo encuentro parental voy a visitarlo —manifestó convencida, con la esperanza de que lo que sentía se hiciera realidad. Quizás era un sueño que se podría hacer factible.

—Ten cuidado, a veces las apariencias engañan —advirtió sagaz la Matatana, aunque eran amigas de fiestas, la conocía y estaba al corriente de su pasado.

—Gracias, lo tendré.

—Prepárate, te va a quitar la ropa en breve. —Pensaba decirle que se alejara, pero su amiga parecía prendada y su comentario sería inútil.

—¡Je!

—Me surgió una pregunta.

—Habla —repuso, alzó el volumen del teléfono para escucharla mejor. Había mucho rumor a su alrededor y el caos se hacía presente a la hora punta.

—¿Y si es un *serial killer* encubierto?

—Por su porte, puede que te equivoques —destacó Mercedes con honestidad. Pero ¿qué sabía ella del Mariachi?

—Ten cuidado, Chiqui —repitió al advertirle para que se pusiera en alerta—, trátalo primero, si ves que hay una ínfima cosa que no cuadra, aléjate.

—Sí, para ello hay tiempo. Además, no correré ningún problema, él no sabe dónde vivo. También evité darle mi verdadero nombre.

—¿Le diste tu número de teléfono?

—No —contestó la Chiqui al pensar que todavía era temprano para ello.

—Bien, pues mantente así hasta que lo conozcas un poco mejor —aconsejó la Matatana, aquella noticia le daba mala espina. Era mejor mantenerse apartadas de relaciones con personas que tenían que ver con la cárcel, aunque era cierto que muchos presos que pasaban por allí eran diferentes.

—Lo haré, gracias por el consejo.

—Hablamos luego…

—Perfecto.

***

El Mariachi se acomodó en una columna del patio interior del correccional, meditaba en la Chiqui, percibía que era su flor, su vida prosperaría si la arrastraba a su mundo. Tenía pensado ser su dueño,

su mente estaba cautivada de la silueta facial de ella. La vio incrédula y, a la vez, astuta, pero más ingenua.

Sacó un cigarrillo de la cajetilla y activó el encendedor que tenía en la mano izquierda. Inhaló, retuvo el humo por segundos y luego exhaló expandiendo la fumarada por la boca. Era zurdo y tenía la nariz torcida, era una de sus particularidades. Su familia vivía en México, había caído preso por tráfico de drogas. Quería introducir con ayuda de alguna gente local su negocio en el país. Le fue imposible porque los capos en Santo Domingo le pusieron una trampa, y un soplón dio la alarma a las autoridades competentes. Pero otra especialidad de él fue que pudo obtener que le echaran solo tres años de cárcel, repartió billetes en dólares para llenar los bolsillos a los que se encargaban de su caso. En el momento en que claudicaron su condena, se dio cuenta de que en la República Dominicana no se podía instalar el negocio que, según sus cálculos, iba a fructificar en las calles del país.

Con toda tranquilidad se fumaba su cigarrillo, iba a ser su dueño, iba a enamorarla para que lo aceptara. Todavía no tenía ninguna persona fuera de la cárcel, solo su abogado que En ocasiones lo visitaba para informarle de los pormenores. La Chiqui sería su musa, la necesitaba con el fin de que se comunicara con su familia, ya que en la cárcel los teléfonos públicos y su móvil estaban interceptados. Había cambiado cuatro veces la tarjeta telefónica, pero igual sentía que de vez en cuando escuchaban sus llamadas y después los rescataban, como hacían con otros. Por otra parte, tenía que mantenerse bajo perfil, así la condena bajaría un poco más por buena conducta y saldría antes. Tenía a cinco detenidos, a los que les pasaba al mes unos pesos, para que le cuidaran la espalda y, si surgía algún problema, ellos eran los que se enfrentaban por él. En el último litigio que surgió hasta lo llamaron cobarde por evitar el pleito y alejarse, pero su gratificación vino cuando se distanció del patio y dos de los guardias le dieron dos palmadas en el hombro, diciéndole: «Bien hecho». Estaba seguro de que ellos expresarían buenas palabras sobre él si en algún momento les preguntaban cómo era el detenido.

Era consciente de que no quería pasar allí ni un minuto más de los días que le quedaban.

—¿Quién es esa chica? La Chiqui —pronunció mientras le daba otra calada al cigarro, atenazando una utopía que haría realidad.

CAPÍTULO VI
MUCHAS VECES, LOS HECHOS DICEN LO QUE EN UN FUTURO VAS A VIVIR

La Chiqui caminó por el detector de la penitenciaría, una mujer policía la invitó con un gesto de la mano a que pasara al lugar donde se hacían los controles de cuerpo entero a las visitantes, también en la parte interior. Esta vez llevaba un vestido adherente azul que le quedaba a la perfección con unas zapatillas sin tacones. Se había alisado el pelo, que daba un toque más fino a su tez. Se encontraba relajada, narcotizada y alegre a la vez porque el día había llegado. Las noches anteriores soñó con Vicente, con la forma de su cuerpo, pero nunca le veía la cara. Sabía que era él. Reconoció sus tatuajes, si bien cuando lo miraba, su rostro tomaba un color raro, como un folio blanco sin ojos, nariz y boca.

Mercedes obedeció a cada una de las órdenes que dictaba la policía. Le dieron el acceso a que fuese a visitar a su familiar o pareja. Como otras, ella se encaminó en fila por un pasillo que daba a los cuartitos donde cada detenido esperaba en la puerta. Percibió cómo al Mariachi, al verla, se le iluminaron los ojos y simuló una sonrisa provocadora. Fue en su dirección y, al acercarse, se saludaron con un beso en la mejilla. Un contacto que no pasó desapercibido para Mercedes, que sintió su tacto y la hizo olvidarse de su alrededor. Solo existía su impoluta figura.

La tomó de la mano y la invitó a entrar. Mercedes captó cómo se quedó fuera, esperando, y que el guardia que había visto en el pasillo se acercó. Vicente le entregó unos billetes de pesos dominicanos enrollados, como lo habitual sin decir una palabra, e hizo una señal con la cabeza de que todo estaba bien. El hombre se retiró, contento.

En ese momento, Mercedes lo contempló con timidez. Era como un espécimen mandado a hacer en un molde para que a cualquier mujer se le cayera la baba, solo con observarlo. Podía pasar horas allí, gozando de su contextura.

—¿Qué tal la semana? —le preguntó el Mariachi.

«Si te contara que fuiste partícipe de mis sueños todas las noches…».

—Bien. Estuve en exámenes. —Notó que sus ojos adquirieron un aspecto de curiosidad.

—¿Todavía asistes a la escuela? —interrogó por la contestación.

Se recostó en la cama, cruzó las piernas y puso las dos manos detrás de la cabeza.

—Sí. ¿Hay algún problema? —Mercedes pensó en por qué le había preguntado eso, según sus cavilaciones, las cosas no cambiarían.

—No. ¿Cuántos años tienes? —Con urgencia precisaba saber. Su temor era que, al ser menor de edad, la situación sería diferente. Asimismo, su plan se iría al traste.

—Dieciocho.

—¡Qué alivio! —exclamó al soltar un soplido. Era lo que necesitaba escuchar.

—¿Por qué lo dices?

—Porque estar con una menor de edad sería peligroso. —Se carcajeó y le guiñó el ojo—. Ven aquí, a mi lado.

Viendo que aún estaba vestido, Mercedes se acercó y él compartió la almohada para los dos. Así permaneció por algunos minutos, hasta que él cruzó su brazo y la estrechó contra su torso.

Le parecía un poco extraño. La duda se apoderaba de su ser. ¿Sería un *serial killer?*

«Este bombón es demasiado caballero según mis gustos, ¿o es que los mexicanos son todos así?», meditó mientras disfrutaba del roce de su índice en la cara. Despacio, Mercedes se relajó, era anormal para su entendimiento que todavía no le hubiera quitado la vestimenta. El dedo de Vicente recorrió su hombro, él se puso de lado y ella adquirió una postura bocarriba, lo que permitió cada roce. Sus miradas se encontraron, divisó una profundidad abismal en sus iris, casi indescifrable. Nunca podría acostumbrarse a tanta amabilidad, estaba habituada a otro tipo de tratos: o lo coges o lo dejas, sin reservas.

—¿Puedo besarte?

«Y, ¿desde cuándo un hombre pide permiso para tocar a una mujer? No, no, no, es completamente atípico en este bombón». Lo miró deslumbrada a la expectativa del gesto; él aguardaba con suma cautela su respuesta. «Es exasperante cuando deseas una cosa y la persona que está frente a ti no te la cede». Con la boca aguada, tuvo que asentir para que el Mariachi se acercara.

—Es inaudito lo que preguntas.

—Solo estoy pidiendo tu permiso.

«Venga, por el amor de las flores, bésame porque, si no, me voy a derretir antes de que toque tus labios con los míos, o voy a tener que darte un tequila con limón y sal a fin de que te haga efecto y actúes», pensó. Se fijó en cómo la observaba, no sabía si darle dos bofetadas para que despabilara o era que fingía. Le dieron ganas de recordarle que vivía en una cárcel, de ese modo, tal vez comprendiera que su afabilidad estaba fuera de lugar. «¿Qué es lo que espera?».

—¡Qué caballeroso de tu parte!

Mercedes apreció su cercanía.

¿Qué era lo que le pasaba por la cabeza al Mariachi al comportarse de tal forma? Trató a las otras chicas con las que se acostó como lo que eran.

Juntó sus labios con los de él; en principio, fue solo un contacto recíproco. Luego ella tocó su nuca, lo atrajo más a su pecho, era como un cruasán de primera mañana cuando se degusta con un capuchino. Escapó junto a sus caricias a un mundo lleno de emociones. Reconoció que estaba ansiosa por que se lo cediera. El Mariachi lo intensificó, pasó a estar encima de su cuerpo, los dos jadearon al unísono por el contacto y lo que sentían era puro placer de besar. No lo conocía, pero buscaba un modo para que lo deseara más.

Mercedes abrió los ojos y lo que halló fue una sonrisa indescifrable. Él le quitó la camiseta, se quedó en sostén blanco, aunque era viejo, le encajaba a la perfección. Mercedes hizo el idéntico gesto, lo achuchó otra vez sin intensidad, pero la sorprendió y casi le vinieron vértigos. Aquel espécimen que estaba sobre ella se había transformado en otra persona. No se dio cuenta cuando le quitó el sostén y quedó a pecho desnudo, que él acariciaba con fuerza. ¡Cuánto lo disfrutaba! Sus entrepiernas fueron partícipes de cada roce en demasía que Vicente le provocaba. Se entregaron y se fundieron el uno en el otro por completo.

Para ella, eran meses que no tenía relaciones con ningún hombre, si no tenía en cuenta su sumisión ante el guardia la primera vez que estuvo allí, y para él, una semana en espera de la chica que le prometió volver.

Una lágrima pujaba por salir, le parecía irreal compartir esa intimidad con el Mariachi. Era la primera vez que experimentaba emociones al hacer el amor o tener sexo con alguien que fuera de otra nacionalidad.

—Tienes que venir conmigo a México.

—Suena bien. ¡Ja! —se burló Mercedes, sin darle peso a lo que él había soltado.

—¿Crees que te vas a liberar de mi tan fácil? —declaró en tono manipulador.

—¿Es una amenaza?

—En absoluto. —Hizo una mueca con el fin de tranquilizarla.

—Mariachi, esto es hasta que se pueda. Quizá la próxima vez tengas ganas de otra persona.

—El problema es que no lo deseo. —Lo había sugerido antes, ahora lo especificó con el objetivo de que comenzase a albergar la idea de una probabilidad.

—¿No deseas qué?

—Dejarte ir, me ha gustado lo que ha pasado. —Ella enmudeció

—. Reflexiona en la posibilidad de acompañarme a México.

—Ay, por favor… —Se rio para sí misma.

—Lo digo en serio —concluyó, al notar cómo la incredulidad afloraba en su perfecto rostro.

—Lo sé —afirmó escéptica, solo para que supiera que fuese a otra con ese cuento.

Ella se mofó, creía que quizá la veía como una boba, por eso le podía tomar el pelo. Su cara parecía un poema. Lo examinó, aquellas palabras la habían dejado desahuciada.

«¿Sería que se estaba camuflando?».

Mercedes permaneció atónita, era la primera vez que un hombre tenía el pudor decirle que le había gustado.

«Ya te digo… Este es un tipo anormal, o eres de los que pinta todo bonito para después sacar el as de la manga y dejarte explayada, con la bocaza abierta y que uno se lleve años en olvidarlo. Es algo insólito, ¿qué será lo que esconde el Mariachi que ni siquiera me ha dicho su nombre? Bueno, por así decirlo, tampoco le dije el mío», un pensamiento le pasó por la cabeza. Se negó a reaccionar, así evitaba delatarse. En el momento en que el Mariachi se retiró, se tumbó en la camilla, buscaba respuesta a las preguntas que brotaban en su mente. Pasó más de media hora y todavía se encontraba allí, perdida en un mundo nuevo que, según sus sugerencias, le daba una probabilidad para cambiar de vida junto a él. Cerró los ojos, inmersa en su raciocinio.

CAPÍTULO VII
NATHAN

—Hola. —Sintió que alguien la meneaba del hombro. Se despabiló sin saber si era un sueño, se estrujó los ojos e hizo un bostezo.

—Perdón, me he quedado dormida. Me retiro de inmediato.

—No vine para echarte.

—No, no, no. Perdóneme —enfatizó con la marca de la almohada acentuada en un cachete—. Me disculpo de nuevo, quizá su pareja lo espera. —Se levantó con rapidez, por suerte estaba vestida, solo le faltaba calzarse las zapatillas y salir.

—Tutéame, por favor, me haces sentir mayor, ¡ja! Despreocúpate, estoy solo, a la persona que esperaba le fue imposible venir. —Nathan continuó la conversación para que ella se sintiera cómoda con su presencia—. Ha comenzado el segundo turno.

—Ya. Ustedes son muchos aquí. Sin embargo, ni siquiera me di cuenta cuando entraste.

—Dormías, hasta roncabas.

«Oh, por favor, trágame, tierra». Lo observó con lentitud; era flaco, con el pelo rubio, la parte de arriba la tenía más larga que la de los lados, que estaban raspados. Sus ojos eran similares a su cabellera, con una barba fina en fase de crecimiento. Eran casi del mismo tamaño. Llevaba una camiseta y pantalones blancos, casi del mismo tono que su piel pálida.

Su voz parecía la de un locutor de radio.

—Por el amor…

—Disculpa, tengo problemas al pronunciar la ese.

—Tranquilo —contestó, se veía que era un chavo.

«¿Cuál será el motivo por el que se encuentra en el penitenciario?», se cuestionó para sus adentros. Curiosa y con el deseo de entender su detenimiento, se retractó, así evitaba recibir una respuesta escueta que la ofendiera por su pregunta fuera de lugar.

Advirtió sus pupilas en los de ella, que simulaban una media expresión de alegría.

—Eres joven —afirmó Mercedes, quien ni siquiera se había presentado ante él. Se retuvo, vio cómo se sentó en la silla y cruzó las piernas y los brazos a la par.

—Diría que de tu misma edad. —Nathan la estudiaba.

—Ya. —Sin encontrar respuesta a su forma de comportarse ante ella, reflexionó: «Este es un correccional de ángeles, no de

delincuentes». Esperaba que se lanzará en su contra, pero sus suposiciones se esfumaban a cada segundo que pasaba.

—¿Por qué te encuentras aquí? Al parecer, eres diferente a las chicas que visitan este sitio.

—Es una pregunta fácil de responder, por una razón específica.

—Eso es seguro, empero ¿cuál es el motivo en concreto?

En ese instante, afloró un peso en su corazón. Se sintió sola, necesitaba una de sus pastillas; sin embargo, las había dejado en la casa antes de salir. Además, allí era imposible pasar algún tipo de estupefaciente. Odiaba encontrarse en ese estado, necesitaba sentirse narcotizada para poder sobrellevar ese ogro sentimiento que se reflejaba en su cuerpo.

—Y tú, ¿por qué te encuentras aquí?

—Tengo una misión que llevar a cabo. —Nathan prefería que el motivo de su permanencia quedase anónimo para Mercedes.

—Mmm, qué raro, ¿acaso eres del FBI encubierto?

—¡Ja!, me retengo a darte ese dato en concreto.

—Secreto profesional —declaró Mercedes. Se sintió cómoda con ese diálogo que estaba fluyendo con aquel chico.

—¿Desde cuándo conoces al Mariachi? —Él, con la curiosidad a tope, deseaba averiguar más de aquella muchacha que aparentaba más ingenua de lo debido y que quería ser astuta con ciertas palabras. Pero en su corazón se le hacía familiarizada, quizá ya la conocía. Era posible que fuese en otra vida.

—Ese dato no te lo puedo decir —copió la misma respuesta de él.

—¡Je! Entendí, me tomas el pelo. —Nathan la miró, mientras ella lo observaba con gran intensidad—. ¿Me estás fijando? ¿Qué pasa?

—Yo te he visto en algún lugar —repuso, segura de sí misma. Su rostro le parecía conocido, incluso su voz la tenía latente en su conciencia.

—¿Estás segura?

—Sí, al cien por cien. Lo que pasa es que ahora mismo no te sé decir dónde fue. ¿Cuál es tu apellido? —Hurgaba en su memoria y se le hacía imposible. Quiso llevar sus pensamientos hacia el pasado para recordar el momento en que lo había divisado.

—Nathan.

—Ya lo has dicho. Te ha pasado que, en algún instante de tu vida, quizá en sueños o en un sitio específico, hayas distinguido a una persona y te dices: «Yo lo he visto o he visitado este lugar».

—No me ha ocurrido —declaró él.

—¿Nunca? Me ha sucedido contigo.

—Sí.

—Entonces, eres antinatural —Mercedes afirmó, sonrió casi como un hecho.

—Si tú lo dices… —con toda calma, aceptó.

—¡Qué divertido eres! —Se puso las zapatillas y se las abrochó.

—A veces lo soy.

—Es mejor decir: «Es parte de mi personalidad» —dijo Mercedes.

—Me corrijo, a la frase dicha con anterioridad por mi amiga —murmuró con una mueca en sus labios arrugados.

—¿*Amiga*? —Arqueó una ceja, titubeante. Apenas se conocían y ya la trataba con familiaridad. Un poco extraño, ¿cierto?

—Sí.

—¿Quieres que yo sea tu conocida o es un teatro que montas para después chantajearme? —soltó sin tapujos, a fin de advertirlo y que supiera que no estaba en vena de jugar a los amiguitos, y mucho menos con un detenido que quién sabía lo que pensaba.

—Si aceptas, te estaría agradecido —enfatizó Nathan con cierto entusiasmo. Le comenzaba a caer bien aquella chica. Era un milagro haber entrado en el momento justo en el pequeño cuartito. Por lo menos su mañana había sido «fructífera» en el sentido de tener un diálogo con alguien, allí dentro era un sueño. Eran escasos los detenidos que tenían cerebro para hablar de cosas importantes como lo que sucedía en las noticias a nivel nacional, en manera racionalista.

En el penitenciario solo se escuchaban conversaciones de venganza, entre otras cosas.

«El mismo instante en que salga lo voy a matar».

«Por esa puta me encerraron».

«Ya verás cuando la tenga enfrente…».

Se contaban los que habían terminado sus estudios con el fin de ser personas diferentes cuando estuvieran en libertad.

Una de las cosas positivas, aparte de los cursos, era que había periódicos, aunque de una fecha atrasada.

«Hombre, esto es misterioso, creo que han dado alguna pócima a los presos de aquí», meditó Mercedes, con una simple teoría, basada en lo que le estaba sucediendo.

—Lo voy a pensar —planteó a gusto, pero para ponerlo en espera.

—Bien. Al menos he evitado que me rechaces —confesó Nathan. Se dio cuenta de que ella escondía una sonrisita.

—Podría hacerlo.

—Ah, ¿por qué?

—Porque me da la gana.

—Entonces, te dejo ir para prevenir que cambies de idea. —Él se alzó, puso las manos en los bolsillos—. Te esperaré para la próxima.

—Lo siento. Tengo una cita con el Mariachi.

—Te quedas aquí, y yo entro en el segundo turno —anunció, dejándola perpleja.

—¿Y tu chica?

—Ya me las arreglo con ella, despreocúpate —le aseguró, con la finalidad de que aceptara su encuentro una vez más. Le había agradado la pequeña charla, de inmediato percibió una conexión indescriptible.

—Oye, no quiero problemas. ¿Escuchaste? —advirtió Mercedes, verse con él le traería problemas con su pareja y con el Mariachi.

—Tranquila, nunca sabrá de ti.

Ella había ladeado su torso y se había inclinado. Su piel se erizó con rapidez, una extrañeza la recorrió sin entender lo que era. Miró hacia atrás, él se había ido, ni siquiera escuchó la puerta cerrarse. Movió rauda la cabeza y pensó: «Ni un hasta luego pronunció».

Nathan se había esfumado como el viento. Aquel día fue insólito para Mercedes. Mientras andaba a la parada del autobús y dejaba a su espalda el penitenciario, en su mente, reflexionaba que era imposible que existieran más hombres caballerosos dentro de la cárcel que afuera. La conversación y su afabilidad la puso en alerta.

Albergaba la esperanza de que su alegría no se desvaneciera cuando comenzaran los encuentros fortuitos y no le cortasen las alas. Tenía miedo a que su vida cayera en un vacío. Que su corazón se viera arrastrado por la oscuridad sería insoportable para ella. Se perdería y esta vez para siempre.

CAPÍTULO VIII
¿SEÑAL DEL DESTINO?

Mercedes apoyó su espalda en el tronco de una palmera, en busca de respuestas. Como una cría, miraba a diestro y siniestro sin aguantar la euforia que sentía. ¿Valdría la pena volver a hablar con Nathan o era una señal del destino? Si todo marchaba para bien, sus días mejorarían. Suspiró y alimentó sus pulmones de una brisa cálida en la que el pueblo de Najayo venía envuelta en aquellos días. El cielo estaba límpido, sin una nube a su alrededor, sintió alegría por cómo habían acaecido las horas junto a los dos hombres. Respiró, se estrujó la cara para clarificar sus ideas confusas. Quizás fuese su ángel que venía a rescatarla del sufrimiento que arrastraba consigo desde pequeña. O se estaba metiendo en un callejón sin salida. Se veía incapaz de descifrar las contradicciones que su mente le originaba. Si bien, reconocía que lo había pasado genial en ambas partes. ¿Por qué a ella le había sucedido esa casualidad? ¿Qué significaría en su vida encontrarse a dos personas tan afables en un lugar inadecuado? Era contradictorio pero cierto.

Le vinieron ganas de llamar a su compañera y contarle lo sucedido, pero vaciló porque en mensajes que se habían intercambiado le dijo que estaría ocupada esa mañana. Daría lo imposible por hablar con alguien y pedir consejos para saber cómo actuar ante lo que había ocurrido. Pero la única persona que sabía que ella visitaba ese lugar era la Matatana, que fue quien la incitó a ir hasta allí. «¿Cómo puedo desahogarme?», caviló, con algunas gotas de sudor bajando por su cara.

Lo que más la impresionó fue Nathan y la distancia que mantuvo, sobre todo el respeto. Aunque era la primera vez que lo veía, sintió una conexión con él. Sería bonito para la vida de Mercedes tener un amigo como él, fuera de aquel entorno, que la ayudase a salir de donde se estaba metiendo o la condujera por caminos sin espinas. Se notaba una chica buena, a pesar de que su destino tomó otro rumbo a causa de su desastrosa madre. También se dejaba influenciar con facilidad por las personas de su entorno. Aunque la Matatana le daba algunos consejos «buenos», había otras compañeras por su barrio que valían un cero a la izquierda. La bajeza, su forma de hablar, las vulgaridades en discursos vergonzosos. Por la noche se juntaba con ellas después de la cena, el punto de encuentro era la calzada frente a una de las casas más adelante a la de

Mercedes.

La desastrosa influencia del barrio fomentaba futuros nefastos para los niños y adolescentes. Se convertían en mulos con el tráfico y otros, en oledores de cementos. Muchos comenzaban con la hookah[5] en los teteos[6], así se incorporaban a la moda. Pero, a pesar de lo malo que surgía en las calles, existían los devotos de las iglesias, que conscientes con la situación inmejorable de los jóvenes, hacían un trabajo arduo de oración como arma potente para contrarrestar lo que se veía a diario. Animaban a los muchachos a integrarse en la comunidad. Usaban un método de persuasión para que eligiesen otros rumbos a los que ya habían tomado caminos torcidos, y a los que no, aumentaban su ego con los «tú puedes ser una criatura de bien». Aunque se hubieran criado en medio de la cruda realidad, esas oraciones y ayunos incesantes de los religiosos ayudaban a que sus vidas se enderezasen y encontraran con plenitud su renacer en una nueva persona.

Se podía decir que pocos hallaban el camino. A otros, la vida se le truncaba a temprana edad por un motivo u otro. Algunos alcanzaban los cuarenta con enfermedades crónicas. Otros se tranquilizaban porque, a mediados de su juventud, y como se daban los sucesos, quedaban discapacitados. Existía otra parte que convivían a temprana edad y su vida cambiaba por completo, convirtiéndose en padres o madres de familias. La última y escasa parte era la que llegaba a la universidad, o la que terminaba el bachillerato, ingresaban después en cursos técnicos para tener un nivel superior y, más adelante, encontrar empleo en compañías donde aseguraban sus futuros.

Esto sucedía en parte de la República Dominicana, había malas influencias en el término «barrio», pero no todos eran peligrosos. Existían personas que trabajaban para darle una buena imagen y que el lugar fuese visto con otros ojos.

¿Cuál podría ser el destino de Mercedes? Estaba ahí en busca de respuestas que no llegaban. Con el corazón repleto de alegría, sin estar convencida de lo que había ocurrido, daría tiempo al tiempo a que las cosas surgieran de una manera fortuita, con la esperanza de que la suerte estuviera de su parte. ¡Sería que su vida cambiaría para bien! Apoyada, se esfumaron los minutos, aparentaba hallarse en otro mundo. Había desconectado la mente de su cuerpo. Solo escuchaba los rumores de los vehículos que pasaban por allí, desvaneciéndose en la nada. Aquel acercamiento inesperado la había tocado en el fondo. La cosa significante fue que le gustó más hablar con Nathan que su encuentro con el Mariachi. Fue como si le hubiera llenado el corazón vacío con sus palabras y, aunque era para conocerse, se habían hablado sin fingir, sin tapujos, y esa realidad la motivó a seguir

averiguando sobre Nathan.

Unas voces la trajeron de su ensimismamiento, se arregló y caminó en dirección a la parada del autobús. Llegaría a casa justo para almorzar, cambiarse e ir a la escuela.

Ese día fue especial, con toda su realidad, pese a que el contexto era inadecuado para una chica de su edad y Mercedes lo había apreciado.

***

—Iré a buscarte —le dijo su amiga

—Me duele la cabeza. Hoy, por favor, quisiera estar tranquila.

—Vamos, es fin de semana. Tómate un acetaminofén, así te haga efecto. —La Matatana insistía porque no quería ir sola, ya que desconocía a los chicos que la habían invitado. El viernes por la noche se había dirigido a un colmadón de la capital, conoció a un chico con un aspecto apetecible para sus gustos. Este la invitó a pasar el sábado juntos y con los demás amigos, a lo que aceptó sin pretexto y sin pensar en el peligro.

—Vete tú —se negó ella, indispuesta. Se encontraba con un dolor de cabeza fuerte que le había cogido hasta la cervical.

—Somos cinco, me han invitado al río. Venga, lo disfrutaremos.

Mercedes se sintió contrariada, pero su punto de debilidad era que se dejaba influenciar con rapidez. Aunque se interponía, luego cedía. Tenía poco don de mantener su punto de vista. Ni siquiera discutía, pese a que a veces la razón estaba de su parte.

Por ello no lograba avanzar, visitaba a chicos y lugares inadecuados para su edad.

Era por ello que, continuamente, tropezaba con las mismas escenas en su casa a la que surgían incongruencias con su familia. Afrontarlos desarmaba las ínfimas fuerzas que sentía, se convertía en una antipatía perenne con sus padres. Se oponía a escucharlos, se molestaba hasta tal punto de rechazarlos por días.

—Está bien. Voy a decirle a mi madre que estaré el día entero contigo. Ayer discutimos.

—Sí, dile. También, si quieres venir a dormir conmigo, sería lo ideal, así alargamos la fiesta hasta tarde —recomendó con las buenas intenciones que no lo eran tanto.

—Dormir será difícil.

—Trata de convencerla, tu madre es comprensiva, a no ser que le digas que es con otra persona.

—Será difícil, te he dicho que tuvimos una discusión, no me va de instalar una conversación inútil, a la que siempre me preguntan queriendo saber todo —matizó Mercedes—. Otra cosa es que estoy escasa de dinero.

—¿Y fuiste a la cárcel? —preguntó por lo que le dijo.

—Sí, pero al Mariachi se le olvidó pagarme —declaró, como por decir que le importaba poco, al mismo tiempo consciente de que se había despistado en cobrarle.

—¿Se lo recordaste antes de terminar?

—No.

—Pero ¿eres boba o qué? —la amonestó sin resentimiento. Entendía que Mercedes pasaba por momentos un poco difíciles a nivel económico, pero la incomodaba su comportamiento de parecer estúpida en la cárcel.

—¡Exageras! —manifestó sin dar peso al reproche.

—Para nada. Despreocúpate por el dinero, yo lo llevo, por si las moscas. Si los chicos pagan, nosotras ni tiraremos un peso de nuestros bolsillos.

—Te envío un mensaje más tarde.

—Perfecto.

CAPÍTULO IX
¿EN QUÉ ME HE METIDO?

La Matatana la esperaba en la mañana como habían acordado. A las 13.00 h de aquel día se encontraban juntas en el sofá de su casa, a la expectativa de la llamada que tenían que hacerles los muchachos que la habían invitado al río. El claxon del vehículo las sobresaltó al mismo instante, se levantaron y salieron con el aviso en el móvil en curso. Dejaron el apartamento a sus espaldas; al saludarlos, la Matatana les dirigió una sonrisa cautivadora mientras abría la puerta del coche y se sentaba en el asiento trasero.

—¿Qué tal la Toma de San Cristóbal, chicas?

—Me va bien —manifestó con alegría. Miró de soslayo a Mercedes y le dio un toque con el codo, ya que la veía poco convencida.

Ella hizo silencio y la respuesta nunca llegó.

—¿Y para ti? —El conductor observó por el retrovisor que la chica solo encorvó los hombros en señal de aceptación.

—Mi nombre es José —repuso el joven copiloto—, ¿tú eres? —pronunció, refiriéndose a Mercedes.

—Me dicen la Chiqui.

—¡Qué bien!, ¿es por tu estatura? —Se burló, y los otros, con su sarcasmo, sonrieron a coro con descaro.

Por la mirada despectiva que Mercedes les lanzó, entendieron que desaprobaba sus reacciones. Ya estaba indispuesta y sumarle que tenía que compartir el día con aquellos muchachos, o ser el hazmerreír de ellos, era lo menos que deseaba. Escuchó que el conductor arrancó con el vehículo y ojeó el espejo de su lado para percatarse de que no existiera peligro alguno para el despegue del auto. Se percibía que el comentario de ellos la había tocado, su amiga apoyó las manos sobre sus piernas con suavidad y le musitó que lo sentía.

A Mercedes le vino el deseo de salir corriendo de allí.

Abrir la puerta y lanzarse al vacío.

Hubo silencio.

Le repugnaba ser el centro de atención de personas egocéntricas y con carácter de burlas que solo esperaban el momento para menoscabar a la presa más débil. Cuando eso sucedía, le daban ganas de soltarles un bofetón al ser incapaz de responder como debía. Aunque su instinto anhelaba decirle lo que pensaba, su boca se

atrabancaba como si tuviera dentro una bola de ping-pong. Si tenía un bloqueo, no sabía defenderse de modo verbal; la cosa más fácil era usar la violencia, aunque saliera perdiendo.

—Párate en un *liquor store*[7] —dijo Manuel, que era el muchacho que estaba sentado detrás junto a las chicas.

Mercedes dejó que la brisa acacheteara sus mejillas con la rabia en su interior.

—En el camino antes del peaje y de meternos en la carretera —respondió mientras maniobraba su teléfono. Se habían traído una nevera portátil que reposaba en el baúl para que las bebidas estuvieran frescas. Todos observaron que mientras manejaba mandaba un mensaje de texto. Era un peligro, por fortuna, todavía no había empezado con las bebidas alcohólicas.

—Por favor —soltó la Matatana—, ¿puedes ir más despacio?, yo no tengo prisa en llegar.

—Tranquila, todo está bajo control —le respondió el conductor. Escribía y conducía, miraba hacia adelante en el mismo instante en que redactaba lo que iba a mandar.

—Pero baja la velocidad, si no me mareo y te vomito el coche —lo amenazó, de forma indirecta, a que la escuchara, o el regurgito de lo que había comido era casi seguro. Aunque sabía que mentía, quería asegurar su vida y llegar de vuelta a casa.

—Está bien. —Así lo hizo sin reparo. Él advertía que la celeridad era su fuerte. Le encantaba la adrenalina que le transmitían esos momentos en los que presionaba el acelerador, le daba un sentimiento de omnipotencia.

El chico padecía una bipolaridad aguda, podía estar contento y, en cuestión de santiamén, mandar al carajo a quien fuese sin motivo alguno. Pero pocos de ellos desconocían su estado emocional, solo bastaba que no le tocasen las narices. Algunas mañanas se levantaba con un humor de perros y después de una hora cambiaba de una forma desorbitada su emotividad: de estar enojado a ser alegre. Tomaba sus pastillas un día sí y otro no. Ese descontrol se observaba en la inestabilidad de su alteración. Él sabía que lo sensato era seguir su tratamiento al pie de la letra, pero su cabeza dura y, muchas veces, por ir de juergas lo dejaba sobre la mesa o se le olvidaba.

Hicieron la parada en la licorería, donde adquirieron lo necesario y las posaron en el fondo de la nevera, también compraron una funda de hielo para mantenerlas frías. Contentos, se dirigieron a lo que habían programado.

El transcurso, para Mercedes, fue indiferente. La embargó su habitual mutismo y se aisló de las conversaciones que fluían entre ellos que, a su entender, no tenían importancia y estaba indispuesta por el primer episodio de burla que le habían hecho. Era un alma

frágil que buscaba una sonrisa en alguien que le hiciera pasar un buen rato. Anhelaba alimentar esa austeridad que sentía en un lugar recóndito de su interior.

Ese sinsabor que encontraba a ratos.

A cada momento.

La fuerte melancolía se apoderaba de su ser, triunfaba en instantes, nunca podía enfrentar ninguna aptitud porque su debilidad la llevaba a narcotizarse para aligerar su congoja. Necesitaba la ayuda de un médico, alguien que tratase su estado emotivo y reconstruyese ese desconsuelo oxidado en parte de sus órganos vitales y, sobre todo, su vida. Empero su pobreza la confiscaba en cuatro muros sin salida. A pesar de ello, nunca había pensado que su estado pudiese ser tratado. Muchas veces soñaba con su madre, con una familia normal. Durante el transcurso del sueño se encontraba feliz, pero al despertar sentía amargor y rabia. Mercedes necesitaba de una persona buena que la ayudara a traspasar ese monstruo cuya madre le había inducido. Asimismo, al que ella misma, inconsciente, estaba ignara de la fúnebre batalla que luchaba cada día. Por eso usaba sus pastillas como bálsamo para correr de aquella oscuridad y dejarla atrás, pero que se presentaba de nuevo cuando el efecto desaparecía.

Sería un milagro que aceptara su vida con ese defecto. Era una chica que sufría en silencio y a la que su amiga había conducido a buscar buenas nuevas en el peor lugar que existía: la cárcel. Pese a ello, era ella quien tenía que alejarla y darse cuenta de que aquella amistad era dañina.

—De fuera vendrán y de mi casa me echarán —recitó sin tapujos, dando a entender a los otros que la Matatana le había tocado las pelotas.

—La muchacha tiene razón —rebatió el joven copiloto. Se cabreó aún más porque su fiel compaisano aprobó lo que ella dijo. Ladeó la cabeza hacia atrás, aguardaba otro comentario—. Nadie nos espera, solo la tarde para disfrutar de ella en el balneario.

Dio un golpe en el timón, sin querer tocó el claxon que pitó por el contacto. Se estaba enfureciendo, sus ojos habían cambiado a un tono rojizo a su alrededor. El humor comenzaba a expeler y mostraba cada vez su comportamiento real. Se había creado una situación de tensión para todos. Se mantuvieron en silencio, a la espera de que fuera él quien hablara.

Mercedes escrutó a su amiga, la advirtió de lo que había hecho su conocido y, con señas, le dijo que el chico estaba loco. La partida había iniciado mal, ahora con su comentario fuera de lugar iba a empeorar las cosas. Tenía la esperanza de que prosiguiera mejor, aprovechó y le dio un toque con el codo para que percibiera en su mirada que lo más conveniente era regresar a casa. Sin embargo, la

Matatana, con un pequeño gesto de la cabeza y su cara, le expresó que todo estaba bien.

Una voz en su interior la incitó a bajarse del coche, pero era imposible. Había tomado de nuevo velocidad. «¿Y si le sugiero que necesito ir al baño o en el primer semáforo me apeo? No, no, no… pongo vulnerable a mi amiga. ¿Qué puedo a hacer? Cuando lleguemos, con la excusa de ir al servicio, saldré del balneario y me iré. Sé que mi compañera se opondrá con rotundidad y se quedará, si bien será peor. Este chico me da mala espina. Los otros dos se ven más calmados, con la euforia de disfrutar, el conductor, que es el dueño del coche, tiene fruncido el entrecejo. Se capta que ha acogido bastante mal el comentario. Necesito verles bien la cara, por si ocurre una eventualidad, saber identificarlos. ¿En qué me metes, Matatana? ¿Te has dado cuenta de la mala racha que lleva el loco? Quién conoce lo que pasa por la cabeza de este pedazo de estúpido». Sumergida en sus pensamientos, con la música de un Dembow a todo volumen, percibía el aire tajante y pesante dentro del coche. Nadie volvió a hablar.

Mercedes miró las pupilas del conductor por el retrovisor, una oscuridad revestía sus ojos, como si luchaba por no explotar. Volvió a acelerar con rabia, las cuatro personas tuvieron que agarrarse y se miraron al unísono por la reacción momentánea y contrariada.

Soltó un respiro profundo, empuñó con fuerza la manilla de la puerta y, a tientas, buscó el cinturón de seguridad, sin encontrarlo. Asustada y con el corazón latiendo en su garganta, murmuró:

—Esto es el final. —Se le iba a tronchar la vida con apenas dieciocho años por un psicópata. Nadie hablaba, era la mejor opción, a leguas se le notaba el cabreo y la música no ayudaba porque lo que farfullaba incitaba a la violencia. Deseó pedirle con escrupulosidad de bajar el volumen o que cambiara, su amiga intuyó su intención y lo que hizo fue agrandar los ojos para que se mantuviera en silencio—. Si pasa algo, creo que no encontrarán los sesos de ninguno de nosotros.

—Sí, ustedes tienen razón —contestó el aludido con disgusto y de una manera rápida. Aceleró, alterado por tan solo un simple comentario.

—Oye, necesito un trago —destacó Manuel, con astucia, para que bajara el ritmo y, quizás, fuese la forma de tomar un poco de aire. Su irritabilidad lo había desconcertado, estaba insoportable; además, la ira lo cegaba sin ver el peligro de la velocidad a la que iba.

—Ya casi llegamos.

—Vamos, que tengo la garganta seca.

—¿Quieres que haga tus peticiones también? —le gritó de mal gusto. Comenzó a hablar cosas sin sentido y muy rápidas, casi no podían entenderlas. Sus compañeros de juergas lo conocían y sabían

de su actitud, pero las chicas ignoraban su conducta y hasta dónde podía llegar. El riesgo para él era ilimitado, aumentaba la velocidad sin escuchar lo que los otros le sugerían. Inició unas risas sarcásticas, los otros lo miraban de soslayo por la ridiculez de que se estuviera comportando de esa manera.

Mercedes pasó la mano por su cara y la movió. «Es un loco desenfrenado, ¿en qué me he metido?», pensaba con claridad y con la angustia que hacía mella en ella. Deseó abrir la puerta, lanzarse y escapar de ese trío de dementes al que su amiga la había arrastrado.

CAPÍTULO X
LO MENOS ESPERADO

Habían estacionado el coche en el parqueo de la Toma. El balneario estaba sumergido en medio de la naturaleza, cada árbol estaba arropado con su manto de hojas verdes que hacían sombras en su entorno. Era un punto de desahogo para los residentes de la capital y los de la limítrofe porque quedaba a seis kilómetros de la ciudad. Era un balneario de aguas dulces y cristalinas, habían construido un establecimiento en el que vendían comida y bebida a los visitantes. En un lado, para los niños habían habilitado un área con una piscina natural con toboganes.

Sin previo aviso, Mercedes musitó:

—Necesito hacer pis. —Se marcharía y los dejaría a todos allí —. ¿Quieres acompañarme? —preguntó a su amiga, con los ojos muy abiertos para que captara lo que quería decirle con su mirada.

Aquel día no se sentía con ganas de estar en compañía de los chicos.

Primero: por el *bullying* que le hicieron durante el transcurso del viaje.

Segundo: por la forma en que se dirigió a la Matatana.

Percibió a un grupo de personas que desmontaban de un bus, con caras de alegría. Por otra parte, había un montón de minibuses estacionados en fila que habían llegado al establecimiento llenos de pasajeros para gozar de la tarde en el balneario.

—Ve tú —contestó, hizo caso omiso al gesto de la Chiqui. A la muchacha le importaba poco su reacción, quería divertirse y pasarlo bien.

—Acompáñame —repitió. La arrambló por el pulso, a ver si reaccionaba y se daba cuenta de sus intenciones.

—Voy a buscar una mesa con los muchachos.

Mercedes se fijó en cómo los chicos se quitaban los pantalones y se quedaban en trajes de baño. Había un sentimiento de indisposición en sus entrañas, un ápice de terror resplandecía en su semblante. En silencio, caminó y pensó en cómo su amiga había desechado su invitación. La figura de su abuela apareció en su mente diciéndole que se fuera rápido de ese lugar. La imposibilidad de hablarle delante de ellos hizo que tomara una decisión. Contraria a su reacción, asió su bolso con aprieto y se dirigió a los servicios a la espera de que le dejaran el campo libre para escurrirse y salir de allí.

Antes de introducirse en el callejón que conducía a los sanitarios escuchó unos gritos de alguien que estaba dando un altercado. Ladeó su cabeza hacia atrás y se encontró con una escena escalofriante. Avistó que la Matatana tenía la cara llena de sangre, vio en ese instante que un puño alcanzaba su cara y la hacía tambalearse por el impacto hasta que cayó al suelo. Rauda, caminó en su dirección mientras observaba la inmovilidad de su amiga. De un momento a otro, las botellas volaban en el aire. La disputa entre los chicos y otros por separarlos era un acto desconcertante. Los puños parecían caricias en ellos, no pensaban en detenerse. Con sumo cuidado, se enfiló en la riña, donde los espectadores voceaban asombrados y, a la vez, gozaban del espectáculo.

—Amiga. —Se agachó, pero la sorprendió una patada en el estómago que la volteó con un dolor atroz en la barriga. Un fisiculturista brincó sobre el chico que le había proporcionado el menudo golpe. Raudo, le soltó un puñetazo por maltratar a la Chiqui.

Sin importarle nada, pudo restablecerse un poco, haciendo fuerza, mientras se alzaba. Se escuchaban los gritos que se expandían por todas partes, acompañados de palabras obscenas y toscas. Las botellas y los vasos, algunos ahondaban en el balneario, otras bollaban. Las caras de los niños mostraban miedo. Una tarde que debería ser recreativa se había convertido en funesta para sus ojitos. El pleito cada vez crecía más; puños, sillazos y botellazos conformaban parte de la litis que hacían su curso.

La confusión.

La sangre.

Las sillas plásticas y las mesas a pedazos caían sobre el pavimento.

Los puñetazos eran parte del decoro de los allí presentes.

—Levántate, vámonos de aquí. —Mercedes la instigaba con fiereza y velocidad. Sus vidas estaban en peligro, pendidas a un hilo espinado. Alzó la cabeza y vio a Manuel con un abierto en la ceja derecha que sangraba. Con suma cautela, pudo apartar a la Matatana y sentarla en una silla, alejada de donde todavía la disputa estaba en su auge, a la que se les sumaron más personas para intentar apaciguar el pleito.

—Échale un poco de agua en la cara —sugirió una señora mayor que se le acercó. Por fortuna, ella misma la buscó y se la entregó con buena voluntad a Mercedes, que se sentía preocupada y, a la vez, asustada.

—Gracias —musitó con agobio.

—Te conviene sacarla de aquí, al novio se le cruzaron los cables de la nada y, sin nadie esperarlo, la golpeó fuerte. Ese abusador… —marcó la señora.

«¿De qué novio habla esta mujer?», caviló para sus adentros. Su amiga no le había dicho que tenía por novio a unos de los chicos con los que habían quedado. Dudó de sus palabras, pero a esas alturas y con lo que estaba sucediendo no sabía si creerle. La fortuna parecía de su parte, se encontraba a las afueras de San Cristóbal, lo que le permitiría llegar con rapidez a su casa y curar a su amiga. Aunque surgiría un grave problema: viendo la condición de la compañera y el golpe en el ojo que comenzaba a salir, con el pasar de las horas, tomaría un color violáceo, ¿qué les diría a sus padres?

—Ella no tiene novio —recalcó al tocarse los labios.

—Pues parece que sí. Porque el abusador le gritaba como si lo fuera —contestó, en tanto que cruzaba los brazos.

Entonces Mercedes se dio cuenta a quién se refería. Ya había pensado en el transcurso del viaje que aquel grupito le daba mala espina. A causa de seguir los consejos de su amiga, ahora estaba metida en un rollo grande del que era difícil salir o escapar. ¿Por qué Mercedes se dejaba llevar por su camarada? ¿Por qué era incapaz de poner un *stop* cuando se veía en peligro?

—Es un conocido. —De una mesa cercana, cogió servilletas, las humedeció con el agua para taponar la herida y se la limpió con mesurada parsimonia.

—Válgame Dios, amigos así los quiero a cien kilómetros de mí —declaró la señora sin tapujos, por lo que tenía razón en su comentario.

—Es un rudo. Un desquiciado abusador —decía nerviosa—. ¿En qué momento acepté venir aquí? Ya se lo había dejado entrever, pero ella hizo caso omiso.

—Lo es. Llévatela antes de que llegue la Policía —aconsejó.

Una ráfaga de pensamientos vagaba en su conciencia y la ofuscaba hasta el punto de sentirse en peligro. El otro día, en la fiesta a la que habían asistido en el colmadón, pudieron escapárseles a los chicos, sin dar peso a la contingencia que se habían visto embargadas.

Pero…

Estos muchachos eran diferentes, y uno de ellos no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

«¿Sería que ella se había negado a tener relaciones sexuales porque apenas lo conocía y, por ende, él se había disgustado de tal manera que había enloquecido?».

La mujer pidió a unas personas que ayudaran a Mercedes a llevar a la muchacha hasta la salida. La Matatana reaccionó mareada y, a pasitos lentos, se encaminaron a la parada del autobús fuera del lugar.

—Vamos al hospital, esa herida está un poco profunda, todavía sangra a pesar de que la he limpiado —le dijo, mientras caminaban,

Mercedes, que la tomó del brazo, y la otra señora la ayudaba a taponar el abierto en su frente.

—No quiero ir al hospital, prefiero ir a una clínica —replicó con suplicio y lamento.

—Yo tengo poco dinero para pagar —rebatió Mercedes.

—Estoy asegurada.

—Escucha, ¿has traído tu tarjeta de afiliación del seguro? Creo que tenemos poca opción para decidir.

—No.

—Pues, entonces, iremos a un hospital. Además… —Mercedes calló con brusquedad, quería desahogarse y decirle tantas cosas que optó por mantener la calma. Al menos en ese momento. Pensó que llevarla a casa sería mala idea, le traería una discusión con su familia, lo mejor era ir al hospital y después acompañarla a su hogar y regresar al suyo.

Necesitaba meditar en cómo se había visto involucrada en menudo pleito. ¿Dónde fallaba? Quería a su cómplice, eran compañeras de hacía mucho tiempo porque la Matatana visitaba a un familiar en el barrio donde vivía Mercedes.

Una vez, un domingo de abril, intercambiaron algunas palabras donde se encontraban un grupo de chicas en el barrio y desde ese momento, de vez en cuando, hablaron. Después la invitó a su cumpleaños en la capital y ahí siguieron frecuentándose.

—Por favor.

—Un cuerno —soltó de mala gana—, te parece poco el desquiciado que hemos tenido cerca.

—No reproches, ahora no.

—Dejaré las recriminaciones para otro día, solo hago énfasis en la calaña de persona que tienes como amigo —le refirió a la Matatana con disgusto con un gesto exasperado de la mano.

—Está loco —exhaló con rudeza en su voz tras aclararse la garganta.

Mercedes agradeció a la señora, escuchó que le dijo «suerte», le dio la espalda y se retiró.

—Ya. Las miradas que te dirigía cuando estábamos de camino era que nos paráramos y regresásemos a casa. Ese tipo me dio mala espina desde el principio.

—Sí, pero…

—¿Acaso no te diste cuenta de cómo cambió de humor al decirle que bajara la velocidad? —añadió con un cierto enojo.

—Sí. Pensaba que se le pasaría. —Subieron al autobús. Los allí presentes las miraron sorprendidos por la cara manchada de sangre de la muchacha.

Se sentaron y continuaron el diálogo.

—Una inquietud, ¿tuviste relaciones sexuales con el psicópata? —interrogó Mercedes mientras apoyaba su bolso en su pierna.

—Todavía…

—Ah, entonces, ¿quiere decir que ha habido algún contacto entre ustedes?

—Eh, eh, eh —gagueó la Matatana—, un par de besitos.

—Por eso reaccionó de ese modo. —Mercedes pensó en el comentario de la señora, tenía razón en que él se comportara así ante ella.

—Pero ni tan profundos fueron —se quejó.

—¿Tan profundo qué?

—Los besos. Besa pésimo —declaró sin importancia.

—Por Dios, mujer, ¿para qué le sigues el juego aceptando salir con él? Acaso no te diste cuenta de su personalidad.

—En absoluto. También lo hice para divertirme.

—Tú no eres fácil —enunció Mercedes más pacífica.

—Se veía bien.

—Eres única, mujer, somos afortunadas de haber salido de esta.

Después de pasar toda la tarde en el hospital, Mercedes hizo como había pensado. El día fue bastante fatigoso. Había pasado poco tiempo cuando las campanas pronunciaron las seis, se dirigió a su aposento y allí se quedó tumbada, observando el techo con los brazos en la nuca.

CAPÍTULO XI
PENITENCIARIO - HABITACIÓN FAMILIAR 4B

El Mariachi aguardaba por la Chiqui junto al guardia de turno, a quien en ese instante pasó una buena propina para que, al momento de acabarse el tiempo estimado, lo dejase tranquilo. Ansioso, con los brazos cruzados y con la vista fija en el pasillo, le preocupó que su visita todavía no llegaba y que casi la mayoría de las parejas habían entrado a sus habitaciones. Consciente de que, para que la Chiqui entrara, necesitaba seguir la burocracia impuesta, empero los minutos corrían y en el penitenciario aquella hora de desahogo era valiosa. Para poderla recobrar, tenía que esperar al siguiente encuentro.

«¿Qué le habrá ocurrido, que tarda tanto?», caviló con los nervios a flor de piel.

—¿Y tu mujer? —demandó el policía, al ver que solo quedaba él por entrar a la habitación.

—Ni idea, ¿puedes ir a chequear que todo esté bajo control?

—Sé cómo funciona, de seguro que la retuvieron.

—Gracias, panita —agradeció Vicente, con los ojos puestos en el fondo del pasillo, a la espera de la chica que lo acompañaría durante el transcurso de sus aburridos días en la cárcel. Su figura y lo que pasó en la última visita era un recuerdo vivo y latente en su ávida memoria.

Escuchó al policía que voceaba a las dependientas encargadas de inspeccionar, se entendía poco por la lejanía, no obstante, su gruesa voz hacía ecos entre los muros pintados de amarillo. Esperó cinco minutos, sus ojos brillaron cuando vio a la Chiqui con una mueca fascinante en sus labios.

—La policía quería sus propinas, y yo solo tengo dinero para pagar el medio de transporte que me llevará hasta mi casa —se excusó Mercedes mientras le daba un beso en la mejilla izquierda, que él devolvió con agrado tocando su espalda—. El guardia se quedó con ellas.

—Luego hablaré con él, así la próxima vez evitaremos contratiempos.

Entraron y, de súbito, él la atrajo a su torso por la espalda. Con su boca rozó su nuca descubierta. Se dio cuenta de que, desde su cabellera, bajaba una línea negra de vello en un mismo orden hasta su blusa que continuaba e imaginaba que llegaba a sus nalgas. Hizo que sintiera un pinchazo en su bajo vientre. Esa sensación de haberla

hallado ponía su ego repleto de euforia, ya que en su ausencia había acertado que era la elegida. Porque en cada ínfimo momento pensaba en ella. Estaba como un crío sin poder controlar sus pensamientos. Le importaba poco si sentía un interés semejante a lo que cultivaba desde el primer momento que la vio. Con claridad en su conciencia, la iba a convencer; más bien, a enamorar hasta que perdiera el sentido y dependiera de él.

Le dio la vuelta, la miró, sus iris mostraban una chica inmaculada. Era un experto en su mundo. Sabía detectar a la prostituta, a la que buscaba satisfacer su cuerpo por una noche, a la sadomasoquista o a la sumisa. Pero las pupilas de la Chiqui reflejaban que era inexperta en un mundo donde los lobos estaban hambrientos, y agradecía que hubiera arribado a él por pura casualidad.

Esta vez le dio un beso con deseo, como si estuviera en abstinencia desde hacía un año. La Chiqui lo ponía duro, solo con verla ya había tenido una erección sin poder controlarlo.

La observó.

—Es lo mejor.

—Tu olor me pondrá en cautiverio —le dijo, rozó su lengua sobre sus labios pintados de un rosa pálido. Era como si tocara el abismo de una realidad que no iba a dejar ir. Aunque era inexperta, eso le gustaba porque de seguro la moldearía a su semejanza.

—Exagerado —susurró bajito de forma seductora. Le acariciaba el cuello mientras disfrutaba acurrucada en sus brazos, embriagada de su perfume.

Sin argumentar, la tumbó en la camita y devoró su cuerpo igual que un lobo feroz hambriento. La expectativa de que no pudiera estar lo angustió bastante. Los minutos eran escasos, tenía que aprovecharlos al máximo. Podía pasar meses sobre su figura, saciando todo el tiempo que había estado encerrado en aquel odioso penitenciario. La Chiqui reaccionó a cada caricia recibida, guiada por las palmas de sus manos. La desvistió raudo y fue al punto. Los segundos corrían, apretó sus brazos por encima de su cabellera. La sedujo como si preparase un cóctel para luego bebérselo con una absoluta exquisitez. Era su amalgama, perfecta, aunque eran diversos en edades y diferente personalidad. Él le llevaba casi dos décadas, no tan solo de años, sino de experiencia. Besó sus senos, sonrió con picardía porque reaccionaba a su tacto. Ella arqueó el torso y pujó su cadera hacia arriba de forma sutil a fin de que le diera más placer. Percibía su deseo, bajó una mano y la tocó en sus partes íntimas. Escuchó salir de su garganta un gemido gutural, sin fingir, en modo natural. Eso le encantó porque captaba que tanto él como la Chiqui disfrutaban del momento que se había creado.

—¡Bendito, estás empapada! —El Mariachi percibió un velo de

vergüenza por su comentario. Siguió su camino hasta recorrer su intimidad, olisqueó dando besitos por todas sus partes. Miró hacia arriba y vio que se tapaba la cara. Pensó que lo mejor sería ir con lentitud y dejar para otro momento lo que tenía en mente; subió a poseer sus labios para que se sintiera a gusto. Continuaba con dilación y cuando ella estuvo pronta desahogó los días de abstinencia en su hermoso cuerpo.

Las gotas de sudor en su frente comenzaron a deslizarse. Encendió el pequeño abanico con sus hélices llenas de polvo para refrescarse, ya que la temperatura calurosa iniciaba a salir. Así se mantuvieron los dos acurrucados, expeliendo el calor de sus cuerpos al unísono. Solo faltaba ambientación con una de sus rancheras.

Permaneció en silencio, aguardaba a que ella hablara, pero como la vio tímida rompió el silencio:

—Escucha, me queda poco aquí. —Miró el reloj para cerciorarse de cuánto tiempo había pasado.

—¡Ah, qué sorpresa! —Mercedes, desconcertada, se movió en busca de sus ojos. La tristeza se apropió de su faz por lo que había escuchado.

—¿Tienes pasaporte? —Fue directo al grano y le dio a entender que era la hora de hablar del futuro, y ese futuro la concernía.

—No —respondió sin saber dónde llevaba aquella pregunta.

—Pues haz lo posible por buscar los requisitos, conéctate a la página y descárgalos.

—Pero… ¿para qué? —Ella, recostada, oía lo que sugería.

Atónita.

Con pavor.

Y con la inseguridad de no saber si era lo mejor para su vida.

—Quiero que vengas conmigo a México —reveló sus intenciones.

La vio quedarse con la boca abierta. Esperaba recibir una aprobación de su parte, consciente de que las chicas que visitaban el penitenciario tenían sus necesidades, que llegaban hasta allí sin medir el riesgo, a no ser que fueran las esposas o las novias de los detenidos.

—No quiero dejar la escuela, además…

—Allí podrás seguirla. Toma esto. —Le pasó trescientos dólares sobre las manos y se las cerró en torno a las papeletas—. Comenzarás los trámites. Si te hace falta más dinero, te llamaré a mediados de la semana para hacértelo llegar.

—Será difícil. ¿Cómo puedes gestionar eso desde la cárcel?

Ni siquiera le preguntó si quería ir con él. Con su comportamiento, le decía que estaba seguro de que lo acompañaría. Era una buena táctica, darlo por hecho como si hubiese aceptado; en ese caso, las suposiciones ayudaban poco a sus intenciones.

—Chiqui, el dinero mueve montañas —afirmó el Mariachi—. Luego de que tengas el pasaporte, yo me encargaré con mis abogados de gestionar lo que sigue.

—Es que… —Él advirtió su indecisión, sacó el as de la manga, que era el don de persuadir a las personas para que hiciesen lo que él dijera.

—¿Acaso no te gustaría cambiar tu destino?

—Sí —denotó ella.

—Esta es tu oportunidad, Chiqui, en México será diferente a la vida que llevas aquí. Voy a transformar tus días, sería como un milagro para ti. Vivirás lo que siempre has soñado, la que has afirmado que te encantaría modificar.

El silencio predominó, ella bajó la cabeza sin saber qué opinar. Era una propuesta vanidosa, de una gran envergadura, para una chica de apenas dieciocho años que solo pensaba en el dinero y por eso estaba allí. Encontrar al donjuán que saciara sus caprichos, era inevitable negarse, de tal manera conquistaría su corazón. Era el sueño de la juventud. Si le decía que sí, su futuro variaría para siempre; si le decía que no, continuaría en la miseria. ¿Era tiempo de cambio o era mejor seguir su mezquina vida? Por otro lado, seguiría metiéndose en problemas con su amiga. ¿Cuál era la mejor solución? ¿Sería la persona ideal? Había llegado la hora; o lo tomaba o lo dejaba. Pero la contrariedad en su rostro decía muchas cosas a como lo pintaba color de rosa, y que la Chiqui no tenía la experiencia en captar. Desde el momento en que vio su porte, creyó que sería inalcanzable.

Las noches en su habitación reflexionaba sobre el Mariachi, en la forma diferente en que se comportaba a los otros de la cárcel, una actitud que no pasó desapercibida. Le gustaba esa cintila que había surgido entre los dos. Ahora que lo observaba en su silencio, las cosas se transformarían para bien, según lo que él proponía. Aunque la incertidumbre crecía, nunca se perdonaría desechar una oferta como esa. Con dificultad y miedo, tendría que hablar con su amiga, que con certeza diría que sí.

Notó que se fijó en su cuerpo, le hizo un escáner por cada ángulo. Mercedes contempló cómo se subía los calzoncillos y sus otras prendas de vestir. El tiempo había acabado y tenía que dejarla; ella, todavía recostada, meditaba a su proposición de modificar su mundo sin que él se diera cuenta. Soltó un suspiro, quizás sus vidas eran para estar unidas. Él salió y la dejó allí, ni siquiera oyó su saludo, estaba perdida en sus pensamientos…

CAPÍTULO XII
IMPOTENCIA

Nathan irrumpió en la habitación, pero al verla en pelotas se disculpó y se dio la vuelta a la espera de que se pusiera sus ajuares.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —inquirió Mercedes. Se vistió rauda, antes de que él ladeara el costado.

—Yo sé todo —aseguró al ver su cara, deseaba pasar un rato en su compañía.

—¿Tienes un radar o le pagaste al guardia para que soltara la sopa? —demandó. Se abrochó el sostén.

—Ninguna de las anteriores, ¡je! —se mofó. Aguardó a que ella terminara.

—Eres también de los que dejan caer sus pesos en las manos de los necesitados —articuló, lo dio por hecho. Ahora entendía cómo funcionaba la situación en la cárcel.

—¿Puedo girarme? —preguntó Nathan e hizo caso omiso a su comentario.

—Espera que suba la cremallera. Ya está. —Fue veloz. Sorprendida por verlo allí y por cómo él la miraba, sin comprender, se puso nerviosa ante su presencia.

—Gusto en verte —repuso con cierta alegría, así transmitirle energía positiva, ya que sus ojos se presentaban contrariados, o era incertidumbre, al verlo.

—¿Qué tal? —Le iba a preguntar por la semana, sin embargo, le dio reparo porque en el penitenciario los días eran fúnebres para los encarcelados. Aunque la administración se encargaba de hacerles pasar las horas ocupados con la educación y los cursos.

A cualquiera le dolía que lo encerraran. Muchos arañaban la esperanza de que llegara el adulado día. Era una situación que quitaba la respiración, también el insomnio. Las malas vibras se absorbían sin desearlas, ¿quién no desearía salir a inhalar aire puro fuera de aquellos muros? Pero la cruda realidad para los detenidos era totalmente diferente. La desesperación, para algunos, hacía colapsar su estado anímico. Para otros, era como su refugio, puesto que fuera de aquellas rejas no tenían a nadie. Habían perdido a sus amigos, familiares y, sobre todo, su dignidad. Serían como bichos ante la sociedad. Algunos anhelaban terminar su estadía allí, con dificultad, lucharían por hacerse valer. Era cierto que un ser humano que hubiera estado en la cárcel venía tachado con el sello de la bestia. Darse a

conocer, recuperar la confianza, sería un trabajo arduo por conquistar. Ser lo que nunca fue sería la peor carga que llevaría en su espalda.

—Bien, ¿y tú?

—Ahí vamos… —dijo Mercedes con sequedad y sin motivación.

—Explícate.

—Nada, nada —murmuró por dejarlo así, con su interés de saber lo que pensaba.

—Me dejas con la curiosidad —la incitó a que hablara, percibió que a aquella chica le vendría bien un desahogo.

—Pues tiéntela.

—Uy, ¿estás molesta?

—Estoy cansada, tengo que irme —fingió Mercedes, a su lado. Quiso convencerlo, sin pensar que él se daría cuenta. Bastaba con observarla.

—Espera, me placería hablar un ratito contigo. ¿Sabes?, aquí hay pocos amigos —insistió con las ganas de persuadirla a que se quedara. Reconoció por su actitud que le vendría bien hablar y lo lograría.

—Estoy retrasada —mintió, al bajar la cabeza, con amargura.

—Mírame. —Le tomó la barbilla, con una mueca en los labios y arqueó las dos cejas. Le dijo—: Quiero que consideres que soy tu amigo. Mentir te hace mal; además, ¿qué ganas? Crees que voy a ir de chismoso por ahí contando tu vida. A las personas de aquí les importa un carajo lo de los demás. Están hartos de su vida encerrada, imagínate si les concierne lo que hizo o hace Mercedes.

Ella se quedó quieta, lo observó y asintió, dándole la razón.

—¿Eres profesor?, porque con esta aclaración me vale.

—Venga, a vencer esa reticencia. —Con entusiasmo, la instó a argumentar. Esbozó una risita agradable y, con delicadeza, se agachó para que sus caras estuviesen en la misma línea.

—Todo un fenómeno.

—¡Je! Mira cómo vine vestido.

—Te mimetizas con la pared, además, eres rubio platino. —Mercedes vio que vestía ropa blanca y simple, mientras que el Mariachi portaba atuendos de buena calidad y de marca.

La habitación estaba pintada de blanco, hasta la silla era del idéntico color.

—¿Lo crees? —interrogó.

Ella se puso de pie, él aprovechó y se sentó.

—Eh, sí. —Enmudeció por un instante, se preguntó para sus adentros qué era lo que en realidad buscaba en ella—. Tengo mucha incertidumbre.

—¿Por qué?

—Porque he recibido la propuesta que una mujer desearía

llevar a cabo.

—¡Mmm! —Palpó su mejilla, intuyó que era una buena proposición, pero no para ella. Permaneció pensativo. «Ay, muchacha, ¿cómo puedo decirte la verdad? Si lo hago, me tomarías por envidioso o por mentiroso. Ya tus ojos muestran unas estrellitas declarando que la idea te gusta».

—Me invitaron a dejar el país.

—Ohhh.

—Sí —manifestó con entusiasmo y alegría.

—A ver, Chiqui. —Arrugó la boca, buscaba la manera de hablarle lo más indirecto posible, sin exponer lo que en verdad anhelaba decir, para que fuese ella misma quien sacara sus propias conclusiones—. Nunca había escuchado ningún ofrecimiento similar que le hayan hecho a nadie. A menos que…

Mercedes lo interrumpió.

—Es una propuesta magnífica. ¿Cierto? —expresó con una ráfaga de certeza.

Nathan entrevió en sus iris que ya ella había tomado una decisión.

—Sí, pero es mejor hacer madurar la idea en tu mente, pensar bien, y entender cuál es el siguiente paso que deberías dar. —La observaba con cara de entusiasmo.

—¿Y para qué?

—La premura nunca es buena, Chiqui. Hacer las cosas paulatinas te ayuda a solucionar los problemas que puedan surgir en el transcurso de una decisión.

—Pareces un profesor —repitió. Elevó los ojos al cielo—. Deberías estar contento si en verdad quieres ser mi amigo.

—Y lo estoy. Lo que te he dicho es para que tu cabeza albergue los pros y los contras. ¿Quién te ha ofrecido tan bonita invitación? —indagó para camuflar la verdad en sus palabras.

—Tu cara muestra lo contrario.

—Si te fijas bien, ni siquiera he cambiado de humor, por ende, me da igual. ¿Quién te ha ofrecido tan bonita propuesta? —repitió Nathan, intercambió la última palabra para ser más preciso.

—¿Quién podría ser, según tú? —interrogó a modo de sondeo a ver si intuía.

—Tu pareja.

—Vamos, que no lo es.

—Suéltalo ya —dijo Nathan impaciente

—El Mariachi.

—El mero mero.

Había estado abanicándose todo el rato desde que entró, miró el aparato con las hélices sucias que funcionaba a mala pena y con

lentitud. Controló que estuviera al máximo, pero el ventalle continuaba con su parsimonia. Sentado, apoyó los antebrazos en sus muslos y con un pedazo pequeño de astilla comenzó a limpiarse las uñas. «La aprecio y me gustaría decirle que lo sé, es el único que maneja dólares aquí dentro. Tiene comprado a todo el mundo. Su pandilla lo cubre, lo van a buscar cada mañana cuando sale, siempre están a su alrededor. ¡Es un narcotraficante! ¿En qué te estás metiendo, muchacha?», caviló para sus adentros.

—Disculpa, me he ausentado, pensaba en mi familia —fingió sin cara de preocupación. Le ardía ver la inocencia de aquella chica que iba a ser arrancada por un hombre como el Mariachi.

—Sí, lo vi, también noté que hiciste algunas muecas mientras limpiabas tus uñas. —Él se sentó en la cama para estar en línea con su cara y tener mejor contacto visual—. ¿Entonces?

—Es una persona poderosa aquí. ¿Lo sabes?

—Bueno —Mercedes, titubeante, sobó sus palmas de las manos, luego se las secó en el pantalón. Lo había intuido cuando le puso los trescientos dólares en la mano, un sinfín de preguntas agobiaron su cabeza. Él pareció darse cuenta y de súbito capturó su atención, cosa que Mercedes pasó desapercibida—, todos estamos aquí por un motivo preciso. Creo que ninguno de los que ocupan un puesto detrás de las rejas es un santo.

Nathan quedó desarmado por su contestación. Sin pensar, soltó un bufido de amargura, sus palabras eran claras, lo estaba defendiendo. ¿Hasta qué punto aquel espécimen había manipulado su mente para tenerla a su favor? ¿Cómo iba a convencerla de refutar semejante propuesta? ¿Cómo? ¿Y por qué él quería salvarla de las garras del Mariachi? Solo con un milagro, y que un ángel bajase del cielo, le impediría tomar ese vuelo. «Vamos, despreocúpate, faltan muchos días para que te subas al avión».

—Muchos han cometido delitos, otros han sido engañados.

—Engañados porque lo han querido —declaró Nathan.

La examinó con profundidad.

Enfadado.

Con pena.

—Tus últimas palabras tienen un peso y un acierto que ni te imaginas.

Nathan, pausado y con el entrecejo arrugado, deslizó la punta del dedo arriba y abajo. Decirle la verdad no serviría de nada, salvarla de lo que le esperaba era una meta dificultosa, porque, pese a que ya ella estaba ilusionada con la idea, sintió un remordimiento en las tripas que hasta sonaron. Tenía la ansiedad de rescatarla y ponerla en un lugar en lontananza de él.

—Es pura realidad —respondió la Chiqui, al encorvar sus

hombros.

—Concuerdo contigo. —Enmudeció con una impotencia de dar un paso adelante y soltar su opinión.

Con las manos atadas y el corazón encadenado, le pidió su número de teléfono, ella lo recitó sin problemas. Aquellos minutos habían sido intensos, tuvo la mala suerte descubrir que ya pensaba diferente. Había llegado tarde, o las cosas se apresuraron más de lo debido. Quería evitarle dolor. Pero era el menos indicado para decirle las cosas tal como eran; si Nathan se encontraba detenido en el penitenciario, era por cometer un delito.

Ese día Mercedes arribó tarde a su casa, hizo los menesteres con premura. Se duchó, apenas probó un bocado de lo que su madre había cocinado la noche anterior y salió retrasada hacia la escuela. Esa mañana le había mentido a su mamá, le dijo que iba a hacer las tareas con una amiga, incluso llevó su mochila consigo. Por ese motivo fue que tuvo el contratiempo en la entrada del penitenciario a la hora de la visita de pareja. Estaba prohibido, los policías comenzaron a revisar hoja por hoja y cuaderno por cuaderno en busca de estupefacientes. Surgió un interrogatorio al verla nerviosa y contradecirse, por ello la retuvieron más de lo debido. Pero, como dijo el Mariachi, el dinero mueve montañas, y apenas el guardia se asomó y repartió mil pesos para cada una, la dejaron ir. Luego él le cobraría con intereses al Mariachi.

CAPÍTULO XIII
ENTUSIASTA

Sentada en la última fila en la escuela, Mercedes se veía bastante participativa, incluso copió rauda las tareas que una compañera le prestó. La profesora preguntaba y ella colaboraba con las respuestas, asimismo con las demás docentes estuvo atenta a lo que decían durante la clase. Se le apreciaba concentrada y, ese ínfimo gesto que mostraba, las educadoras lo agradecían.

Al poner el pie en la puerta de su casa, se conectó a la red inalámbrica. Su teléfono tenía un plan de pocos *gigabytes* con una compañía nueva en el país que había hecho publicidad sobre los mejores planes telefónicos para los ciudadanos. El tráfico telefónico lo usaba en las redes sociales y las llamadas urgentes cuando estaba fuera de su hogar.

Un pensamiento fugaz repercutió en su mente. «Sería mejor buscar en la página web desde el ordenador de mi padre. Es preferible evitar problemas que puedan manifestarse entre nosotros». Accedió a su habitación, sin quitarse el uniforme, se recostó en su cama y puso una almohada encima de otra con el fin de acomodar su espalda y su nuca. Desbloqueó la pantalla del móvil, luego encontró la aplicación e de inmediato digitó: «Pasaporte dominicano, requisitos». Pinchó en el enlace *pasaportes.gob.do* y comenzó a escribir en la parte de atrás de un cuaderno que extrajo de su mochila.

Requerimientos:

*Acta de Nacimiento original, legalizada o con código QR.

«¿Qué querrá decir esto?», musitó.

*Cédula de identidad y Electoral original (documento vigente).

«Bueno, eso lo tengo».

*Fotografía digital, a tomar en la oficina de pasaportes (modalidad presencial), adjuntar de forma digital (modalidad web).

*Recibo de Pago de Impuestos del Banco de Reservas (modalidad presencial) o pago en línea con tarjeta de crédito o débito (modalidad web).

Luego escribió los procedimientos a seguir, también le tomó la captura, por si acaso lo necesitaba cuando estuviera con el Mariachi.

Se sentía contenta y esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Envió la foto a su amiga y ella le respondió con un emoji de punto interrogativo.

Ante su contestación se carcajeó.

***

A la mañana siguiente sus padres se fueron a trabajar, como de costumbre; con premura, se arregló antes de salir de casa. Respondió a un mensaje que le había enviado el Mariachi. Lo actualizó de los detalles. También agregó en el texto que estaba saliendo de casa a un estudio fotográfico en el centro de San Cristóbal a hacerse las fotos. Si le daba tiempo, pasaría por la oficina del registro de nacimientos; le explicó que era el primer requisito para proceder con los demás. Sabía que él le respondería cuando pudiera, porque tenía que estar atento que los otros detenidos o los policías le vieran el celular.

Paró un motoconcho[8] para que la llevase a una agencia de cambios. Allí tuvo que esperar más de quince minutos, debido a que la dependienta llegó tarde. Fue la primera clienta en entrar, cambió cien dólares y se dirigió a hacer lo que tenía pendiente.

Desplegó la puerta del estudio, un avisador emitió un sonido que comunicó que alguien había ingresado al lugar, por lo que de súbito un hombre se le acercó.

—Buenos días, necesito sacarme unas fotos. —Mercedes, a su espalda, cerró la puerta de cristal. Sus vellos se levantaron con un escalofrío a causa del aire acondicionado que estaba encendido con una baja temperatura.

—¿Para qué fines? —demandó el fotógrafo, la miró por encima de sus lentes.

—¿Cómo? —confusa por la pregunta, sintió opresión en el pecho—. Explíqueme.

—Estos son los modelos. —Sacó debajo del diminuto escritorio un pequeño cartel y lo señaló con un bolígrafo que había empuñado —. Esta se utiliza para carné, y la siguientes para fines de pasaportes…

—Pasaporte —confirmó Mercedes sin agregarle la ese al final a la palabra.

—Su ropa es inadecuada, la camiseta de tirantes la prohibieron hace muchos años —le aclaró, con una expresión metódica.

Observó el estudio. El lugar era un rectángulo; a su derecha, posaban unas luces con una sombrilla con el interno plateado y el fondo de la pared blanco. Mercedes ladeó la cabeza y, cerca del ingreso, se hallaba una vitrina en forma de columna con portarretratos y sus respectivos precios. Al costado, diferentes portafotos de variadas dimensiones colgaban, a la espera de su retiro. En un ángulo, posaban dos párvulos sofás con una mesita, un florero y revistas.

—Señorita, le he hablado —dijo el fotógrafo, que la trajo en sí.

—Présteme su camisa —le indicó sin tapujos. Con cierta timidez, aguardaba una contestación positiva de su parte.

—¡Je!, acompáñeme, tengo algunos *blazers,* elija el que desee.

—Caminó hasta una puerta donde, con un gesto, la invitó a entrar para que seleccionara.

—Me ha salvado el día.

—Podemos decir que hoy es su día de suerte. Durante un año existen pocos así —declaró con ánimo con el fin de seguir la conversación de cliente a dueño del lugar.

Agradeció. Asió uno de color negro, introdujo las manos en las mangas y se lo ajustó, *a posteriori* vio cómo se acomodaba a su silueta. También el color acertaba con su tono de piel. Sin mucha presteza nunca se lo pondría para salir, no era su estilo, sin embargo, para la ocasión, estaba más que bien. Volver a su casa y ponerse una ropa adecuada era lo menos que deseaba en ese instante. Emocionada porque había dado el primer paso, se miró en el espejo, se peinó sus cejas rebeldes y luego buscó los ojos del hombre.

—Este es el que me calza, el otro vestía muy grande.

—Tome asiento en la butaca en el fondo y quítese los aretes. También el pintalabios con una de aquellas servilletas. —Señaló el señor, mientras colgaba la cámara en su cuello y pulsaba algunos botones.

Ella obedeció a lo que le dijo el fotógrafo y en un santiamén estaba lista. Él se acercó, le tocó los hombros y la cabeza para ponerla en una postura adecuada. Encendió la sombrilla de color plata con una bombilla adentro y se puso en posición.

—¿Qué hago?

—Estese quieta.

Los varios sonidos de los *flashes* empezaron instantáneamente y la luz la cegó. Mercedes, después de que él terminó, escuchó como le dijo que dejara el *blazer* sobre la butaca.

—¿Cuánto tiempo lleva sacarlas?

—Puede sentarse, en un rato las tendrá listas.

Así lo hizo, el primer paso de los requisitos sugeridos por la página web lo había dado. Su abuela se le presentó en su mente: «¿Qué haces?». Hizo caso omiso a su imagen, ya eran días que no la veía. Sin mucho peso, ojeó una de las revistas.

Su mente la transportó a México, en busca de la manera de darle forma y espacio al lugar donde la acogerían. Navegaba en un mundo maravilloso repleto de cosas bonitas que la ilusionaban. Imaginó a los padres del Mariachi, con la típica fisionomía del mexicano; ella, por un lado, ayudaba a su madre en la cocina para aprender el arte culinario del país, mientras el papá y su hijo hablaban en el jardín. Sin darse cuenta emitió una sonrisa, ilusionada, construyendo un ambiente normal, con un gran optimismo, aferrada a un mundo que su mente cimentaba paso a paso y sin poder controlar. Se refugiaba en la positividad de los hechos para construir una vida

que anhelaba desde pequeña. No sentía pavor de lo que pudiera ocurrir o, más bien, no había meditado en los efectos secundarios de las consecuencias que podría provocar su actitud ante el ofrecimiento para que dejara la República Dominicana. Cada decisión tomada tiene un precio para bien o para mal. Aunque el ser humano persevera siempre el bien por más criminal que sea.

A Mercedes le había llegado su visa para su sueño. Daba la razón a su interior que ofertas como aquella se presentaban una vez en la existencia, estaba ahí para sacar cierto provecho del Mariachi, del que sentía que sus intenciones eran sinceras. ¿Qué dirían sus familiares y qué dolor provocaría cuando Mercedes se marchara? Lo menos que consideraba era decírselo a ellos, sabía que se lo impedirían porque la relación entre padres ausentes e hija rebelde cada día se deterioraba; la solución, según su pensar, era realizar las cosas en silencio. De consecuencia sería normal que su edad, daba poco peso a los problemas, muy típico del adolescente. ¿Qué vida esperaría a Mercedes al lado del Mariachi una vez llegados a la ciudad donde residía?

¿Cómo una persona podía influir de tal manera con tan solo una proposición? ¿Qué don poseía para persuadir a que se hiciera su voluntad? ¿Cómo se adquiría ese conocimiento? ¿Qué técnicas había usado? Era evidente que Vicente la había estudiado la primera vez que la vio. Por eso aguardó a que Tito, alias el Punta Floja, terminara; para colmo, esa mañana, ella estaba indispuesta, y la situación en el encuentro había degenerado, por lo que le dio expectativa a lo que proponía el Mariachi.

Mercedes ojeó la revista por dos veces, la tercera vez cuando iba por la mitad, recibió las fotos, que de inmediato saldó, y se despidió del hombre con una sonrisa. Contempló su figura y pensó: «Hasta bonita he quedado, qué raro porque siempre aparezco fatal». Colocó el sobre pequeño que contenía los retratos en el bolsillo trasero del pantalón. Salió y miró a ambos lados en busca de otro motoconcho que la llevase a la oficina donde sacaban los nacimientos. Como alcanzaba la mayoridad, no tendría problema.

CAPÍTULO XIV
FOBIAS

Vicente era un veterano en posarse en el subconsciente de las personas. Desde el primer momento, con Mercedes, usó las palabras correctas que ella anhelaba oír. Incluso buscó algunos verbos de acción para poder trabajarla de una manera eficaz. Capaz de armar cualquier negocio de la noche a la mañana y llevarlo a cabo extrayendo beneficios en demasía. Una persona ambiciosa que no se conformaba con poco con relación al dinero, en específico de millones, ya fueran dólares o pesos mexicanos.

Agarrado a los barrotes de la celda 908 C y con la testa inclinada, giró su cabeza raudo, había visto un animal moverse. Con sigilo buscó el espray para los insectos, desplazó algunos menesteres que tenía sobre una mesa e irrigó el Baygon con su mano izquierda, ya que era zurdo. Dio un brinco cuando salió una cucaracha corriendo y alzando sus alas en busca de emprender vuelo. Al ver la intención del bicho, le descargó lo que quedaba del frasco y, presuroso, procuró otro que tenía de reserva. Uno de sus «defectos» era que sentía pavor al asqueroso animal. Ladeó su costado para volver a rociar el pesticida, empero había volado a la pared, un poco borracho por el veneno. Desde la lontananza observó cómo movía sus antenas y con las patitas delanteras se limpiaba la cara. Sin esperar y asqueado, esparció sobre ella más insecticida. Le repugnaba. Esa fobia aumentó cuando sus compañeros de la escuela le pusieron una dentro a la camiseta en la hora de la recreación. En ese instante, en que las niñas y los niños se rieron, quiso que se lo tragara la tierra por la vergüenza. Nunca volvió a ser un chiquillo normal como sus amiguitos, desde aquella mañana, décadas atrás, Vicente se convirtió en el hazmerreír de los demás. Su salvedad fue que a mitad de año su familia se trasladó a Sinaloa; en aquel momento, fue difícil distinguir si se sentía triste o contento.

Los latidos de su corazón volvieron a su estado normal. Oyó el timbre de la alarma sonar, esperó a que su coartada viniera para que cuidara de su espalda al salir. El Mariachi tenía una actitud de pasar desapercibido en el penitenciario. Aunque era difícil, quería tener una buena conducta con el fin de que disminuyeran la pena y salir lo antes posible. Pero los obstáculos se presentaban con asiduidad por la envidia de los demás de su mismo rango. Cuando ellos investigaron por qué se encontraba detenido en una de las peores cárceles de la República Dominicana, lo pusieron en punto de mira. En cierto modo,

la situación era vulnerable, pero él sabía gestionarla con el dinero que le enviaba su familia desde México a través de su abogado. Tenía a su favor a muchos verdugos, eso lo hacía más intocable y, sobre todo, respetable. Sin pretensiones, mantenía un estatus que favorecía la reducción de los largos meses en aquel lóbrego sitio.

Caminaron con lentitud en dirección a la cancha. La semana anterior habían colgado en el mural una lista que decía: «Torneo de baloncesto». Se apuntó como algunos presos. Sin perder tiempo, se interesó por los policías y lo sumaron. La competición se iba a hacer con seis grupos.

Para mayor cuidado, los guardias y el árbitro controlaron que ninguna de las dos cuadrillas llevase armas blancas. El campo estaba cercado por vallas, dentro solo tenían que estar los equipos. Los allí presentes disfrutaron de un día de diversión, pese a que el cielo acumulaba nubes grisáceas que impedían salir los rayos del sol. Las previsiones para aquella fecha decían que se acercaban chubascos a la isla y, más adelante, se aproximaría una tormenta que pasaría sobre la República Dominicana.

El árbitro llamó a los jugadores:

—Los Toros, pónganse de este lado. —Les cedió cuatro camisetas azules, que ellos, raudos, se pusieron. El señor se desplazó al otro extremo de la cancha—. Ustedes son los Vaqueros. —De una funda negra extrajo las *t-shirts* de color rojo.

El hombre llamó al centro a los dos grupos y les explicó las reglas. Vicente pertenecía a los Vaqueros. El juego inició en menos de cinco minutos. El Mariachi colaba de sudor, entre la rudeza que exponían los demás presos logró marcar un punto desde un cuarto de la cancha. Un chico con una pizarra escribió el número. Los pitidos y las voces roncas decoraban y animaban a los equipos. La furia por poseer el balón y entrarlo en la canasta era mucha. Los tantos rebotes desconcertaban a los jugadores y deleitaban al público. Después de cuarenta minutos con sus respectivos descansos, la cuadrilla de los Toros obtuvo la mayoría de la puntuación. Por lo que le dieron el triunfo al momento. Luego tendrían que enfrentarse a los otros.

Así se le iban los días a Vicente. Además, participaba en los torneos esporádicamente, también en los cursos que se impartían allí dentro, consciente de que nunca iba a llevar a cabo ninguna actividad aprendida. Regresó a su celda y, con sus guardianes, se dirigió a ducharse. Antes de cenar tenía que hacer una llamada importante, así que mandó a comprar una tarjeta telefónica; de ese modo, aumentaría el tráfico residuo de su móvil y evitaría que la línea se cortara por falta de crédito.

—Hola, Paco. ¿Qué hubo? —pronunció, apenas descolgaron del otro lado.

—Bien, todo bajo control, jefe. —Había pasado poco tiempo desde la última vez que conversaron. A veces lo sorprendía para investigar cómo proseguía el intercambio. Sabía que era diferente estar sin la cabeza principal, que era él, y su negocio, con el transcurso de los meses, se había ido al traste.

—Escucha con atención, el próximo mes, más o menos, vuelo. —Evitó decirle que era a Sinaloa, por si alguien los oía, pero Paco entendió su indirecta y su forma de hablar en clave—. Necesito los documentos en orden, nadie debe tener conocimiento de esto.

—No manches[9]. Es un hecho que soy una tumba, y no se preocupe, aquí lo esperamos con los brazos abiertos —le comunicó, entusiasmado y un poco incrédulo por la sorpresa. En ese mundo, se encontraba pocas personas en quien confiar. Para ello, debían recorrer años poniendo en práctica su lealtad frente al indicado.

Paco comprendió que tenía que ir antes, contactar con el abogado y verse con él para gestionar el proceso y repartir los últimos dólares. Pero haría las cosas con suma cautela, sin expresarle al profesional su intención. Lo recomendable era que pasaría, a más tardar, en unos días por su oficina.

—Debes estar pendiente. Con esto no tengo que explicarte por aquí lo que harás. —Corría el riesgo de que interceptaran las llamadas, incluso ninguno estaba al corriente de que le quedaban los días contados.

El abogado había pagado a los grandes para que nadie soltara la sopa. También Paco, que era su mano derecha, había captado el siguiente movimiento que realizaría para ayudarlo. Algunas veces se presentaba en el país a hablar con el abogado y a visitar a su jefe. Lo obligaba a hacer fotocopias de todo. Su presencia era intimidatoria y eso era un punto a favor de Vicente. Si, por algún motivo, el hombre quería engañarlo, le pegaba un tiro en la frente. Después visitaba a su jefe y lo ponía al tanto en la buenas y las malas. Siempre hablando en claves que solo ellos conocían.

Vicente había recogido a Paco a los diecisiete años. En ese entonces, el muchacho trabajaba para una banda que lo había dejado tirado al borde de la muerte en una entrega de armas blancas. El chico sabía que moriría esa noche, pero Vicente se le acercó, le propuso una vida y trabajo si lo ayudaba a desenmascarar a sus otros compañeros y los que estaban detrás de ellos. Paco aceptó sin objeción. Fue leal ante él y, sobre todo, se ganó su confianza. Cuando lo contactó aquel día en que lo metieron en la cárcel, le juró que se quedaría al frente de su negocio.

—¿Quiere que hable con los suplidores?

—No, de eso me encargo yo —resaltó. Se aclaró la voz y miró a su alrededor por si alguien oteaba o prestaba atención a lo que

hablaba. Movió el pulso y vio la hora, habían pasado tres minutos—. Además, la voz correría y los adversarios se mantendrían en alerta.

—Ya no hay contrincantes, jefe, lo único es que cada cual respete su territorio.

—¿Han honrado el mío?

—Bueno… —enmudeció Paco, luego sintió una respiración profunda y repuso—: Sé quiénes fueron los *pinches*[10] que se encargaron de robárselos.

—Yo quiero lo que es mío. —Vicente tenía razón, había trabajado durante años para conquistar tres territorios en una de las ciudades de México; al momento en que cayó preso, perdió dos. Por consiguiente, pasase lo que pasase, él lo reconquistaría, aunque tuviera que llevarse a alguien por el medio. En un cuaderno escondido había una lista que estudiaría bien sin importar si debía comenzar desde el principio.

—Sé que es una cuestión de respeto.

—En este mundo el juego no existe. Vamos a machacar el chile para que coman o lo vomiten.

—Ya —aceptó con una sola palabra. Entendió a lo que se refirió el jefe. Había captado que a partir de esa hora en adelante y, con sumo cuidado, prepararía su regreso.

—Tengo que colgar. —Sin despedirse, pinchó la tecla.

Fue su primer paso hacia su emancipación, ya saboreaba el placer de la libertad, pero sin alarmismos. Porque en aquel penitenciario podrían suceder una infinidad de cosas antes de salir. En los próximos días se vería con su abogado, pensaba darle el contacto de la Chiqui para que la ayudase a agilizar los trámites.

CAPÍTULO XV
EN CONTRA DE LA VERDAD

Durante la semana, Mercedes había adelantado los documentos para el depósito. La mañana del miércoles fue a la capital, pasó por las oficinas de pasaportes, donde encontró a un muchacho que la ayudó a gestionar con mucha más facilidad el pago de los impuestos en el banco y la legalización del acta de nacimiento. En ese momento, recibió un mensaje del Mariachi donde le advertía que su abogado la contactaría en media hora. Esperó la llamada en una cafetería, afuera.

—Mercedes —escuchó una voz varonil cuando descolgó el móvil. Se sorprendió por la celeridad. Mientras, a escondidas, deglutía una de sus pastillas con un poco de jugo de limón.

—Diga. —Caminó en busca de un poco de sombra, ya que el sol le daba con su ardor.

—Soy el abogado de Vicente. —Le pareció extraño, pero todavía desconocía el nombre y apellido del Mariachi.

Despabilada, preguntó:

—Vicente, ¿quién?

—Aguirre. Ayer nos vimos y me explicó la situación al respecto.

—¡Ah! —exclamó con un suspiro, sintió de improviso que los latidos del corazón se aceleraban.

—Mi oficina está ubicada en el Millón, ¿podrías venir? —cuestionó el hombre.

—Disculpe, pero tengo que regresar a casa, yo vivo en San Cristóbal —le informó, ir hasta donde él requería hora y media de tráfico, entonces llegaría tarde a su casa y su mamá la reñiría.

—Puedes tutearme con confianza.

—Gracias.

—En estos momentos, ¿en qué lugar te encuentras? —demandó, con la intención de ir hasta donde ella.

—Yo estoy por la Feria, con exactitud, frente a la Dirección General de Pasaportes —aclaró Mercedes, abanicándose con la mano. Empezaba a sentir calor.

—Envíame el nombre de la calle y espérame allí. Llegaré en una *jeepeta* gris oscuro.

—De acuerdo. —Colgó la comunicación, Mercedes caminó hacia la intersección. Dio tiempo a que pasara un vehículo, leyó el cartel con el nombre de la calle, luego lo escribió y precisó la cafetería en donde se encontraba.

Allí aguardó sentada en un banco con el mostrador alto, se había llevado la mochila que la puso en sus piernas. La mañana estaba calando, no veía ni al abogado ni al chico. Desesperada, llamó al muchacho para preguntarle en qué punto estaba la gestión. Por fortuna, le dijo que ya estaba en la caja pagando. Habían acordado de verse en ese lugar. En lo que esperaba, pudo comunicarse con el licenciado que, por coincidencia, ingresaba en el local.

—Buenos días —repuso.

Ella asintió con una ligera mueca en los labios. Observó al hombre que tenía pinta de mafioso, se veía por encima de la ropa que era una persona lúdica que sabía nadar en aguas profundas y salía a gala de la manera que fuese.

En cada proceso que ganaba o si captaba que le era imposible conseguir el triunfo, buscaba la forma para que la pena fuese muy inferior a la prescrita. Lo nominaban el Tiburón de la Corte, y su fama le venía porque era el requerido de muchos delincuentes que se camuflaban con chaqueta y corbata. Su bufete era el segundo en el país, el mejor pagado, su competitividad en la profesión y la concepción de llevar a cabo los casos lo habían convertido en un abogado inalcanzable.

—¿Eres Mercedes? —La recorrió de arriba abajo con la mirada sin emitir ningún sonido.

—Sí —enunció con cierta timidez. Aquel espécimen le daba desconfianza, a leguas se veía que era un pez gordo de la sociedad en todo el sentido de la palabra.

—¿Tienes los documentos?

—El muchacho viene en camino —se justificó, se sentía minimizada por aquella presencia masculina.

—¿Cuáles son los que te faltan? —dijo apresurado.

Ella le sacó el fólder y mostró lo que tenía, asimismo una hoja con los requisitos que había impreso, tachado lo que estaba en curso y subrayado lo que le faltaba.

—Estos. —Señaló con el índice dos veces.

En ese instante, recibió los otros documentos y se los pasó. Saludó y pagó al joven, que se alejó de inmediato. Le dijo que él se encargaría de concluir lo que quedaba para luego depositarlos. Le notificó que el día del retiro se comunicaría con ella, así lo acompañara. Él agilizaría el procedimiento con sus contactos, visto que era uno de los mejores en el país.

Se despidieron. Mercedes sintió una extraña sensación que persistió en el transcurso del viaje hasta arribar a su casa.

***

Esa noche la Matatana visitaba el barrio, después del incidente con

los chicos en el balneario, solo habían hablado por el celular, por suerte la herida había mejorado. Ya un grupo de adolescentes se habían reunido en la plaza, ellas caminaban despacio, su intención era unirse a los demás. Metros antes, Mercedes la detuvo por el antebrazo.

—Tengo que decirte una cosa —pronunció con la voz trepidante, aunque disuadida, no sabía si era mejor decírselo o no. La miró con una profundidad, con una inmensa sensación de amargura, que sus ojos reaccionaron con lucidez.

—Desembucha —le dijo en un modo coloquial.

—Me voy a ir del país —soltó, y observó a su amiga. Esperó su reacción que no llegó. Parecía que cavilaba por su silencio o sorprendida por lo que había escuchado—. Habla.

—Espera que proceso lo que acabas de mencionar.

—Entonces… —Cruzó los brazos para llamar su atención porque vio que su amiga miraba con la vista perdida, quién sabía dónde.

—¿Cómo así?

—Vicente me está ayudando a gestionar los documentos, me iré con él.

—¿Quién es Vicente? —Nunca había escuchado ese nombre o su amiga se lo había ocultado—. ¿Está en la cárcel?, ¿cierto?

—Recuerda que te hablé del encarcelado que le dicen el Mariachi.

—Sí, ¿y qué tiene que ver el Mariachi con Vicente?

—Es el mismo —articuló con entusiasmo—, y su abogado, con pinta de sabio, me ayuda a realizar los papeleos.

—¡Ah!

—Es un buen chico —lo defendió, ignara.

—¡Ja! —soltó la amiga, sospechosa e incrédula—. ¿Y cómo así que te echa una mano? —Con la curiosidad a tope, le surgían preguntas para poder entender por qué aquel hombre actuaba de esa manera «carismática» ante su amiga—. ¿Cómo se llama su letrado?

—Prácticamente, él me propuso que lo acompañara a México.

—¿Cuál es el nombre del señor? —preguntó otra vez.

—No lo sé. —Mercedes notó que su amiga arqueó una ceja.

—Esto como que huele a podrido. —La Matatana era más astuta que Mercedes y, sobre todo, tenía más experiencias a sus espaldas con respecto a los hombres—. Así de la nada te lo sugirió y tú, de tonta, lo creíste. Por lo que más quieras…

—Pensaba que la idea te encantaría y estarías de acuerdo.

—Así sería en otro contexto. Puedo ser lo que sea, hasta imprevisible. Pero una cosa es que te mudes con él en RD, y otra es que te vayas del país. Nadie sabe quién es ese tipo y, si está en la cárcel, es porque ha cometido un delito. Si te lo hubiera propuesto y

te quedases aquí, yo misma te hubiese dicho: prueba la experiencia.

—No se ve malo.

—Pero ¿te estás escuchando, Chiqui? —la regañó fuerte para que despabilara—. Cuidado con que quiera prostituirte.

—Por el amor… ¡No!

—Abre los ojos, Mercedes.

—Si me fustigas, es mejor dejar la conversación. —Tomaba esa actitud inconsciente de alejar a las personas cuando le fastidiaba que le expusieran la verdad.

—Ya, y tú lo has creído, te vieron con cara de ingenua y él dijo: «Aquí es que voy a cocinar lo que quiero». Venga, que soy mayor, el dedo me lo chupaba cuando era pequeña.

Mercedes se quedó sola, aquella conversación salió mal. La Matatana le planteó muchas cosas que ella aún no había meditado. Tuvo la sensación de que la había cagado, por el resto de la noche la evitó con el entrecejo fruncido. Le quedó claro que ella desaprobaba su intención de irse. Pero, para su subconsciente, lo veía como la forma de escapar de ese monstruo que llevaba desde que su madre la cedió. Era difícil pensar en ella. De vez en cuando quería saber dónde estaba, hablarle y preguntarle sus inquietudes que durante los sueños le demandaba sin obtener respuesta alguna. Recordaba poco de su fisionomía, solo conservaba una foto desgastada que le dio aquel detestable día en que la intercambió.

Advirtió en lo más recóndito de su corazón un ardor quebrantable, era insoportable. Sentía una piedra de toneladas en su pecho que hacía un ovillo sobre él. Le habían hecho tanto daño… Y su peor problema era su silencio, en el que no se exponía. Conservaba ese dolor que cada día abría una grieta en ella, muchas veces deseaba morir porque no soportaba continuar en ese estado. En sus noches, en la oscuridad, se quedaba paralizada, lloraba, derramaba en la cama su dolor, que se expandía entre las sábanas. No podía liberarse, era más fuerte que su ser. Todavía no había aprendido a convivir con el pasado. Años y años incubando una emoción que en vez de subir escalón por escalón lo que hacía era retroceder. Su único bálsamo eran sus pastillas, que la narcotizaban para sobrellevar aquella dureza en su desidia. Se sentía vacía completamente, como un hueco que emitía ecos en sus tripas que la recorría por dentro a mil kilómetros por hora y se convertía en una llaga que goteaba pus como cuando está infectada. ¿Cuál era la mejor solución?

Ella veía la luz en salir del país, para olvidar su pasado y comenzar una vida nueva en un ambiente diferente. Quizás sería lo mejor. Se retiró en silencio. Caminó cabizbaja en dirección a su casa, necesitaba que terminase ese día. La conversación con su amiga fue suficiente para que sus ojos, en vez de votar lágrimas, expelieran

sangre. Buscó en un bolsillo una pastilla y se la tragó en seco.

Triste.

Sin fuerzas.

Con un gusto amargo en la garganta.

Y ahí estaba Mercedes, una vez más, narcotizándose para darle un poco de bálsamo a su noche.

CAPÍTULO XVI
TU DIGNIDAD VALE MUCHO

En las siguientes semanas, Mercedes regresó al penitenciario. Todo marchaba viento en popa, contenta y alegre, solo esperaba el ansiado día en el que emprender vuelo junto al Mariachi. En aquellos días, ni siquiera había recibido un mensaje ni una llamada de la Matatana. Entendió que desaprobaba lo que hacía y, por consiguiente, respetó su lejanía. Según su pensar, necesitaba tiempo para incubar la idea que su amiga consideraba una locura. Lamentaba su ausencia, porque en esos momentos anhelaba estar a su lado y celebrar cada zancada que la conduciría al éxito. Dejaría que pasaran otros días y, luego, buscaría un nuevo contacto, actuaría del modo más adecuado posible para que recapacitase y la entendiese. La conocía, le daría poco peso a la reacción negativa que tuvo y su relación volvería a la normalidad. Al menos, ansiaba que la apoyara en su decisión.

Con fatiga, poco a poco, respetaba el silencio de su amiga, y por otro lado, se acostumbraba a esperar la visita de Nathan cada vez que el Mariachi se iba. Con lentitud, se convertía en la única persona con quien podía mantener una conversación sin ser juzgada. Él se había transformado en una persona importante dentro del tiempo y espacio que intercambiaban. Esa empatía que surgió desde el primer momento la habían llevado a considerar que valía la pena tenerlo cerca. Aunque siempre esperaba sus insinuaciones, estas nunca llegaron por su parte. Su comportamiento ante ella, sin lugar a duda, era pulcro. Nathan medía cada palabra para que no se sintiera amenazada ni juzgada; más bien, encontraba el modo de que estuviera a gusto en su presencia en el angosto espacio.

Él disfrutaba de su compañía, hablar de trivialidades que manaban con sinceridad. ¿Parecía extraño? Veía en su interior un acontecer bonito que podía servir para que ella misma se echara una mano y recobrara su dignidad.

Una realidad de fortaleza.

De alegría.

De ánimo.

Darle a su existencia y a su dificultad un embarre de regocijo y probara lo bueno que podía ser si cambiara su forma de comportarse. Pese a que huyera de su esencia y se tapase los ojos a lo que era la realidad, ella merecía ser feliz, según su punto de vista. Anhelaba que aceptara su verdad o se diera la oportunidad de empezar de nuevo.

Habían pasado las semanas, una noche Nathan escuchó a Vicente en susurro con su móvil y acertó en que le quedaban poquísimas semanas. Por lo que pensó que debía a hacer recapacitar a Mercedes. Aunque él actuaba de bajo perfil, ni el Mariachi ni los que moraban allí dentro sabían el motivo real por el cual estaba en el penitenciario.

—Entonces, tienes fecha de vuelo — Nathan enunció al verla.

Rectificó aquella pizca de inseguridad que había visto en los otros encuentros. Por última vez, la llevaría a la reflexión, porque en los acercamientos anteriores sus intenciones habían fallado.

—Sí, pero prefiero no revelártela —confesó, así detenía cualquier comentario inoportuno que pudiera fluir. Le haría falta sus diálogos, se había acostumbrado a la forma tan sutil que usaba al dirigirse a ella. Ese día Mercedes había elegido un atuendo blanco al igual que él, llevaba un vestido a mitad de las piernas y unas licras hasta las pantorrillas, combinado con la cartera y con sus zapatillas marrones.

—Tranquila, respeto tu decisión —le dijo con flexibilidad.

—¿Sabes?, siento un gran deseo por desaparecer de este mundo.

Suspiró y aceptó que se hallaban pocos amigos como él. La pena era que no lo volvería a ver.

—¿Cómo dices eso? Creo que visitas el lugar equivocado, por ello te sientes así. —Tenía en mente eludir hablar del Mariachi y buscar el modo de que abriera los ojos.

—Estoy cansada de ser poca cosa en esta vida.

Se le sumaría otro dolor: dejar a una persona que exultaba positivismo sin albergar un simple pensamiento de que algún día lo vería de nuevo. Qué injusto sería despedirse cuando había encontrado un amigo. Solo le tocaba desearle que saliera pronto de la cárcel. Él no merecía estar allí, igualarlo a un detenido, según lo que había mostrado, era triste.

—Mercedes, tienes que reconstruir tu orgullo, este sitio no es apto para ti —la motivaba a que no se rindiera, y advirtió que su cara se impregnaba de melancolía. Estaba extraña, se percibía en su forma de hablar.

—Lo sé.

Él advirtió esa amargura que afloraba. Sin decir nada, captó esa mirada vacía en aquella chica inocente que se cernía como una máscara y se extendía en su cara.

—Entonces, ¿por qué vienes? —Él captó que encorvó los hombros ante su pregunta.

—A veces crees que estás en el lugar correcto —claudicó Mercedes con cierta complejidad en sus palabras, puesto que se sentía vinculada al Mariachi a causa del poder que él disponía sobre ella.

—Y…

—No lo sé —fue lo que le salió.

—Mírame. —Le levantó la barbilla, vio en sus ojos y en su alma genuina que, sin duda, vivía fraguada en el silencio—. Tu dignidad vale mucho.

—¡A nadie le importa mi dignidad! —replicó e hizo énfasis en su comentario. La intención de su amigo fallaba en cada diálogo que fluía entre ellos.

—Este camino conduce a las tinieblas — él vaticinó para que tomara conciencia de que esa meta en la que se había enfocado era errónea. Merecía que se diera esa importancia, el valor y la cualidad como ser humano.

—Soy una diminuta cosa en medio de todo esto. —Mercedes sabía que su vida carecía de progreso. En ese instante, su pensamiento retrocedía y parecía que en su mente ya no había solución a sus problemas. ¿Por qué no trataba de pensar en positivo? ¿Qué era lo que la frenaba? ¿Era su estado?

Arropada en su vulnerabilidad, Mercedes era incapaz de hacer que esas emociones que la obstaculizaban quedaran en el pasado. Tenía lo necesario —que era su familia— para deshacerse de ese lúgubre sentimiento. Pero la inhabilidad de su ser alimentaba la derrota que ella misma, inconsciente, ya había decidido.

—Tienes el poder y la oportunidad de ser alguien en esta vida. Además, hoy es el día —le hablaba desde el fondo de su corazón, quería que ella encontrase un motivo que la convenciera de cambiar su insulsa existencia.

Como persona se jugaba su última carta. ¿Por qué aquel chico se imponía hacerla recapacitar?

—¡¿De qué sirve?! —Sentía en su cuerpo una grieta que se abría, mientras brotaba una emoción de dolor.

Nathan la examinó, trató de que decidiera lo correcto. Pero su repulsión era más fuerte que su propio ser. Esa negatividad se había convertido en su peor enemigo, como un monstruo en su interior que la empujaba a actuar de manera insensata y la cegaba ante su propio comportamiento. Se sintió perdido ante su respuesta, había fracasado, notó que había poco que hacer.

—Estás negada y ese pensamiento no te ayuda. Esa debilidad que arrolla tu interior hace lo posible para que caigas. Trata de buscar el equilibrio para navegar en aguas menos profundas a estas y sepas defenderte cuando las circunstancias se volteen. —Ya valía de nada ese comentario, porque captaba que estaba incómoda, como si quisiera escapar de él. Evadía sus ojos, aunque le hablaba con una parsimonia innata. Sosegado, sin dar a demostrar lo que realmente quería, porque entendía que era peor; la mejor manera de enfrentar a

Mercedes y su rechazo era obrarlo como si fuera un profesional en la materia. Con tranquilidad e inteligencia.

—Podemos cambiar de tema. —Su discurso la afectaba y, para su entendimiento, era mejor esquivarlo o cambiar de argumento. Si no era así, lo dejaría allí solo.

—Sé poco de tu pasado, y no me interesa saberlo. Si bien sea doloroso huir del mismo, o tal vez pienses que desaparecerá, persistirá hasta que lo enfrentes. ¿Hasta cuándo piensas escabullirte? —Se acercó y la abrazó sin emitir ningún sonido. El silencio fue el partícipe de la pesarosa despedida, de aquella historia que había nacido en aquel apenado ambiente.

A veces, las palabras sobran cuando la otra parte ya ha decidido hacer lo correcto, según su pensamiento.

Él se alejó y cerró la puerta a su espalda, mientras Mercedes mantenía la cabeza inclinada. Cuando se percató del sonido que el pedazo de madera produjo, rauda, lo abrió, quería darle las gracias por todo. Entendió que coincidir otra vez sería complicado. Le demandó al guardia si había visto a Nathan y este le respondió que de esa habitación había salido solo el Mariachi. Le pareció extraña su respuesta. Seguramente Nathan le habría dado unos dólares para que mantuviera la boca cerrada con respecto a él.

Arrugó el entrecejo sin creer sus palabras. Caminó por el pasillo hasta la salida con una soledad que la ahogaba, quedaba que ella misma buscase colmar esa fragilidad y hacer frente a su silencio y su dolor. Él lo había intentado de todas las formas hacerle entender que aquella elección era la peor. Se cansó de intentar lo posible dentro de lo imposible. Mercedes se encontraba sola, sin explicaciones, sin que nadie la escuchara. Con un grumo en la garganta, daba pasitos, como si fuera en una funicular en busca del equilibrio, para evitar caer por el precipicio que observaba con claridad en su caótica ofuscación. Mantenerse lúcida, ahora que su amigo se había marchado, sería complejo. En sus encuentros Mercedes entendía que él trataba de hacerle ver las dos caras de la moneda, pero negarse era más fuerte que ella. Deseaba con ardor probar esa suerte que había llegado a su vida. Lo necesitaba pasase lo que pasase.

Aquella mañana se había olvidado de tomar sus narcóticos. Del mismo modo la herida sangraba mucho; mientras esperaba el autobús, se tocó el pecho, agotada y ansiosa, anhelaba estar en su casa. Sería fácil juzgarla, pero nadie veía todas las telarañas que tenía su historia detrás. Sus sueños se truncaron cuando su madre la intercambió. Sus padres nunca la llevaron a ningún profesional, porque no tenían dinero, pensaban que ella olvidaría su pasado con el transcurso del tiempo. Sin dar relevancia a su situación, a los caprichos, jamás pensaron que era fruto del abandono. También con ellos, Mercedes no

exteriorizaba sus sensaciones, sus pensamientos, sus emociones… y ese era el verdadero problema, que desconocían lo que ella albergaba en su interior.

CAPÍTULO XVII
EL SABOR DE LA LIBERTAD

Mercedes dejó pasar una semana antes de llamar a su amiga. Esta vez, se citaron en un centro comercial en la capital. Abrigaba la esperanza de que entendiera que necesitaba cambiar su historia; y en ese momento, su apoyo era primordial, mientras que paso a paso arreglaba lo necesario para probar suerte. De la misma manera, con su aprobación, alcanzaría a labrar su porvenir y mejorar su situación. La que ella veía como una pésima vida.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó Mercedes para romper el hielo. Percibió que había cambiado por el comportamiento de ambas. Con su rostro serio, no mostraba alegría ni aquella simpatía que siempre usaba cuando estaban juntas. Se encontraba a su lado porque se lo había pedido varias veces.

—Bien, háblame de ti. ¿Cuándo partes? —La Matatana tomó su móvil, buscó la cámara y la activó como espejo y chequear si tenía algún pelo fuera de lugar.

—Dentro de una semana.

—¿Estás segura de tu elección? —Con curiosidad, la abogó, le inquietaba saber si estaba convencida de lo que había decidido.

—Sí, es la única certeza que me queda para dejar mi pasado atrás —contestó con la voz entrecortada por la emoción.

—Bueno, Chiqui, solo me queda desearte suerte en tu nueva vida. Trata de contactarme lo antes posible para saber que has llegado bien. ¿Tu madre es consciente de ello? —comunicó y, a la vez, le preguntó lo que la atormentaba. Se advertía cierta incomodidad, le era imposible aplaudir su nueva decisión.

—No. Espero que guardes el secreto.

—Ella necesita saber, aunque no sea tu madre biológica, es la que te ha criado y todavía te mantiene y se preocupa por que estés bien, además, me llamará —le sugirió la Matatana.

—Sí, pero… es mejor de esta manera, así evito discursos innecesarios.

—Se preocupará, recapacita por última vez. Por Dios. ¿Qué le digo cuando me llame?

—Le dejaré una carta explicándole el motivo. Le vas a decir que lo supiste en el último minuto —destacó, sin dar peso a sus palabras y sorbió un refresco rojo que se había comprado.

—¿No tienes miedo?

—Sí, no…

En el fondo, temía dejar su país, pero admitirlo sería peor; deseaba a toda costa que las cosas marcharan como ella lo imaginaba. Aterrada, porque se hacía muchas preguntas de las que no tenía respuestas, a pesar de que siempre decía que la mejor solución a su problema era huir.

—Anhelo desde lo más profundo de mi alma que tu deseo se haga realidad.

—Muchas gracias, amiga. Me alegra escuchar esas palabras de tu parte. —Advirtió un sosiego por dentro. Eso era lo que necesitaba oír.

—¿La escuela lo sabe?

—En absoluto, si lo hago, se armaría un cotilleo de las mil y una. ¡Te lo puedes imaginar! —le contestó al mover el sorbete de su refresco.

—¡Ay, madre! —exclamó.

El tiempo voló, la temperatura sobrepasaba los treinta grados centígrados, y la humedad se apreciaba en los diferentes tonos de pieles de las personas que circulaban por la ciudad. La Matatana acompañó en su coche a Mercedes a la parada del autobús en la ruta que iba a San Cristóbal. Se despidieron rápido porque los ruidos de las bocinas, de súbito, se escucharon, ya que había aparcado cerca de la acera donde estaba prohibido estacionar.

Las miradas bastaron para decir sin palabras lo que sentían. Pero el «te quiero» no salió de parte de ninguna.

***

Días después, por la mañana, el Mariachi salió del penitenciario. Se sentía alterado porque hasta el último momento podía ocurrir un percance, ya que no lo miraban con buenos ojos allí dentro. Su abogado, junto a Mercedes, lo esperaban. Fue liberador probar la excarcelación, luego de tres años sin pisar la calle, salvo cuando le tocaba audiencia.

—Bienvenido a la libertad —manifestó Mercedes al abrazarlo. Se separó y el licenciado le tendió la mano y se la estrechó para darle la enhorabuena.

Dejaron la cárcel de Najayo a sus espaldas mientras conversaban y el abogado les entregaba sus respectivos documentos. Se subieron al vehículo, la chica tomó el asiento de atrás, el Mariachi abrió el fólder y empuñó los pasaportes, junto con los dos boletos de vuelo que salía a las dos de la tarde, rumbo a México. Le pidió a Mercedes que guardara la carpeta en su bolso.

Sintió que su corazón se regocijaba al leer la destinación. Después de tener lujos, mujeres y una eterna fastuosidad, de la noche

a la mañana, se encontró con un puñado de moscas en la mano. Condenado a años por introducir estupefacientes. Sus negocios se habían ido al traste, a pesar de haberlos dejado con su persona de confianza y con la esperanza de que no le traicionara como hicieron los capos dominicanos.

—Gracias. —Enmudeció por un instante. Cuando bajara, tenía que hacer algunas llamadas, para ello necesitaba el teléfono desechable que le pidió a su defensor.

—¿Quieres que te lleve al hotel o prefieres ir a desayunar? —demandó el abogado.

Vicente ladeó el costado hacia atrás y escrutó con delicadeza que su chica vestía ropa blanca. Parecía un ángel. Sonrió y ella intercambió un guiño, extendió su mano izquierda, que ella agarró y apretó. Su vida estaba por brotar en un mundo nuevo, dejaba atrás un pasado en busca de un nuevo futuro. Con las expectativas de centrarse en construir cada ladrillo, uno por uno, con Mercedes. Romper aquel hilo que lo ataba a la experiencia en el penitenciario, desde ese momento estaría atento a sus negocios. Por su parte, no había amor ni enamoramiento de Mercedes, pero disfrutaba de su compañía y con los encuentros fortuitos detectó que era una chica inmaculada; era la primera vez que se topaba con alguien como ella.

—No, vamos a desayunar —dijo, así lo despistaba. Después de terminar, pensaba ir directo al aeropuerto. Confiaba en su abogado, pero no al cien por cien; era un chupacabras que, con su caso, había aumentado en dólares su cuenta bancaria.

«Quién sabe si me armaría una trampa y, en la habitación del hotel, escondía algunas bolsas de droga para él mismo enviar a la policía y caer otra vez detenido», meditaba con suma calma. Debía librarse de él. Miró de nuevo hacia atrás y no vio ninguna maleta, más que una mochila. El equipaje de la Chiqui estaba en el baúl. También había acordado con Paco, algunas cosas.

—Si quieres, te llevo para que descanses. Tengo buenos descuentos en los mejores paradores de Santo Domingo —repitió el hombre.

—Gracias, prefiero ir a desayunar cualquier bocadillo que merezca la pena. Como bien sabes, la pitanza del Najayo deja mucho que desear. —Encararon la autopista que los llevaría a Santo Domingo. En lo que él manejaba con tranquilidad le preguntó por los pesos y dólares que tenía que darle.

—Aquí están. —El licenciado bajó la mano y extrajo una bolsita de tela con el nombre del bufete. El Mariachi lo sostuvo, ni siquiera iba a contarlo, porque conocía al sujeto; con su avaricia, de seguro que dentro faltaba. Pero importaba poco, lo menos que quería era armar una discusión y escuchar sus falsedades. Si fuera en su país

hubiera sido diferente, allí se encontraba desprotegido y sin mucho que exigir.

—Todo está en orden, ¿cierto? —Necesitaba asegurarse de que cada cual había recibido su parte por la ayuda prestada. Era la única forma de alcanzar un acuerdo con el fin de salir vivo del penitenciario.

—Sí, los jueces, los policías… Comerán caviar por un tiempo —contestó a carcajadas—. Hasta el doctor se llevó lo suyo, un poquito menos, pero se lo llevó. ¡Je!

—¿Quejas?

—Muchacho, se distribuyeron dólares. Con esa moneda se compra a cualquiera.

Al arribar al restaurante mexicano que el abogado había puesto en el navegador, Vicente apartó a Mercedes hacia un lado, la abrazó y rozó su nariz con la de ella para que su defensor lo dejase solo con un poco de intimidad. Así lo hizo al ver a aquellos dos tórtolos besarse en pleno parqueo y con los rayos del sol que bronceaba sus pieles.

—¿Puedes ordenar unas quesadillas y unos refrescos, por favor?

—Sí. Ya te dije que necesitabas estar a solas con tu mujer, y no pusiste caso.

El Mariachi voceó con una risotada:

—Primero, las tripas y luego, el cuerpo.

—Tienes razón —mencionó el licenciado.

—Escucha lo que voy a decirte. —Tenía una corazonada y era mejor prevenir que lamentar—. Solo escúchame y asiente, acaríciame cuando te hable. ¿De acuerdo? —Ella afirmó con un beso y *okay* entre susurros—. ¿Qué tan grande es tu equipaje?

—Es una valija.

—Vas a tener que olvidar todo, te compraré ropas y zapatos cuando lleguemos, pero debemos irnos sin él. ¿Bien? —Olió su cuello mientras murmuraba—. ¿Has dejado tu bolso de mano con él en algún momento o en una parada, si la hicieron, en el transcurso del viaje a Najayo?

—En ningún sitio.

—Está bien.

Le dijo al guachimán del lugar que cuando saliera el hombre que había visto entrar le comunicara que había tenido que irse a una cabaña con su mujer y que lo llamaría. El señor sonrió. Comentó: «Dale». Entonces, su abogado entendería que necesitaban estar solos, que al calentarse se fueron a apagar el fuego.

—Sígueme —susurró a Mercedes.

Salieron del parqueo y paró el primer taxi que pasaba, lanzó el móvil y sacó uno nuevo que escondía dentro en sus calzoncillos. Le dio la dirección al chófer, le dijo que se diera prisa y, de inmediato, marcó un número.

—Listo —contestó. La persona al otro lado de la línea sabía que había preparado todo porque él iba en camino.

A esa hora, el tráfico era abismal, pero los taxistas eran expertos en buscar callecitas alternativas y esquivar el caos del centro de la ciudad. Ambos se miraban en silencio y, de vez en cuando, mostraban una mueca, ansiando sus manos.

Aquello se asemejaba a una fuga, pero el Mariachi contaba con pocos amigos en su mundo, y no confiaba en su abogado con rotundidad. Lo había contratado por su fama, era juicioso de que lo sacaría del penitenciario, costase lo que costase en el menor tiempo posible. En el momento en que Vicente cayó preso, le propuso que lo ayudara a escapar y que pusiera precio. Su respuesta fue negativa, porque en el instante que en aquella circunstancia se hiciera pública, él se vería involucrado y su carrera se iría a pique. No le quedó otra que esperar a que pasaran los días.

SEGUNDA PARTE
MÉXICO - SINALOA

CAPÍTULO XVIII
EL REGRESO

—Es un placer saludarle, jefe —dijo Paco, que esperaba en la pista, antes de entrar en el *jet* privado que corría con lentitud a estacionarse. Hizo una señal a la mujer que lo acompañó hasta allí. Paco había pagado a una chica para que lo esperara en la entrada y agilizar el ingreso en el aeropuerto.

Un señor permanecía cercano a ellos para ayudarlos, en lo que controlaba su entorno. Se dieron un abrazo con dos golpecitos en las espaldas. Paco extrajo del bolsillo delantero de su camisa de cuadros unas gafas de sol y se las pasó. Las había cogido de su colección, a Vicente le molestaba la claridad, también era un buen pretexto para otear a su alrededor.

—¿Cómo anda todo? —interrogó, y le tomó la mano a la Chiqui.

—Ahí vamos… —repuso el señor, se ajustó el sombrero de *cowboy*, con una chaqueta de cuero marrón. Aguardaría el momento adecuado y lo pondría al tanto de cómo iban las cosas en lo que concernía a sus negocios.

—A esta chica la llaman Chiqui. —Ni siquiera la presentó como su mujer o pareja. Paco, sagaz, entendió, por lo que se levantó el gorro en señal de saludo y emitió su nombre completo.

Subieron las escaleras del *jet* y la azafata les dio la bienvenida. Tomaron sus asientos, Vicente dejó que Mercedes eligiera el suyo, luego él escogió el del lado opuesto y Paco optó por el que estaba frente a su jefe, de súbito se abrochó el cinturón de seguridad. Al mismo tiempo que las compuertas del avión se cerraban, sentía que todavía su libertad no sabía a gloria, para ello requería pisar tierras mexicanas.

Llegado allí tenía que reconquistar su estatus, trabajar duro para volver a ser el mismo Vicente del pasado. Pero se le había ocurrido una idea: reconquistar sus territorios con el nombre del Mariachi. Sin dar la cara a ninguno de sus socios, en este caso, iría su sucesor. Por ende, creerían que él, al estar en la cárcel y perder su imperio, se lo había vendido al nuevo capo, el Mariachi. Esa era su idea, pero había que ver si los demás aceptaban. Porque en aquellos negocios había claves y se respetaban, una de ellas era que, una vez que se entraba, era imposible salir, abandonar o ceder a otro la actividad.

—¿Cómo lo han tratado en el penitenciario?

—Diría de maravilla. —Los ejercicios diarios se marcaban en su cuerpo, se veía más delgado. Requería un mes de buena comida mexicana, de tacos, enchiladas… Así pues, retomaría su peso corpóreo normal.

—Le tenemos preparado un buen almuerzo, así suplirá las calorías pérdidas durante estos años.

El avión despegó, Paco esperó a que tomara normalidad y llamó a su jefe a solas al final del habitáculo, donde la azafata arreglaba las pitanzas como lo había ordenado Paco al momento de alquilar el aparato.

—Sé que usted se ha negado a que le hicieran una sorpresa, jefe, pero le he organizado una bienvenida sin mencionar su nombre. Se me ocurrió de celebrar mi cumpleaños, y que usted me dio permiso.

—Gracias, Paco —espetó al posar la mano en su hombro—. ¿Qué onda con la mercancía? —Fue directo al grano.

—El fin de semana llega un camión con el suplidor, un cuarto es nuestro.

—¿Un cuarto? Pinches traidores. —Creyó en sus palabras. Se fiaba de su hombre. Por él, su negocio seguía en pie, pese a su pequeñez. Era una fortuna poco común en su mundo encontrar personas como él.

—Jefe, es lo que podemos vender —confesó con amargura.

Los grandes se habían apoderado y desestabilizado su entorno. Pero lo que no sabían era que él regresaría con nuevas cartas, tenía en mente volver a plantar el timón, así girar donde le pegara la gana. Debían estudiar bien las cosas, poner los contratiempos, buscar soluciones alternativas y eludir de forma natural la manera de relacionarse. Asimismo, para ello, una idea ronroneaba en su mente: contrataría prostitutas para que pusieran en práctica su trabajo y distrajeran a quien fuese. Un cliché bastante común, pero funcionaba porque el pecado carnal es el más tentador que existe en el ser humano. Como dice el refrán: por la boca muere el peje.

—Estamos en dificultades, por decirlo así.

—Más adelante le contaré con detalles los contratiempos y los traidores que, desde el momento que supieron de su ausencia, salieron a flote. Tuve que hacer frente a ello y buscar a otros que tomasen sus lugares. Los problemas con las pérdidas de los territorios y los comelones que buscaban cada día más mercancía se iban al traste, jefe. Perdimos mucho. He tenido que deshacerme de algunas uñas que se rompieron por los tropezones.

—Hay que estudiar varias soluciones para agrandar el negocio de nuevo —claudicó Vicente con seguridad—. Tenemos que

cerciorarnos de que los policías reciban su cuota; de tal modo, evitamos problemas con el fin de instalarnos para que a nadie se le otorgue la culpa del que caiga en el transcurso.

—Despacito, como dice la canción —sugirió. Se puso las manos en los bolsillos y tomó una postura de *machoman*. ¡Je! El mensaje estaba claro, dentro de poco todo volvería a la normalidad.

—Eso seguro —anunció mientras cruzaba los brazos y se apoyaba en un compartimento cerrado.

—¿Quiénes saben de mi retorno?

—Nadie, a menos que los de las otras cuadrillas hayan pagado a un soplón en el penitenciario que los mantuviera al tanto de sus movimientos.

—Por eso, en la cárcel, cuando me preguntaban, decía que saldría dentro de cuatro años. De ese modo, despistaba a los chivatos —enunció reacio.

—Estos son los teléfonos nuevos. —Se los entregó. Notó que su jefe permaneció medio ido, pensando—. Lo tengo arreglado para cuando llegue.

—Bien. Los tratos los harás tú. Yo me quedaré en incógnita —comunicó Vicente con un susurro de voz.

—Estoy gratificado por este cargo. —Se puso la palma en el corazón como gesto de aprobación. Era una buena colocación, por la impecable lealtad ante su jefe durante los años de su ausencia.

—Te encargarás de buscar futuros socios, después de que arranquemos, por obligación, la mercancía tiene que arribar a destino.

—Desde mañana nos pondremos manos a la obra. Haré una lista de lo que podemos comenzar y, con destreza, iremos avanzando. Pondremos nuestros señuelos y supliremos a los demás.

Conversaron durante el viaje, Vicente ni siquiera saboreó el manjar que Paco mandó a preparar a bordo. Se negó sin dar explicaciones, aunque su cara escondía felicidad. Al momento de aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Culiacán, el Mariachi miraba por la ventanilla; hacía tiempo que no pisaba su tierra, la extrañaba. Bajó despacio, oteó a través de sus gafas el entorno. Aunque había perdido poder, siempre era un enemigo suelto.

Un chico se avecinó y distribuyó las pistolas. Sin duda, en ese momento, recibió su mejor regalo. Caminó en dirección a un vehículo negro que lo esperaba, percibió que la cuadrilla y unos siete hombres se quitaron el sombrero en señal de respeto y saludo.

Mercedes había enmudecido, estaba tensa y, sin hablar, siguió al Mariachi y a sus recuas. Desde el aeropuerto hasta Sinaloa se requerían cerca de dos horas y media. En el transcurso del vuelo, durmió sin enterarse de cuanto ellos estuvieron hablando. Hubo poco contacto y le pareció extraño; Vicente aparentaba ser una persona

distinta a la anterior. Un sinfín de pensamientos se acercaron a su mente, por ende, lo aisló para no comenzar a construir una imagen negativa. Sentía una energía un tanto abrumadora en el aire, pero ya se encontraba en territorio extranjero, lamentarse de su situación era inútil. Lo que importaba era buscar ese futuro que había soñado. Respiraba en su silencio, contemplaba a través de la ventanilla mientras esperaba detrás de ellos.

Buscó en su bolso y se dio cuenta de que su móvil había desaparecido.

***

La madre de Mercedes, cuando llegó a su casa, encontró la carta posada sobre la mesa del comedor. Se sentó, extrañada, la giró varias veces y la abrió, sus ojos comenzaron a deslizar cada línea escrita. Un sentimiento de dolor la invadió, era la última cosa que esperaba de su hija. Juiciosa de que era una chica difícil, taciturna, aun con sus diferencias la amaba con todo su ser.

Mamá y papá,

Sé que esta no es la mejor forma en decirles lo que pienso en estos momentos, pero sentía el deber de ponerles al corriente de qué haría a partir de hoy. Agradezco los años que se han ocupado de mí, pese a los inconvenientes que les he dado. En este ínfimo instante, quisiera evitar represalias de manera general, pero les digo que todavía medito en mi madre, es insoportable el dolor que siento al saber que fui vendida. Es un acto que en mi mente es inaceptable. Sin embargo, es la realidad, gracias porque, en primicias, me han dicho la verdad a pesar de lo dura que fuese. No quiero que se sientan en culpa por nada, por lo que hoy les digo que he dejado el país. Con la esperanza de resarcir en un nuevo comienzo. Con honestidad, por favor, no me busquen, necesito hacer esto para aniquilar el sufrimiento que mi corazón ha acoplado durante años sin tener contestación. Tengo el optimismo que, dejando atrás República Dominicana, mi vida tomará otro rumbo para bien.

Muchas veces pregunté dónde vivía mi madre y ustedes dieron respuestas negativas de su paradero, y les creí. En estos años aguardaba a que apareciera y me encontrara. Una espera que se desvaneció en la nada cada año. Otras veces consideré verla en la calle, y cuando hacía girar a la persona quien creía que era ella, mi mundo se derrumbaba al percatarme de que era otra mujer.

¡Si ustedes pudieran buscarla y decirle mi versión, lo agradecería!

Con esto me despido, un fuerte abrazo. Ah, mi nuevo destino es México.

Simplemente, complacida de ustedes.

Se les quiere,

Mercedes Martínez

—Hija mía, por lo más que quieras, ¿qué has hecho? ¿Con quién te has escapado? ¿Quién fue el hombre que cegó tu mente?

Llamó a su esposo y le informó de lo sucedido. Él le aseguró que regresaba de inmediato a casa. Las lágrimas recorrían su cara, buscaba la respuesta que no encontraba. Sus trémulas manos sostenían la carta, aquellas letras provocaron un dolor lacerante; había perdido a su hija, a la que, a pesar de sus indiferencias y litigios, amaba. Pensaba que su comportamiento de repulsión ante ello era pasajero o por la edad. Nunca hubiera imaginado que se iría.

Se levantó de la mesa a hacerse un té de manzanilla para calmar los nervios. Tenía que buscarla, esperaría a su esposo para ir hasta la capital a hablar con su amiga. Más adelante, pasaría por la escuela a ver a la psicóloga.

CAPÍTULO XIX
CHILES, TACOS, TEQUILAS Y ALGO MÁS

El rancho del Mariachi se encontraba en medio de la nada, mezclado con un ambiente austero y rodeado de cactus, palmeras y árboles. En un lado, tenía un pequeño terreno donde cultivaba plantas de agave[11], más adelante, había una piscina que quedaba a la vista de la sala, con su interior revestido en robles. La bienvenida al Rancho fue agradable, los empleados y el servicio doméstico, atónitos por la sorpresa, aplaudieron cuando Vicente desmontó de la camioneta. Una sonrisa encantadora afloró en su rostro. «Por fin en casa», dijo. Allí se sentía protegido. Tanto tiempo fuera de su hogar, en aquellos días en el penitenciario. La añoranza se hizo cada vez más latente, hasta que se convirtió en una nostalgia desgarradora para una persona que estaba acostumbrada a tener todo lo que deseaba.

—Lupe, a esta chica la llaman la Chiqui, asígnale una habitación, vivirá con nosotros —mencionó mientras soplaba su nariz con una servilleta que cogió de una mesa en el medio del terrazo.

Contempló cada ángulo y observó a la servidumbre; algunos eran nuevos, otros faltaban. Con una sonrisita había regresado lleno de planes para un arduo comienzo. Conocía cada lugar, oteó en busca de las cámaras de seguridad que más adelante examinaría, de ese modo estudiaría a los sapos recientes y también a los viejos. En un principio controlaría la eficiencia y la confianza de ellos. Volvería a mantener el dominio a su alrededor, hasta de una ínfima hormiga que estuviera presente. Las rancheras en las bocinas emitían el sonido de las trompetas; «órale y échale», decía el cantante. Las caras contentas de los empleados se deleitaban por la fiesta y la sorpresa con el invitado de honor. Como puros mexicanos que eran, muchos estaban vestidos con trajes de colores combinados y sombreros de *cowboy*.

—Usted manda, patrón. —La señora se retiró con Mercedes caminando a su espalda. Se veía agradable solo con observarla. Entraron al salón y examinó cada parte impecable con sus lujos y detalles. Fueron hasta la habitación, la señora le preguntó por sus maletas, y ella le contestó que se habían quedado en un vehículo en Santo Domingo. Le buscó unos atuendos suyos, pero se apreciaban de poco gusto.

Mientras que cerca de la piscina los invitados conversaban de trivialidades, Paco se acercó a su patrón.

—Tenga, jefe, son tres años que usted no se pega un tequila —

bromeó con un cigarro en medio de sus dedos en tanto que sostenía un chupito y en la otra mano, un platillo de limón y sal. Se miraron con complicidad, una mueca de alegría resplandeció en ellos. Los años sin tomar un buen tequila hicieron mella en su cuerpo. Algunas veces amanecía con el deseo de disfrutar de la algarabía que él organizaba antes de caer preso y, sin dudar, ponía sus rancheras para transportar su mente al pasado. Se alegraba del momento, para él significaba mucho.

Otras veces, con la imposibilidad de saciar su hombría y con deseo de aparearse con una buena mujer, lo mandaba en bestia. Ni siquiera se conformaba con lo que el lugar y la semana ofrecía. Para aplacar el fervor, tenía que esperar la ducha fría y tragarse el amargo que sentía en ese momento. Cuando vio a Mercedes por primera vez, sus ojos se iluminaron. La consideraba su pastel perfecto en esa ansiedad de búsqueda. En su primer acercamiento la besó con ardor, mientras que en los otros siquiera rozaba sus modelados labios. Aquel día, aunque fue un encuentro sin sentimientos, él se sació a tope, como si fuese la última agua del desierto.

—A un nuevo periodo —dijo. Bebió de un golpe el alcohol que le quemó el esófago y lo acompañó con limón y la sal. Saboreó el líquido, ya que hacía tres años que no lo había podido beber. Se avecinó a una mesa repleta de pitanza. Comió y bebió con gusto; se hartó con codicia—. Voy a por una ducha.

—Vaya a quitarse el olor a cárcel.

Se encaminó a su aposento y se quitó la ropa. En el penitenciario había dejado sus pertenencias; total, le servían de poco. Dejó caer en su cuerpo el agua para que lavara los tres años encerrado, muchas veces había compartido hasta el jabón con los otros detenidos. Allí estuvo por media hora y luego se dirigió a buscar a Mercedes. Cuando la encontró, pronunció:

—Mañana vas a ir de compras, te llevará un chófer.

—Quiero que vengas conmigo —comentó la Chiqui. Desde que subió en el *jet* había advertido un suceso extraño en él. Lo vio arquear el entrecejo, cambió de expresión, manifestaba cansancio y felicidad.

—Tengo que trabajar —contestó, apoyó el antebrazo a la puerta y con el pulgar izquierdo rascó su frente. Inhaló, deseó reprocharle, empero se contuvo. Ese día anhelaba gozar y evitar malhumorarse por una simple insistencia.

—¿Puedo esperarte? —pronunció en forma de pregunta con buena aprehensión. Buscaba en sus ojos la expectación de una afirmación.

—Vas a ir sola —replicó molesto. Su insistencia lo incomodó hasta tal punto que bufó cansado.

—Se te ve borde. —Notó que se había trastocado como si sus

palabras lo fastidiasen. Quizás fuese por el estrés acumulado durante la semana y la organización de su viaje.

Fueron bastante difíciles y, a la vez, interminables aquellas horas, rodeado de insoportables, hombres con envidias, rencor, maquiavélicos, psicópatas, consumidores consumados, narcos, asesinos en serie… Arregló todo sin levantar sospechas, las llamadas a México fueron pocas y con brevedad; por fortuna, Paco, que era un hombre astuto, sabía que debía alquilar el *jet* y organizar todo con el más mínimo detalle. Entre otras cosas…

—Te lo repito, desde ahora, tengo que trabajar y en ningún caso quiero que me importunes con comentarios fuera de lugar. Tienes que hacer lo que se te pida.

—Claro. —Él le pasó una cantidad de pesos mexicanos que la Chiqui empuñó sin entender del número exacto que hacía en dólares o monedas dominicanas. Fijó su mirada en la de Vicente, apreció en cómo se había delineado la barba y el pequeño bigote que le daba un toque atractivo y maduro. El perfume inundó su nariz, absorbió el aroma que expelía de su moldeado cuerpo. Era diminuta ante él, hizo amago por tocarlo, pero bajó el brazo, así precavía ser rechazada. De su parte, podía ofrecer sus caricias y motivarlo a que pasase un buen rato en compañía. Estaba a la expectativa de un gesto agradable, una caricia, que de ninguna forma recibió. Los segundos pasaban, mientras lo observaba se intimidó por su comportamiento ante ella. Remeneó la cabeza, aturdida, sin recibir una contestación. Se había cegado con la idea de salir de Santo Domingo, por más que las pocas personas alrededor la advirtieron, su testarudez la llevó a hacer caso omiso a los consejos dados. Empero la situación cambiaría, ya no se encontraba en su territorio—. Gracias.

***

Antes de salir, Paco le pasó un teléfono, le afirmó que lo mantuviera encendido. La Chiqui, junto a su chófer, se dirigió al centro de la ciudad, por lo que se complació de los lujos, ropas y zapatos. También compró maquillajes de alta gama, por primera vez, pagaba sin pensar que se iba a quedar sin dinero. Aparentaba que su vida se había innovado. En unas de las *boutiques* se dejó aconsejar por las dependientas, vistió un atuendo casual y sencillo allí mismo. Las vendedoras la trataban como si fuera una millonaria, incluso en algunas tiendas le ofrecieron vino. Nunca había probado un vino en su entera existencia. Un gusto inusual y, a la vez, raro.

Las bolsas de papel se acumulaban en la trasera de la camioneta, la alegría se reflejaba en su rostro. Le faltaba hallar una peluquería para robarse las miradas de las personas y verse bien, aunque su pelo era rebelde de manejar, lo intentaría. Envió un

mensaje a su amiga, le contó y le envió las fotos de las compras adquiridas. Minutos después, recibió respuestas un tantito indiferentes por su parte. Con entusiasmo, siguió con el intercambio de mensajes y prefirió que era mejor llamarla; a la vez que esperaba, pensó:

«Necesito mis narcóticos. ¿Cómo los puedo procurar? Tengo que hallar la manera de adquirirlos sin que Vicente se dé cuenta. ¿Cómo lo haré?». Si no, iría en abstinencia y su cuerpo explotaría.

CAPÍTULO XX
NUEVO COMIENZO

Mercedes escuchó que alguien tocaba a la puerta del aposento, eran pasadas las diez de la mañana, cuando decidió levantarse. Se sentía agotada, se dirigió a abrir y lo primero que se encontró fue la cara de Vicente. Un malestar ligero y, a la vez, punzante afloró en su cabeza. Se puso los dedos en la sien, percibió que el corazón le latía en esa parte.

—Te necesito dentro de media hora —comunicó. Le urgía que se preparase y arreglase porque tenían un compromiso más tarde.

Ella se limpió los ojos con los puños y bostezó. Una nueva jornada de trabajo la esperaba, inconsciente, se desperezó y le respondió:

—Me visto y te busco. ¿Dónde te encuentro? —demandó al caminar. Echó la cobija que rodaba a un lado y con un solo movimiento se sentó, mientras que miraba el pavimento en busca de las chancletas que Lupe le prestó el día anterior.

—Despreocúpate por mí, Paco aguarda a por ti, solo debes seguir sus órdenes.

—¿Órdenes? —Indignada, lo menos que pensaba era recibir disposición de nadie.

—Vamos, lo que te diga —expuso, así camuflaba esa palabra que tenía un gran peso para que obviara iniciar con comentarios fuera de lugar.

—Ah, de acuerdo —replicó sin dar importancia. Si supiera lo que él elucubraba, escaparía de inmediato—. Ayer te busqué, Lupe me dijo que te habías marchado.

Se ausentó porque llevaba a cabo una operación y tenía que acordar con los intercesores que programaran bien las cosas. Un error lo echaría a perder y se convertiría en un problema a su alrededor. Por eso prefirió ir con Paco; aunque personalmente no estaba presente, escuchaba por un auricular que llevaba en su oreja.

—Apúrate. Evita las conversaciones —zanjó Vicente, alejándose con los tacos de las botas que piqueteaban en el pavimento—. Date prisa.

Ella se quedó atónita por su contestación. «¿Qué tiene este?», musitó. Se dirigió al baño que estaba incorporado en su aposento, lo agradecía por su intimidad. Solo quería que mantuvieran las conversaciones que semanas atrás él estaba tan entusiasmado por

pasar un buen rato a su lado. Ojeó por la ventana; vio algunas personas con escopetas rodeando el rancho. Con rapidez, hizo lo que tenía que a hacer y bajó a donde Lupe antes de ir a buscar a Paco.

—Lupe, necesito un gran favor. —Mercedes vaciló, le urgía pedirle una opinión acerca de cómo podría encontrar pastillas. Nerviosa porque habían pasado más de veinticuatro horas sin ingerir una. Observó la televisión que transmitía el noticiario con las últimas actualizaciones. Comunicaban que la tarde anterior, a las 16.00 h, el jefe de un cartel había sido asesinado; las conclusiones que daban era un ajuste de cuentas. Hicieron ver las imágenes despiadadas y le impresionó ver tanta sangre y el cuerpo del difunto hecho añicos.

—¿Qué tipo? —La mujer se extrañó que con tan poco tiempo que llevaba allí ya se sentía en pedir favores.

En ese momento entró Paco, entonces, para disimular, dijo:

—¿Tienes diazepam? —A Mercedes le daba vergüenza que se dieran cuenta de que era una adicta. Escrutó al hombre, que arqueó una ceja al comprender su estado ansiolítico.

«Con solo mirarlo ya se dio cuenta, y con la cara que tiene dice lo que ronda en su mente. Tengo que estar pendiente de él», meditaba, viendo cómo el hombre clavaba los ojos en Lupe y en ella. Desde que se conocieron habían hablado poco, sentía que la miraba de una forma peculiar.

Sin sopesar, le preguntó a Lupe qué era lo que ella quería, aun habiendo escuchado que le pidió las píldoras. La señora le replicó de manera desafilada, dejándolo con la duda.

—Vámonos, que llegamos un poco tarde. —Paco con un gesto de la mano le enseñó el camino.

Lupe captó su mirada de advertencia por debajo de su gorro de vaquero, por lo que entendió sin emitir palabra alguna.

Mercedes lo siguió. Al arribar al jardín, con una señal, Paco examinó que los demás estuvieran listos. Había dos camionetas estacionadas, ellos se subieron en una y en la otra, iba el Mariachi con su chófer y dos trabajadores más, armados; uno de ellos lo acompañaba detrás. El ruido de las puertas al cerrarse advirtió al conductor; de inmediato, el vehículo se movió con lentitud para salir del rancho. Se sentía agitada con sus latidos acelerados. Con urgencia, necesitaba cualquier cosa que apaciguara esa sensación de ansia. Su quietud desaparecía con el pasar del día, aunque la noche anterior no pudo dormir, se despertó y tuvo que ir hasta la cocina. Al no encontrar nada, un guardia que cuidaba la casa le dio dos chupitos de tequila que hicieron raudo su efecto.

***

Llegaron a un parqueo subterráneo, Paco le entregó un llavero.

Esperó algunos minutos. Sus compaisanos se apearon y sondearon que la zona estuviera bajo control.

—¿Para qué son estas llaves? —interrogó nerviosa. Ese hombre parecía odioso, sus pupilas eran tan expresivas que podían hablar sin emitir sonido alguno.

—Sin preguntas, chamaca. ¿Ves esa camioneta blanca? —La examinó de arriba abajo de reojo, ya que la Chiqui estaba en el asiento de atrás y él en el delantero.

—Es la que venía delante de nosotros —comentó.

—Exacto, hay unos mercenarios que la esperan. Ten cuidado, te aconsejo no pronunciar ni la a.

—Solo tengo que darle las llaves — Mercedes articuló un poco indignada. Nunca imaginaría lo que contenía hasta que estuviera de frente.

—Exacto. —Ella desplegó la puerta—. ¡Hey! —la detuvo Paco —. Ellos van a abrir la compuerta, quédate hasta que la cierren, ¿de acuerdo?

Se alejó con los brazos cruzados sobre el vientre. Entregó la llave a los hombres, estuvo a la expectativa de que comprobasen la parte trasera como le explicó Paco. Lo que ella menos pensaba era la sorpresa con la que se iba a encontrar.

«Oh, Dios mío», siseó en su mente al ver la mitad de la camioneta llena de paquetes envueltos en plásticos. Ladeó la cabeza a su alrededor y vio a Nathan, que llevaba una camiseta blanca, salir de la parte trasera de un vehículo negro a su costado. Sin entender nada, un sentimiento de irritación corrió por su cuerpo. Deseaba correr a abrazarlo o echarle en cara por qué no le habló de que vendría a México. En lo que recordaba de sus diálogos nunca le insinuó nada que tuviera que ver con Sinaloa. Su estado emocional empeoró por lo confundida que estaba. Su vista se ofuscó, le faltaba el aire, se ahogaba en su interior, pensó que él era el dueño de ese encargo. Era un narco, vestido de blanco para engañar a las personas.

—Dile a tu jefe: «recibido». —Atónita, sin decir ni pío, escuchó el recado—: ¿Qué haces aquí, este lugar no es para ti? —Se dio la vuelta con temblores en el cuerpo, sin poder retener dos lágrimas que corrían por su mejilla. Incrédula, llegó casi a tientas.

Remitió el recado, vio que Paco llamó a Vicente, dio por hecho que el encargo arribó a tiempo y a buen fin. Mercedes no fue consciente de que el Mariachi observaba desde la otra camioneta. Antes de que arrancara, abrió la puerta y vomitó, limpió su boca y sintió un ligero alivio. Pero, a la vez, con cara de estupefacción porque la había involucrado en tráfico ilícito, mientras ellos celebraban que la mercancía había llegado a destino. Se sintió una verdadera idiota por permitirles hacer con ella lo que habían pedido. Entregar drogas era lo

menos que imaginaba en su vida entera.

Era la presa del narco, su nueva inversión para duplicar el negocio que perdió en el momento que lo encerraron. Vicente la había estudiado en profundidad, le enseñaría cómo funcionaban los trámites. Tendría que obedecer porque le daría lujos, joyas… La vida que nunca tuvo. También si aceptaba, le daría polvo para consumir.

«Madre mía, ¿en qué me he metido? ¿Cómo he caído en esto? ¿En qué instante se me ocurrió la idea de aceptar la propuesta del Mariachi? Me equivoqué y mis amigos quisieron decírmelo de muchas maneras. ¿Por qué fui tan terca? ¿Ahora cómo hago para salir del rollo en el que me he metido? Si continúo, seré su esclava. ¿A cuesta de qué?, me he vuelto su presa», se repitió. Las circunstancias encajaron en su mente. ¿Dónde podía correr si la ubicación del rancho era aislada? No se veía ninguna casa a su alrededor. Su destino estaba marcado con Vicente a su lado, que la obligaría a llevar a cabo sus negocios. La convertiría en una mercenaria a toda costa. Confusa, sin saber qué hacer, quería que se la tragara la tierra en ese instante, en ese vehículo. Anhelaba huir, encontrarse a kilómetros de distancia de las personas que la rodeaban. «Es imposible escapar si vivo en su casa y sabe mis más ínfimos movimientos». Sin poder soportarlo, sentía que se ahogaba, le topó el hombro a Paco, que se volteó de inmediato.

—Necesito un sedante para tranquilizarme.

El hombre, sin emitir palabra, sacó una pastilla de su bolsillo y se la puso en la palma de la mano. Antes de montarse en el vehículo, intercambió un par de palabras con su jefe con relación a ella, después de su aprobación, mandó a uno de los trabajadores a buscar más pastillas. Vicente le recalcó que dosificara de manera adecuada para que la Chiqui no perdiera la cordura.

Mercedes ingirió en seco la droga con los ojos cerrados, ansiaba que hiciera reacción rápido. Sin embargo, sintió los efectos después de diez minutos, aunque mucho más fuertes a los que acostumbraba. Su entorno comenzó a dar vueltas, abría los ojos y lo cerraba en busca de equilibrio sin encontrarlo. Anestesiada por completo, tragó en seco por la reacción del narcótico que la hacía tambalearse. Desorientada, sin estabilidad, cayó de golpe en el asiento. ¿Qué tipo de droga era la que le había administrado Paco?

Lo hizo a propósito, ya que su jefe le había dicho de dosificarla, o era que su debilidad rechazaba el sedante. Nunca había perdido el juicio de esa manera, las píldoras que usaba eran ligeras ante la que le dio ese hombre. Sin poder abrir los párpados, dejó de luchar y se abandonó a un mundo que la encaminaba hacia la destrucción. Lo peor de su situación era que estaba sola y enfrentarse o escapar del hoyo oscuro en el que había caído sería inalcanzable en su estado.

Muchas veces, las consecuencias de tus actos te llevan a buscar

ilusiones. La esperanza es lo que te incita a seguir hacia adelante cuando piensas que todo se acabó.

CAPÍTULO XXI
PROBLEMAS

El Mariachi esperó a que Mercedes volviera a la lucidez. La necesitaba de nuevo. En la tarde irían a hacer unas contrataciones con unos sujetos a los que les interesaba su producto. Paco lo haría bajo sus instrucciones, ya habían hablado de ello. Él dejó que almorzara, su propósito era que estuviera a su lado o que estudiara la situación desde lejos. Su intención era introducirla de lleno en su juego, en la transportación de la mercancía. Se enfocaría en arrastrarla utilizando su debilidad para que dependiera totalmente de él. Un punto fuerte a su favor era que Mercedes estaba sola en un país que no era el suyo y, por lo tanto, no había ningún familiar en el entorno que pudiera rescatarla.

—Sube al coche. —Ella hizo lo que le ordenó con el ceño fruncido.

—¿Adónde me llevas? —El chófer arrancó a toda velocidad, iban minutos retrasados. La puntualidad era imprescindible, era donde se mostraba el respeto y la confianza para los mercaderes.

—Te he dicho que calladita te ves más bonita. ¡No preguntes! —Vicente le advirtió al maniobrar su teléfono.

—Me pones en peligro. ¿Por qué haces esto conmigo? ¿Qué te hecho? Quiero regresar a Santo Domingo.

—El riesgo lo tomaste tú cuando aceptaste acompañarme —manifestó sin siquiera dignarse a mirarla.

—¿Qué cojones dices? —Mercedes amagó con soltar un bofetón, pero sus ojos le advirtieron que, si lo hacía, se arrepentiría. Le quedó claro que él no estaba para juegos.

—Lo que oyes. ¿Acaso pensaste que te traería para que me dieras masajes en la espalda? —abogó con un ápice de sequedad. En primicia, sabía que sería una buena presa en su beneficio.

—Prometiste un cambio. —La acepción de la vida de Mercedes cobraba sentido sin darse cuenta. Soñó bonito, con un cambio que le hiciera borrar el sufrimiento que cubría su interior. Nunca imaginó que una persona pudiera ser tan impúdica e involucrar a alguien donde sabía que la muerte era segura. Porque en aquellos negocios era difícil salir ileso; traían dinero en abundancia, pero las consecuencias eran trágicas por la adquisición de forma fraudulenta que siempre tocaba a la puerta.

—Cierto, y lo vas a ver cuando tengas la noción de cómo

funcionan las cosas —le aseguró frío y decidido, su comentario iba a ser realidad. Ahora estaba tratando de que entendiera que era una obligación hacer lo que él dictaba, en caso de negarse, tendría que buscar una solución. ¿Cuál sería?

—Voy a ser tu mojigata, ¿verdad? —Mercedes comprendió que la situación no volvería a ser como en las semanas anteriores.

—De la manera en que lo has pronunciado suena feo, es mejor decir: vas a aprender a tratar con los clientes —Vicente la corrigió y le aclaró que tenía que llevar a cabo su actividad. Era su decisión, por lo que la Chiqui debía obedecer. Si no fuese así, las cosas se complicarían.

—Eso jamás. —Se reveló en modo acerbo, que a él le importó poco. Observó su enfado, por la comisura de sus ojos. Con su manera de responder, iniciaba a cultivar repugnancia por el modo en que la trataba. Según su forma de pensar, se había comportado bien con él para que decidiera involucrarla en el narcotráfico. ¿Qué culpa tenía Mercedes por caer en las garras del Mariachi? ¿Por qué le había tocado a ella? ¿Por qué le había pintado todo bonito y ahora actuaba al contrario?

—No seas pesimista. En este tipo de negocio el que triunfa es el que persevera —denotó él, en tono frío.

—Haciendo una hipótesis de que aprenda el trabajo en breve, ¿qué me tocará a mí? —Aunque ella todavía no podía captar la magnitud de dónde se había metido, ya albergaba la idea de que ganaría dinero. ¿Qué pensaba Mercedes?

—Uy, qué lista salió la Chiqui.

—Dime…

—Tendrás lo tuyo. Vivirás en mi casa, harás una vida de lujos y, más adelante, te conseguiré un coche. Todo bajo mi supervisión. Tendrás lo que siempre has soñado. Vestirás las mejores marcas, donde quiera que pises te tratarán como a una reina. Pero… bregarás por ganarte el respeto.

—No te creo. —Fue la última gota que volteó el vaso. En adelante, tenía que gestionar las circunstancias para poder liberarse. O quizás, si aceptaba su juego, le iría como siempre había soñado. Porque escapar del Mariachi se dificultaba cada vez más. Esa era la vida que, sin ser consciente, eligió cuando le propuso irse a México con él.

—Te he dado mucho dinero para que compres tus vestimentas, las que quieras, sin importar el coste —expresó, le importaba poco su incredulidad. En su conciencia, sabía que ella tenía razón, pero ese era su juego y ella debía cumplir.

Por una calle desterrada, después de media hora de camino, llegaron al lugar y entraron en unas casas abandonadas. Los

intercesores los esperaban armados. Había unos cinco que aguardaban e inspeccionaban el entorno. Paco y cuatro de sus hombres se les acercaron. Nadie sabía que el Mariachi estaba en México y que los observaba desde la otra camioneta. Eso era un punto a su favor. Desde ese momento en adelante, asistiría a las contrataciones, pero se mantendría alejado y, al mismo tiempo, estudiaría a los compradores para luego sacar conclusiones acerca de si convenía o no el trato.

—Acompáñalo —mandó.

Así lo hizo sin objetar. La muchacha le estaba saliendo buena alumna. Examinó cómo ella, asustada y con los brazos cruzados, miró a Paco mientras hablaba y mostraba un paquete envuelto con papel film. Extrajo el polvo blanco que el jefe del otro cartel probó para dar el visto bueno. Sin embargo, hizo un gesto extraño porque el señor barbudo miró a su alrededor. De súbito, notificó a su hombre de confianza en lo que hacía muecas para que creyesen que le había gustado el producto. Era una puesta en escena, aprovecharía los ínfimos segundos para atacar. Lo que quería el comprador era aniquilar a Paco para conquistar otro territorio, ya que le arribaron voces de que su negocio se había debilitado bastante.

—Paco, retírate. —Escuchó por el pinganillo en el oído, empero fue tarde. Una bala le traspasó el estómago. Los otros hombres del Mariachi empezaron a disparar con el propósito de acabar con el intercesor y sus mercenarios.

Las balas dieron inicio a un tiroteo del que, si alguien salía vivo, sería de puro milagro. Llamó a los demás, que surgieron de la casa abandonada. Vicente y Paco se habían organizado por si las moscas, en esas contrataciones nunca se sabía cómo iban a terminar las cosas. Vio que Paco se agarraba el abdomen y corría a tientas para esconderse detrás de una pared con grafiti. Se las apañaría, era experto en ese tipo de situación. Sobreviviría, se escaparía y, más adelante, buscaría a su jefe para vengarse de los traidores. Puniría a quien hubiera sido el causante, juicioso de que no repetiría el mismo error.

La situación tomó un rumbo distinto, sin entender por qué el intercesor actuó de tal modo. Todo había marchado en sentido contrario a lo planeado. Vicente estaba seguro de que alguien les envenenó la mente para que desecharan la oferta, que ellos mismos se interesaron cuando buscaron el primer contacto con Paco. Fue una trampa bien armada, en la que cayeron como títeres. Dos eran las cosas: primero, querían hacer desaparecer a Paco y robarle los pocos territorios que les quedaban; segundo, pensaban que la mercancía era de segunda o robada. Apenas había llegado y ya los problemas daban un fatal comienzo. Era un hombre que se sabía mantener bajo perfil desde sus comienzos. Durante años había aprendido de su padre, que

en paz descanse. Después de que el viejo entendió que Vicente era apto para continuar el trabajo, se retiró y le cedió el negocio completo. Fue un hombre respetable. Le decían el Coronel porque su vida se ajustaba al pie de la letra.

***

¿Qué clase de persona tenía el coraje de disparar a alguien como si fuera una cucaracha? Mercedes, con las manos en los oídos, pudo librarse de un tiro y alcanzó con una velocidad inmediata el coche. Sintió que todo le daba vueltas, tenía la adrenalina a tope y los latidos del corazón con un ritmo frenético sin poder controlarlo. Percibió la sangre que corría a través del cristal de la camioneta y un vómito salió para ensuciar la alfombra. Solo escuchaba al Mariachi decir:

«Chingada madre, pinche traidor, vámonos, vámonos, rápido…».

El vehículo de Vicente dio reversa y tomó la carretera que se perdía en una nube de polvo.

Cerró sus ojos, así evitaba ver la masacre de hombres muertos. Parecía una rosa de color blanco con una sorprendente palidez en su rostro. Sus piernas temblaban de miedo, nunca había presenciado un episodio similar a una matanza. Captó el movimiento brusco de la camioneta, miró por la ventanilla y le pareció ver a Nathan; se estrujó los ojos, pero no volvió a verlo porque el vehículo ya corría con una velocidad abismal. Se estaba sofocando con el olor de lo que había arrojado. Escuchaba cosas confusas que le decía Vicente, que también hablaba por el teléfono. Un frío recorrió sus venas, ofuscada por el río de sangre que divisó desde lejos. Encogida, sentada, subió sus piernas y se las abrazó, buscaba amparo sin poder frenar el temblor incontrolable que sentía. En su mente era imposible entender qué había sucedido.

Añoró con creces estar en su casa o con su amiga. Le vino de reír, el Mariachi la contempló como si estuviera loca. Empero era una reacción causada por los nervios, que afectaba su estado emotivo cognitivo. En esa circunstancia, debía tratar de tranquilizarse, pero le era imposible. Si continuaba con aquella actitud, tendría una muerte anunciada. Mercedes carecía de fuerza, era el peor inicio, solo el tiempo diría lo que le ocurriría para bien o para mal.

«Distinguí a Nathan que corría hacia mí. ¿Cómo es posible que él estuviera allí? Quizá sea el capo y estaba escondido por ahí para matarnos. Es un asesino». Una vez más se sintió engañada, lo mejor era que conversara con Vicente y le comunicase cómo lo había conocido. Le recalcaría que Nathan fingió ser su amigo, pero si lo hacía, ¿qué pasaría con ella? «Te van a encontrar, eres el traidor. Quieres quedarte con su fortuna, por eso has armado esta guerra de

tiros. Te fuiste a la cárcel para vigilar a Vicente y yo fui tu presa, ahora entiendo el motivo por el cual nunca dijiste nada de ti cuando te lo preguntaba. ¿Para quién trabajas? Voy a hablar con el Mariachi», pensaba.

Mercedes pronunció el nombre de Vicente varias veces, pero él ni escuchó, estaba ocupado con el móvil. Solo mencionaba el nombre de su hombre de confianza, se le notaba nervioso y asustado. Por más capo que fuese, una balacera de tal envergadura le aflojaba las rodillas a cualquiera.

La Chiqui sospechaba que Nathan estaba involucrado con el rollo y con la negociación. ¿Cómo se comportaría ante lo que pensaba? Expresar su opinión le costaría la vida, por ende, la presionaría hasta sacarle el más mínimo detalle. Un acto que el Mariachi no soportaría. Lo recomendable era el silencio y seguir como si nada. En aquellos momentos, su ingenuidad le traería graves consecuencias porque ya estaba en curso su declinación.

CAPÍTULO XXII
NEGOCIOS

Dos días más tarde, como Paco estaba herido y Vicente no quería mostrar su identidad, organizó que fuese la Chiqui quien contratase con un nuevo cliente, ya que habían acordado quedar en un lugar desolado para enseñarle la mercancía. El Mariachi le hizo repetir varias veces lo que tenía que decir y hasta le buscó el atuendo. Vistió de negro con unos pantalones palacio, consejo de Vicente para que la reconocieran a la llegada. La acompañaría con sus guardaespaldas armados, la seguiría y verificaría que la situación estuviera bajo su dominio. Toda su camarada, incluso Mercedes, llevaban un diminuto micrófono que se habían insertado en el oído antes de arrancar. Esta vez, a ciegas y un tanto preocupado, tendría que apostar por ella, dado que se mantendría bajo perfil. En su condición estaba titubeante, confiaba poco en sus habilidades, dado que, en las últimas horas, se había encerrado en su habitación. Según sus conocimientos y la predisposición —positiva— que tenía ante ella, la habituaría con el pasar del tiempo.

Mercedes todavía tenía los nervios a tope, le había pedido narcóticos, agitada y juiciosa de que los necesitaba. Vicente se los facilitó sin objeción. Empero, como sabía que la droga era bastante fuerte para su gusto, cortaba por la mitad las pastillas a escondidas en su aposento; de tal forma, el efecto sería ligero frente a la dosis entera que había probado con anterioridad.

Él tenía el total control. Era verdad que disfrutaba de lujos jamás vistos, no obstante, la buena vida comenzaba a cansarla. Decidió encerrarse en su cuarto, sin celular, porque Vicente se lo quitaba. Se lo daba solo cuando tenían que salir. Atrapada en las garras del narco y sin tener la posibilidad de pedir ayuda a un vecino porque el rancho del Mariachi estaba perdido en medio de la nada.

—Chiqui, ven aquí. —Ella obedeció sin rebatir. Se había vuelto como un muñeco, todo lo que le pedía lo llevaba a cabo sin pretensiones, aunque él intuía las ásperas miradas que le lanzaba a través de sus pupilas—. Esta pistola es de pequeña dimensión, ponla en tu pierna con precisión, debajo de las rodillas, y amárrate bien el soporte. —Él le mostró el modo de maniobrar el arma. También le hizo practicar un poco. Al observar que examinaba sus facciones con sabiduría, pestañeó y se alejó. Dejó atrás su olor que, a pesar de que su perfume costaba, a su nariz le hedía.

Mercedes se quedó quieta sin hablar, sabía que era inútil replicar su punto de vista. Lo miraba con desdén, la repugnancia crecía en su contra. Aborrecía estar allí de manera permanente en el nuevo ambiente que le había dado.

—Vámonos —dijo. De espalda, caminó en dirección a las camionetas. Necesitaba su móvil.

—Ten cuidado de fallar. Si haces cualquier tipo de error, mueres —le advirtió. Ella, consciente, asintió, porque le quedaba poca duda de que sucedería—. Te recuerdo que, si intentas huir, vendré a buscarte. Te daré la cacha como a una presa extraviada.

—¿Puedes darme mi teléfono? —Fue lo único que salió de su boca. Aparentaba hipnotizada, asentía sin replicar. Decidió mantenerse alejada de las personas que vivían y servían en el rancho. Estaba sola, sin auxilio, sin poder hablar con alguien que le facilitara una idea de cómo actuar para salir de la casa que, a pesar de sus lujos, para Mercedes, era una jaula. Empezaba a pensar en tirar la toalla.

—Aquí lo tienes. —Se lo puso en la mano y, sin soltarlo, buscó un contacto. En específico, sus pupilas, para que sintiera que aquello no era un juego—. Cuidado con lo que haces.

Ni siquiera se molestó en observarlo. Le interesaba poco, consideraba que su vida valía nada. En vez de mejorar, su situación empeoraba, se había puesto a meditar, pero sus pensamientos eran confusos. Una infinidad de sucesos surgieron a su alrededor desde que había pisado el territorio mexicano. Deseosa de calmar sus nervios, ingirió la mitad de una píldora, captó que él ladeó la cara. Ya sabía que cuando se asomaba a su habitación era para salir, nunca se dignaba en demandarle cómo había pasado el día. El insomnio se presentó y, mientras sus noches se hacían interminables, revivía cada segundo lo idiota que había sido por creer en la palabra de un narco vestido de Mariachi. Con los ojos velados de amargura, su cuerpo reaccionaba de una manera insólita ante la droga. Recordó la promesa que le hizo de que continuaría con la escuela, otro plan falso para que cayera con mayor facilidad. La trataba bien con doble intención.

—Tienes que entender que soy inexperta en este tipo de negocio, mejor dicho, en todos.

—Eres buena alumna, por consecuencia, lo llevarás a término. Ya lo hemos hablado, solo tienes que seguir lo que te he dicho, sin objetar nada. En este tipo de negocios, las miradas y los actos hablan más que las palabras —mencionó Vicente, dando dos golpecitos en su hombro. Vestía una camiseta blanca, un pantalón negro y botas con un pico adelante y unas estrellas de metal adheridas a la parte trasera del talón—. Luego le darás esta bolsa. Tan simple como lo ves y lo escuchas.

Taciturna, agarró el paquete.

Por el camino y, a escondidas, aprovechó que Vicente la seguía en la camioneta de atrás para enviar un mensaje a su amiga. Le mandó su posición, el nombre de la calle y le pidió que le facilitara la vía más cercana en dirección al aeropuerto. Se mantendría escondida, su pensamiento era arribar allí y comprar un vuelo y escapar.

«Hazlo urgente, por favor, tengo poco tiempo. Mándame las capturas de la pantalla».

Si él la veía en línea en WhatsApp, se alertaría.

Comenzó a sudar, aunque el climatizador del vehículo estaba encendido. Era una ingenua con la poca experiencia que tenía y la incapacidad de hacer bien las cosas.

«Esta es mi oportunidad, tengo que buscar la manera de armar un suceso que valga la pena, sé que mi vida, una vez entrada en este funesto negocio, está sentenciada a morir. Qué más da probar una fuga», pensaba en lo que la droga anestesiaba su delgado cuerpo. Recibió una captura de pantalla que fue directa a la carpeta del teléfono; por fortuna, se descargaban de inmediato, porque la configuración del móvil parecía estar predeterminada para que las fotos se guardaran sin abrir.

Deslizó la carpeta de imágenes, asustada y con el corazón palpitando de una manera desorbitada. Hizo memoria de las calles en orden, como tardó unos segundos, pensó que la Matatana lo estaba escribiendo en un trozo de papel. Después de una ínfima espera, recibió más imágenes. Evitó responderle, aunque intuía que su amiga comenzaba a preocuparse. Sabía que el Mariachi la tenía controlada, por lo que borró las fotografías. Nadie buscaba en la papelera de un teléfono. Tentaba a la suerte. Sintió que una gota de sudor recorría el camino desde su frente hasta el cuello para perderse entre sus pechos.

¿Adónde se fue a meter Mercedes? ¿Por qué fue ella la presa y no otra persona? Y, ¿con qué dinero pensaba escapar si todavía no había recibido ni un centavo?

***

En un valle, sin nada alrededor, la aridez del entorno levantaba un ligero viento de color grisáceo que se disolvía en el aire. Las camionetas 4 x 4 se estacionaron a una distancia considerable que les permitiese dar la vuelta y escapar en caso de que el negocio se torciera. Esta vez el intercambio era de palabra, les mostraban la calidad del producto para que ellos aceptaran el trato y fuesen sus clientes. El muchacho que la había acompañado le abrió la puerta del vehículo. Mercedes salió rauda y decidida, con el sudor que goteaba por su rostro y su espalda. La camiseta negra estaba mojada en las axilas, producto del nerviosismo, y peinada con sus colitas que parecían dos pompones. Con semblante pálido, y la prisa por

marcharse de aquella situación, solo pensaba en que, si la Policía se escondía en algún lugar, le tocarían muchísimos años de cárcel en un país extranjero, igual que al Mariachi, pero diferente porque ella no tenía ni un peso.

Caminó con paso decidido y se detuvo a metros de distancia de tres tipos armados, sostenían sus pistolas dentro de sus estuches. Dedujo que faltaba el capo. Escrutó con intensidad a cada uno de ellos. Le parecieron matones a sangre fría pirados de la cárcel con un perfil abrumador. Mercedes escuchó la melodía desde la radio de uno de sus vehículos, las trompetas sonaban al unísono con un ritmo alto y bajo. La ranchera estaba en su buena. Dejó de concentrarse en los chicos frente a ella y desvió ligeramente la mirada. Un pensamiento fugaz afloró en su cabeza: quizás podrían ayudarla. Sin embargo, ese pensamiento se convirtió en un miedo que se apoderó como una vorágine que carcomía sus tripas.

Se quedó atónita cuando el capo narcotraficante que esperaba salió y cerró la camioneta, iba vestido de blanco, era rubio, con un peinado para atrás, adherido al cuero cabelludo, flaco y con ojos de color miel. Aquel hombre le pareció conocido. Captó en cómo caminó en su dirección con un porte de superioridad, de omnipotencia. En ese instante sus piernas flaquearon. No podía creer lo que percibía. «¡Qué carajo!», dijo sin importar que la escucharan. Examinó al hombre que se dirigía hacia ella, y consideró que se había vuelto loca. Notó que cortaba la llamada de su móvil. En ese instante se olvidó de lo que le había dicho Vicente. «¡Qué carajo!», repitió. Su memoria le jugaba una mala pasada.

Se quedaron frente a frente, retándose, con el viento que movía sus camisas y el sol aumentando las temperaturas de sus cuerpos.

Lo que pronunció fue:

—¿Tú?

Él arqueó una de sus cejas por la menuda pregunta.

CAPÍTULO XXIII
REENCUENTRO

Sentada en el jardín del rancho y con la imagen de Nathan en la cabeza, se interrogaba para sus adentros por qué él era jefe de un cartel. El banco estaba en una pequeña colina, desde donde se podía observar la inmensidad del espacio y el terreno infinito que se perdía en la nada a su alrededor. Era inútil escapar o correr, pese a que su incapacidad la traicionaría. Se levantó en el mismo instante que cruzaba sus brazos y volvió a sentarse. Otra cosa que le vino a la mente fue por qué la señora Lupe ni siquiera se preocupaba por preguntarle si necesitaba un vaso de agua, por así decirlo. De lo poco que había hablado con ella le pareció que debajo de su carácter guardaba algo tenebroso. Dedujo que cada persona que visitaba, vivía o trabajaba en el lugar estaba marcado por un pasado nefasto. Aunque, si se colmaba de buena voluntad, se motivaba a mantener un diálogo con alguien, pese a que consideraba que era inútil porque sentía repulsión por los que inspeccionaban la casa a todas las horas del día y la ignoraban como si fuera una criatura inexistente.

Oyó voces a su espalda, deseó volverse para saber quién hablaba. Pensó que era el Mariachi y, de súbito, ingirió la mitad de otro narcótico. Su sorpresa fue cuando apreció a Nathan, que se acomodó a su lado, cruzó las piernas y tomó una postura relajada. Inmóvil, lo atisbó, escudriñaba una respuesta, percibió su quietud y sosiego, aparentaba un ángel bajado del cielo. Admiró su semblante, llevaba puesto el mismo vestuario blanco con el que se habían encontrado horas antes.

Él rompió el silencio.

—Sé que tienes miles de preguntas —expresó con absoluta calma.

Sintió alegría, era la persona, pese a que le había escondido su verdad, con la que había mantenido una amistad que guardaba en un lugar bonito de su corazón.

—¿Este es tu trabajo? —interrogó Mercedes. Ensimismada en su rostro, rebuscaba una sonrisa de su parte que parecía haber perdido. Captó su mutismo y, entristecida, repuso—: A menudo, el silencio es la mejor respuesta que se puede recibir. Muchas veces se dice un sinfín de cosas a través de él.

—También es la manera de ocultar una información importante que tienes que mantener como si fuera un tesoro. ¿Lo crees? —Nathan

rebatió con ligereza. Su aspecto disimulaba lo que emprendía. Incluso, era un hombre que pasaba desapercibido donde quiera que arribara por su personalidad y su simplicidad al dirigirse a los demás.

—Cierto, los jefes de los carteles como tú son una tumba, esconden actividades ilícitas relacionadas con el narcotráfico, y quién sabe con qué más… —lo culpó, sin importar cualquier actitud que pudiera revelarse en su contra.

—¡Estás equivocada! —zanjó él, a modo de exclamación.

—Lo sé —afirmó Mercedes con doble ironía, se inclinó hacia su figura y puso el antebrazo sobre el espaldar del banco—. Entonces, explícame y aclárame porque no consigo comprender ¿Cómo conoces a Vicente? ¿Por qué estuviste el mismo periodo en el penitenciario?

—No, no tienes idea. —Solo respondió a una de sus curiosidades.

—¡Caray! Estuviste en la cárcel, además haces negocios con Vicente, igual me usaste con el propósito de llegar a él, y ahora te presentas por todos lados fingiendo estar interesado en su mercancía. Para colmo, vienes hasta aquí en busca de extraer información. ¿Lo vas a traicionar?

—No lo voy a engañar. Me tienes aquí, y lo hago por ti.

—Ves que estoy bastante grandecita para chuparme el dedo. —Recordó a su amiga, que siempre sacaba esa frase cuando escuchaba un discurso que no la convencía. Añoraba su forma de ser, su actitud y los días juntas cuando charlaban de trivialidades sin sentido.

—Dices estupideces.

—Claro —aceptó con un movimiento ligero de su cabeza.

—¿Has llamado a casa? —indagó Nathan, en busca de que la conversación tomase un sentido distinto a lo que pensaba, con intensión de que cambiase de actitud. Entendía su acritud hacia él, empero debía mantener su estatus. En ese momento era imposible decirle o recalcarle el error cometido. Solo curiosearía cómo lo pasaba en su nuevo hogar.

—No tengo ningún contacto con Santo Domingo. Me quitan el teléfono y me lo dan cuando tienen que usarme. Con esto te digo la feliz vida que vivo desde que llegué aquí —Ella manifestó con aspereza, al tronarse los dedos, mientras sus pupilas se desvanecían en el horizonte, excavando una respuesta a su injusta existencia.

Un silencio afloró en medio de ese atardecer. Aquella chica ingenua, que había metido la pata, se acercaba a una luz que sus ojos eran incapaces de ver. Quizás podría ser una luz oscura, o brillante, para que resurgiera de nuevo en un mundo diferente al que su imaginación había visualizado en una forma única.

—Lo siento.

—Mi vida ha dado un cambio, creía que sería mejor a lo que

me pasó en mi niñez. Sin embargo… —Inhaló el aire con lentitud, el coraje de afirmar con amargura que había fallido la descolocó. Volvió y reiteró—: Sin embargo, tengo la muerte comprada.

—Es recomendable que comiences a buscar la manera de salir de esta casa, Mercedes, te ves manchada de sangre, se viene una guerra por el camino. Lo digo por lo que veo en torno a ti. —A la vez que le hablaba, advirtió que no lo escuchaba, era como si estuviera ida a causa del narcótico que hacía su curso por sus venas—. Este ambiente es peligroso y para ello hay que ser astuto y saber que recibirás algunas balas en el arco de tu existencia. Además, si tienes suerte y sigues en pie, pero sin retirarte, porque una vez que entras nunca habrá un final. Una cosa lleva a la otra. Las riñas y el deseo de poder son por lo que todos se pelean. Muchas veces, ni siquiera importa el dinero, vale más la autoridad con la que te vistes. Decir: «Yo tengo el control y hago lo que se me pegue la gana».

—He comprado mi billete hacia el otro lado —declaró al ladear el costado.

En ese instante, detectó un movimiento inusual de varios hombres que iban y venían, uno de los tantos recibía órdenes por el pinganillo que tenía en la oreja. Sospechaba un suceso extraño en ellos.

Nathan se dio cuenta y, sin dar explicación, se levantó y se alejó con delicadeza sin mostrar un ápice de asombro o nervio. Corría peligro allí, por lo que era mejor irse y dejar a Mercedes que encontrase una vía de escape a lo que iba a suceder. A él mismo le era imposible ayudarla, ya arriesgaba el pellejo por hablar con ella en la casa de un narco. Mercedes lo alcanzó antes de que se perdiera, recogió su teléfono que se le había caído.

—Ayúdame a salir de aquí —le manifestó casi con súplica.

Él se volteó y le sonrió, hizo mueca de hablar, pero de la nada surgió un tiroteo y se tuvieron que separar de inmediato. Ella cerró los ojos por lo que escuchaba. Se escondió, despavorida. Acechó con cara de atemorizada y, agachada, se percató de que podía huir y lograr arribar al otro lado, a donde estaba Nathan; si bien le fue imposible porque, de un momento a otro, él se desvaneció sin dejar rastro.

—Escapa, Chiqui, esta es tu oportunidad —fue lo último que mencionó antes de desaparecer en la nada.

Mercedes, que se había bajado con sigilo, trotó disimulada, sin saber qué era lo que pasaba en el rancho. Se detuvo detrás de un árbol, la balacera provenía de adentro de la casa hacia afuera y viceversa, en tanto que los cristales caían al suelo hechos añicos. Escuchaba palabras inconexas, ensordecidas. Sin entender lo que sucedía, se armó de valor para ir a esconderse detrás de una de las camionetas. Fue rápida y cruzó por encima de los muertos que yacían

en el pozo de sangre, manchándose las sandalias. Apenas pudo alcanzar el vehículo a metros de ella, se escondió en el baúl a la vez que el altercado seguía en pie. Pero la desdicha, esta vez, la acompañó cuando la camioneta retrocedió para tomar el camino en el instante que escapaba. Los disparos alcanzaron el baúl y la parte trasera completa del vehículo. Una nube de polvo se elevó a metros del suelo y se extendió a medida que los delincuentes se perdían.

Alguien había planeado atacar a Vicente, el asalto fue premeditado.

La vida de la Chiqui, junto a sus quejidos, se hacía cada vez más inaudible. La sangre se expandía en la cajuela, no sabía dónde le había penetrado el proyectil, porque sentía dolor en todo su cuerpo. Un temblor recorrió su débil figura y la arrastró a aquella tenebrosidad que ella misma había claudicado como el otro mundo. A los dieciocho años y lejana de su casa, sus fuerzas por luchar o escapar llegaban a su fin. Cada salto que daba la camioneta era una punzada letal que se propagaba con sangre; en silencio y con fatiga al respirar, se estremecía de sufrimiento. Mercedes, encerrada sin auxilio, lloraba durante el trayecto a la vez que escuchaba las malas palabras de los que habían hecho la emboscada al Mariachi. Corría peligro, sin duda, Vicente pensaría que fue ella quien premeditó la encerrona para tenderle una trampa en sus negocios. Como había dicho, tenía la muerte comprada. En manos de los delincuentes, aprovecharían para chantajear al agredido si la retenían en su poder.

En el rancho, Vicente estaba encolerizado; por fortuna, las balas no lo alcanzaron. Ordenó a sus hombres que siguieran a los delincuentes y los trajesen con vida. Necesitaba entender quién lo mandó a matar para, de inmediato, declararle la guerra y acabar con todo, incluso su familia. Tarde o temprano daría con ellos, era un hecho que aniquilaría hasta las mascotas de cada uno de los involucrados.

***

—¿Y esta quién es? —interrogó uno de los asaltantes al abrir la cajuela. Se había detenido porque escucharon unos gritos provenientes del baúl.

—Yo no la conozco —replicó el otro, que llevaba un sombrero marrón y una camisa de cuadros verdes.

—Es un problema traernos a esta morra al almacén.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —indagó el chico del sombrero.

—Tírala ahí, para que se muera o pégale un par de tiros. Hazlo rápido, porque pueden alcanzarnos. —El muchacho montó en el vehículo y lo dejó que terminara el consejo que le dio.

—Está casi feneciendo.

Sacó a Mercedes y la dejó a pocos metros de la calle. Estaba manchada, fruto de la perforación que tenía.

La fatalidad la perseguía desde el instante en que había pisado la puerta del penitenciario.

El cuerpo yacía empolvado a la orilla de la carretera.

Su respiración cada vez era más lenta, la sangre se esparcía haciendo que se debilitara más, perdió el conocimiento y la noción del tiempo. En su fuero interno, Mercedes aceptó que su hora había llegado. En su última respiración y en lo más profundo de su consciencia, dijo adiós a todos sus seres queridos.

CAPÍTULO XXIV
¡ESTÁS AQUÍ!

Habían pasado ocho días y Mercedes no reaccionaba a ninguna terapia que le suministraban en el hospital. Su estado de salud era crítico, tuvieron que realizarle una transfusión de sangre, porque había perdido mucha y su cuerpo había colapsado. Las enfermeras la monitoreaban, efectuaban su trabajo con parsimonia, la veían débil mientras yacía en aquel lecho, casi inconsciente. Dormía mucho y, de vez en cuando, abría los ojos; allí tendida y sin poder moverse, con la incertidumbre de que de un momento a otro vendrían a por ella.

—¿Estás aquí? —repuso, cautelosa, al despertarse. Quiso hacer un movimiento, pero sintió que su estómago crujió.

—Te he recogido, al encontrarte privada de vida en la calle, y te traje hasta aquí —explicó Nathan con una media sonrisa de benevolencia, sentado a su lado en una silla de metal.

—¿En serio?

—Sí, ¿me crees? —sopesó al pasar su mano por el antebrazo de ella. Llevaba puesto un traje blanco, con un perfume embriagador, envuelto en una frescura que parecía haber salido de la ducha.

—Eres mi salvador, entonces —repuso al achicar los ojos y hacer una mueca de dolor. Lo observó, parecía una idiota sin dar peso a sus palabras, de una forma irónica.

—Podemos decir que has tenido suerte —replicó con media sonrisa.

—Ya… —dijo.

Sintió un vacío y aquel tremido que recorría su espina dorsal sin entender la causa de su reacción. Una cosa estaba clara: Nathan no le interesaba como hombre, solo era un bellísimo amigo de tertulia. Él mismo se lo había dicho en una de las conversaciones que habían tenido en el penitenciario de Najayo.

—Te han perforado el estómago, alguien te dejó tirada, priva de vida. ¿Cómo pudiste escapar?

—Me escondí en la cajuela de uno de los vehículos, estaba llena de miedo. Quedarme allí era lo que menos deseaba, se me cruzó un pensamiento y necesitaba probar la suerte —expresó con lentitud, como si su vida valiera un centavo—. ¿Qué destino me toca si ya he elegido el peor?

—Una vez te dije: tu dignidad vale mucho. Ahora estás a tiempo de llevar a cabo esas palabras.

—Mi dignidad, mi dignidad… —Hizo una pequeña pausa y prosiguió—: La perdí cuando mi madre hizo lo que su putrefacto cerebro le dictó.

—¡Nunca es tarde! ¡Recupérala! Lo puedes hacer —incitó Nathan.

Mercedes advirtió que se había tensado.

—Es fácil decirlo.

—Pero es duro ponerlo en práctica —zanjó con sinceridad y con cierta aspereza en la voz. Se quedó estupefacto; viendo la condición en la que estaba, al menos, esperaba oír un «probaré», pese a que todavía se ceñía al error que había cometido su madre con esa negativa siempre en la boca.

Sus miradas chocaron al unísono. ¿Cuál era el problema que veía en rehacer lo que le había pedido? Era triste percibir que ella se negaba, podría intentarlo, y si salía mal, al menos, decir: «Lo he probado». ¿Cómo podía tener una autoestima tan baja a su edad? Apenas la había recogido, y allí le daba una motivación, ya que se encontraba con vida. Aniquilarse de esa forma, como si su cerebro estuviera fundido, figuraba que le gustaba engalanarse de esa refutación de una mujer cobarde. ¿Por qué le era imposible sacar esa actitud positiva? ¿Qué era lo que incitaba a Mercedes a oponerse a la sugerencia de Nathan? Juiciosa de que sola no podía con aquella lucha titánica en su interior, ¿por qué no experimentaba en mencionar las palabras «yo puedo»?

—Ya, así es —le respondió lo primero que le vino a la mente. Percibió su cambio de humor, no conseguía respirar al detectar que su enfado crecía. Perderlo en ese momento tan delicado sería lo peor para ella. Sin embargo, ya se lo había dejado entender.

—Es mejor que me vaya. Creo que no merece la pena estar aquí. —Le dio la espalda y se dirigió a la puerta. Era una batalla inútil. Sin agregar más palabras, giró el costado y se miraron nuevamente. La escrutó con desaliento. Lo que había hecho era intentar persuadirla y darle a entender, de una manera pasible, que lo único que debía hacer era tratar de transformar su vida y recuperar la dignidad de ser una mujer de la que se sintiera orgullosa. Empero hacer cambiar de idea a una persona en su estado, e incitarla a salir del círculo en el que se encontraba, era difícil cuando la otra parte estaba convencida de ser incapaz o, simplemente, se negaba porque así lo deseaba. Ahí tendría que trabajar su autoestima, pero a Nathan le faltaba el título de doctor para ello. Se cansó del modo en que veía el mundo, había llegado la hora de alejarse de ella. En adelante, tenía que seguir como considerara que era lo mejor para su salud.

—¿Cómo? ¿Por qué? —En aquel ínfimo momento, sintió ese temblor recorrer su corazón mezclado con un escalofrío que se

depositó en su cabeza, dando poca lucidez a su vista, ¿qué sería? Quería largarse con él, huir a otro planeta donde el dolor no existiera. Se entristeció aún más con su silencio. Esa mudez que siempre mantenía cuando evadía responder a sus interrogaciones que entendía que eran complejas. En ese instante, supo que no lo volvería a ver, y el sufrimiento le hizo palpitar lo más recóndito de su ser.

Las cortinas comenzaron a moverse haciendo que su piel se erizara. Una ráfaga de luz inundó la habitación, se puso el antebrazo en los ojos. Quería hablarle y decirle que se había equivocado. Deseaba dialogar un rato más; demandarle que la ayudara a volver a Santo Domingo. Lo menos que pensó fue que su conversación terminaría de ese modo y que él se enojaría por su comentario. Su soledad se elevó en cuestión de segundos, y le provocó un lamento latente con aquella luz que veía en la puerta. Si había elegido su destino, tendría que enfrentarse sola, batallar sola en un lugar que ni siquiera conocía. Sin saber adónde ir cuando le dieran el alta.

—Vamos a ponerte un suero nuevo. —La enfermera la sacó de su ensimismamiento.

—¿Cómo? —En el momento que regresó a su lucidez, dijo—: Está bien.

—¿Qué tienes? Parece que se te murió alguien —manifestó con acento jovial.

—¿Tan mal me veo? —repuso Mercedes, acongojada.

—Ya te lo he dicho, parece que vas a un sepelio.

—Guauuu, me queda claro que no estoy en mis mejores tiempos, así tendré que tomar el aire. —La enfermera sonrió por la incongruencia de sus palabras.

—Pasará. Los días aquí son largos sin hacer nada que te entretenga.

—Entiendes a la perfección —manifestó tosca, apoyando el antebrazo en su frente.

—Pronto saldrás, volverás a estar con tus amigos. Ya verás como se normalizarán tus días.

—¿Compañeros? —musitó Mercedes, casi inaudible. Si supieran de su pasado, ¿cómo actuarían?, ¿la rechazarían?

—He escuchado lo que has dicho, ¿acaso te han traicionado? —preguntó un poco cotilla la mujer.

—No. —Se dio cuenta de que lo recomendable era dejar ese tema con aquella joven, si no, las preguntas surgirían una detrás de otra. Cerró los párpados y una lágrima salió por el rabillo del ojo.

***

Habían transcurrido dos semanas y no había ni rastro de Nathan, lo esperaba cada día con el optimismo de que quizá cambiase de idea.

Su convalecencia progresó restableciendo su estado anímico, en modo que el apetito hacía mella en su estómago, y eso era buena señal para su salud. Pensaba mucho, no encontraba la manera de olvidar lo sucedido. Solo la acompañaba una vieja revista de crucigramas para niños a la que le faltaba poco para terminar. Se hizo amiga de algunas sanitarias que le demandaban hasta los pormenores, se vio obligada a darle la vuelta al discurso que surgía entre ellas. Entendió que no podía dejarlas hablar, sino hacerlas charlar, en vista de que les gustaba contar hasta las horas que echaban de siesta. Esa era su táctica. Eran horas interminables, cada día indagaba si Nathan había llamado o hecho aparición, empero la contestación era negativa.

—El chico del que tanto pregunta nunca ha venido por aquí —fue lo que contestó una morena de pelo largo con un lunar entre ceja y ceja, en tanto que miraba el reloj porque aguardaba con ansia que terminase su turno.

—Él vendrá, lo sé. —Había un poco de certidumbre en sus palabras, o era que trataba de convencerse para soportar los días que pasaba en el hospital. Pero cada día que pasaba, la esperanza se desvanecía y eso la conducía a un estado pesaroso; sin embargo, a pesar de las circunstancias, tenía la certeza de que lo vería de nuevo.

Regresó a su habitación, se metió bajo la sábana y, esta vez, decidió anular cualquier triste pensamiento. Puso la mente en blanco, con su vista fijada un punto vacío, en el contexto en que estaba. Era como si su cerebro hubiera anulado lo sucedido. No quiso pensar qué haría cuando saliera de allí. ¿Adónde iría? Siempre que afloraba esa pregunta en su cabeza pudo evadirla cerrando sus ojos. Quieta, tendida y con la almohada torcida en su cabeza, se acurrucó y se durmió.

CAPÍTULO XXV
LA HUIDA

El día anterior por la noche, la enfermera apoyó un paquete encima de la mesa, pegada a la camilla, para Mercedes, porque la encontró dormida. Contenía un sobre amarillo con algunos dólares, pasaporte y un boleto de avión. Una risita leve afloró en sus labios. Se maravilló y, atónita, apretó lo que había recibido contra su pecho. Deseó con euforia que arribase el momento de regresar a casa. En ese instante, escuchó una voz ronca que averiguaba por su nombre, al mismo tiempo que unas cristalerías caían al suelo, o algún objeto de metal, por el sonido. Una voz le dijo en su cabeza: «Escapa, vienen a por ti». Los hombres del Mariachi estaban allí para darle «caza». De puntillas, ojeó por la puerta, sin dejarse ver, y vio a aquellos tipos. En silencio, volvió hacia atrás, con los latidos del corazón a mil. No había tiempo para pensar, había llegado la hora de huir de allí. Tocaba alcanzar la salida sin que nadie la atrapara.

Los chillidos de las enfermeras la asustaron, las maltrataban para que hablaran; al parecer, ellas se retenían por el secreto profesional de médico al público. Había papeles por doquier; uno de los hombres agarró por el cuello a un doctor y le apuntó con la pistola en la sien. Estaba lleno de miedo. Consciente de que, si no hablaba, lo matarían, señaló con el dedo hacia el pasillo y emitió el número con voz temblorosa. Lo único que se llevó fue un empujón que lo hizo desplomarse en el suelo.

Mercedes, rauda, agarró el sobre y lo escondió debajo del camisón. Anduvo con sigilo para que no cayera, bajó los escalones y entró en una habitación en la que las pacientes dormían y robó su ropa. Accedió a un cuartito y se cambió con rapidez, solo faltaban los zapatos. Descendió otro nivel, caminó por el pasillo y, sin pensar, entró en otra habitación, esta vez, las pacientes estaban despiertas. Vio las zapatillas de una mujer anciana, se le acercó y le preguntó el nombre al compás que se las calzaba. Se retiró con prisa y dejó a la señora con la palabra en la boca, extrañada. Le dio la espalda sin importancia y agilizó el paso. Halló una estancia y allí se quedó horas en guardia a que ellos se fueran, oyó pasos para arriba y para abajo. Mercedes clamaba para que no la encontrasen porque sería el final de sus días. Lo que la esperaba sería indescriptible a los ojos de cualquiera. Asustada, en la oscuridad, escuchó a un chico decir:

—Hay que buscar en cada rincón que exista en este pinche

hospital.

Advirtió alejarse de su escondite los tacos de las botas de vaquero que repiqueteaban en la pavimentación.

Si se quedaba allí encubierta, la descubrirían. Antes de ocultarse, había visto a un señor en una silla de ruedas; aguardó a que estuviera despejado y la empuñó al compás que la hacía mover hasta el elevador. El sonido de la sirena de la ambulancia se percibía con más claridad a medida que bajaba. Las puertas se abrieron y observó a una mujer que se dirigía al mostrador con un vestido elegante y con el maquillaje corrido, como si hubiera pasado la noche en un *night club*. Otras enfermeras caminaban en sentido contrario. En una esquina, contempló a dos doctores que charlaban al unísono mientras reían. Delante de los médicos, había un chico con la mano izquierda y la pierna enyesadas, y la cara con empellones violáceos por los golpes sufridos. Un murmullo incomprensible se escuchaba por las tantas voces que dialogaban al mismo tiempo.

Mercedes, dolorida por los movimientos repentinos, sintió que el señor comenzaba a agitarse y era mejor dejarlo allí para no levantar sospechas. Al fondo, vio una abertura y, a la derecha, una fila de personas que esperaba su turno; sin hesitar, caminó en dirección al letrero que decía en inglés «exit». Ahora tocaba huir sin saber cuál sería su rumbo porque desconocía las calles del pueblo, tampoco sabía dónde se encontraba. En fuga en un país inexplorado y con cara despavorida, se aventuró a buscar algún lugar donde poder descansar.

Deambuló por los alrededores y de esquina en esquina hasta que halló un *bed and breakfast,* en el letrero presenciaba dos estrellas. Entró y demandó:

—¡Hola! ¿Puedes darme el precio de una habitación para una persona?

La chica le dio varios costes, ella optó por el de menor precio.

—Entonces… —solicitó la chica, que se tocaba la melena de color rojizo que le llegaba debajo de los pechos.

—Sí, disculpa, ve haciendo la registración a nombre de… —se detuvo al comunicar su nombre, era peligroso, pero tenía que enseñarle el pasaporte de todas formas— Mercedes Martínez. En tanto, paso al baño.

—De acuerdo —contestó.

Cuando encontró el servicio, de inmediato, abrió la puerta y le puso el pestillo, bajó la tapa del váter y se sentó. Respiró hondo y se estrujó los ojos. Extrajo del bolsillo del pantalón el sobre y vio la fecha del boleto. «Faltan dos días para el vuelo». Sacó el dinero y lo contó; tenía trescientos cincuenta dólares para sobrevivir un par de días. Se guardó cien, así evitaría contarlos delante de la muchacha. Hizo pis, se lavó las manos y fue a la recepción.

—¿Ya está lista? —interrogó. Apoyó los brazos en el borde del mostrador a la vez que miraba hacia la entrada, por si pasaban sus perseguidores. Repiqueteaba los dedos con impaciencia. Anhelaba estar a solas en un lugar seguro para calmarse y poner en orden su cabeza. Gracias a Dios pudo escapar antes de que los hombres del Mariachi la agarraran.

—Necesito su identificación —requirió la muchacha. Tomó algunos *depliants* y los colocó debajo de la llave del pequeño cuarto que le iba a ceder a la nueva cliente.

Mercedes, juiciosa de que era un error, se lo entregó. La chica lo abrió en la página correspondiente y lo leyó. Fijó el folio y ella sospechó que la había reconocido. Quizá los matones habían ya pasado por allí a buscarla.

—¿Qué?

—Ah, naciste en la República Dominicana.

—Así es.

Había leído en el pasaporte que era mexicana, pero su lugar de nacimiento era República Dominicana. Eso traería menos sospechas porque, en el momento de viajar, ya ella había entrado con un pasaporte diferente. Lo que no entendía era de dónde Nathan había tomado la foto, ya que la tenía guardada en el rancho en donde vivía Vicente. Estaba junto a algunas fotocopias y papeles que había realizado con el abogado del Mariachi.

Esperó a que terminara y le diera el número correspondiente de la habitación. Allí se instaló, se encerró, puso el seguro a la puerta e inclinó una pequeña butaca tapizada para bloquear el llavín. Observó a su alrededor, era un cuarto precario, sin nada, solo con un lecho, una silla y el pequeño baño sin lavamanos. La ducha estaba encima del inodoro, por lo que se mojaba cuando se utilizaba. Dejó caer agua con rapidez sobre su cuerpo para quitarse el olor a hospital y a medicinas de encima. Se recostó, sin poder conciliar el sueño, a pensar en todo lo sucedido, acompañada de su soledad y su silencio. Solo un ángel de la guarda podría ayudarla a llegar al aeropuerto de Santo Domingo. Necesitaba con urgencia hablar con su amiga, ¿cómo podría hacerlo? No sabía en qué momento había perdido el teléfono que se le cayó a Nathan durante el tiroteo.

Allí se quedó quieta y un poco más tranquila.

***

Vicente no se daba paz. La situación se le había torcido. Había tomado a uno de los asaltantes de rehén y lo torturaba para que hablara; sin embargo, el chico se retenía, estaba seguro de que lo haría hablar para después aniquilarlo. Su malhumor aumentó cuando sus hombres le dieron la noticia de que no habían encontrado a

Mercedes. Se la haría pagar. Paco, que todavía estaba convaleciente, le sugirió dejarlo así. También le dijo que, si la habían secuestrado para llegar a él, los contrincantes estarían vivos y, ahí, ellos aprovecharían para saber quién le armó la emboscada. Vicente aceptó el consejo asertivo.

Dos días más tarde, el muchacho soltó lo que sabía, hasta la dirección donde se reunían con su patrón. Vicente se apresuró y organizó el asalto al almacén, que se hallaba a ocho kilómetros. Paco, aun con su dolor, no quiso quedarse en el rancho. Consideraba que era una injusticia de su parte dejar solo a su jefe. Entendía que lo necesitaba, y ahí estaba para llevarse por delante a quien fuera, solo por verle la cara al traidor que premeditó la emboscada. Cinco camionetas 4 x 4 con los secuaces del Mariachi salieron a buscar venganza. Vicente albergaba la esperanza de que Mercedes estuviera con ellos. Solo era cuestión de tiempo descubrir su escondite.

Seis de ellos se desmontaron con sigilo, rodearon el lugar de modo que pudieran percatarse de que estaba despejado y así daban vía libre a los otros.

Uno de los hombres avistó a uno de los involucrados y se lo refirió de súbito al Mariachi.

—Jefe, el chico con el tatuaje en la mano, se fuma un cigarrillo afuera, aunque esté encapuchado, estoy seguro de que es él.

—Lo quiero vivo —claudicó con rencor.

—Recibido.

La emboscada dio inicio, tomaron de rehenes a cinco hombres que estaban dentro del almacén.

—La chica —gritó Vicente—. ¿Dónde está la chica?

—Aquí no hay mujeres —respondió un chaval, atemorizado.

Vicente le pegó un tiro en la rodilla al que estaba a su lado para asustarlo. Esperaron un poco, porque se limitaban en soltar la verdad. Él optó por comenzar con los golpes y trompadas al notar sus reticencias.

—La dejamos muerta en medio de la calle —confesó a gritos el atropellado.

Vicente miró a Paco, y él, con la punta de la pistola, le dio en la frente, que sangró de inmediato.

—Queremos la verdad —dijo Paco.

—Murió desangrada y la abandonamos en la acera. —Paco le dio un plomazo en el corazón y los dejaron allí tirados, como evidencia de que se les venía una guerra.

Se llevaron a los otros para darles su merecido y sacarles el nombre de su capo. Más adelante, harían ajuste de cuentas.

CAPÍTULO XXVI
UN ÚLTIMO INTENTO

Mercedes se levantó más temprano de lo debido. Había dormido poco y, en el momento en que podía conciliar el sueño, los sucesos se presentaban para agitar su inquietud. Cada fibra de su cuerpo estaba en tensión. Con excitación y la incertidumbre, veía lejano verse acomodada en el avión. Sola y sin contar con nadie, tenía las tripas retorcidas de los nervios y pensaba: «¿Podré volver a Santo Domingo sana y salva?». Todavía no se había detenido a elucubrar si, cuando llegara, cambiaría o continuaría con la misma vida. Estaba tan turbada que en su mente albergaba el arribo, sin meditar en la jodida decisión que la había conducido al borde de la muerte. Esa historia que ella imaginó como color de rosa y que se convirtió en una ilusión desdichada. Sentada en la esquina del pequeño lecho, esperaba en guardia a que las horas pasasen para abordar el momento de partir con antelación y llegar a tiempo para su vuelo. En ese instante sintió una náusea fuerte, corrió a expeler lo que su estómago refutaba retener. Un sudor frío recorrió su cuerpo, y su estado anímico tomaba un color blanquecino. Se cepilló los dientes con los dedos, ya que evitó desperdiciar el dinero en los utensilios para el aseo personal.

«Es lo menos que me esperaba, sentirme mal ahora que falta poco», caviló para sus adentros.

Se recostó y subió los pies a la pared para regresar a la normalidad. Con un temple desahuciado se quedó allí, por fortuna, estaba a tiempo. Después de un largo rato que volvió a estar más calmada y al advertir que se sentía mejor y con la certidumbre de que casi se encontraba en el aeropuerto, se encaminó al pequeño y precario *hall* del *bed and breakfast*, y habló con la recepcionista.

—¿Por favor, puedes contactar un taxi? —solicitó a la nueva chica que estaba de turno.

Eran las cinco de la madrugada y comenzaba a amanecer. Aquella alba que se levantaba para dar paso a la luz del sol. Salió a la acera y divisó cerca de la esquina una cafetería; sin pensarlo, dejó a la chica contactando a la compañía que prestaba el servicio de taxis, mientras recitaba una y otra vez la dirección del lugar. Mercedes aprovechó y fue a comprar un café caliente, quizás la ayudaría a animarse un poco. Le hizo señal de que regresaba de inmediato. La chica asintió positiva.

En la cafetería, le dio las gracias a la señora, tomó el vaso de

plástico y vertió despacio el líquido humeante en su boca. El primer trago bajó con dureza por su garganta para depositarse en el estómago. El segundo lo sintió con una leve suavidad. Con el vaso empuñado por la parte de arriba, regresó a donde la muchacha del *bed a breakfast.* Esta, al verla llegar, le dijo:

—Ya viene en camino.

Esas palabras significaron mucho para ella. No veía la hora de irse de allí. Continuó hasta acabar su café.

—Muchas gracias. ¿Me podrías decir cuál es el precio de una carrera?

La señorita le respondió la tarifa básica en pesos mexicanos. Esa información fue incomprensible al no saber su valor. Sin retractarse, le pidió otro favor de calcularlo en dólares. La chica le respondió con amabilidad y cordialidad, Mercedes lo agradeció con una sonrisa forzada. Con ello dedujo que tenía bastante efectivo para pagarle y comprar un sándwich dentro del aeropuerto, ya que el día anterior solo había comido unas enchiladas.

Pasaron cinco minutos y el taxi estacionó enfrente, escuchó que sonó el claxon a la espera de la nueva cliente. Mercedes se alejó rauda, miró para todos lados, pero no vio a nadie. Las calles estaban desoladas, solo los recogedores de basura hacían su trabajo a unas cuadras de allí. Sin preámbulo, se montó en la parte trasera.

—Por favor, al aeropuerto, a la zona de salidas —especificó con acurada determinación.

—Buen día —saludó el conductor con un acento jovial.

Mercedes simuló una sonrisa y contestó con las mismas palabras.

—¿Puede decirme el precio?

El chico tomó el transmisor, pronunció su nombre y la demanda a la central. Aguardó unos segundos y refirió lo que habían comunicado, pero ya Mercedes lo había oído.

—¿En dólares?

—Lo calculo cuando lleguemos a destino, que ahora estoy a la guía y me es imposible utilizar el teléfono.

Se produjo un silencio por parte de ambos. Ella apoyó el codo en la puerta y se llevó la mano a la boca, se mordió los nudillos. Antes de bajar, se pasó un poco de agua por el pelo para evitar verse con el aspecto desaliñado que la había acompañado desde que escapó del hospital. Había dejado las pocas pertenencias allí, por la premura de huir, no tuvo tiempo de recogerlas. Su vestimenta era aceptable, una talla más grande que la de ella, pero era lo menos que le importaba. Sin valija, solamente con un billete en las manos y algunos dólares que empuñaba como si fuera un tesoro. El tráfico era desahogado en aquellas horas de la mañana, se observaban las primeras personas que

iban a sus trabajos, unos en motores, otros en coches y algunos caminando. Se veían los primeros autobuses haciendo su parada. Dejaron la ciudad y se sumergieron en el verde del paisaje. Mercedes destacó un restaurante donde el letrero decía: «Tacos calentitos». Su mirada se detuvo en la imagen invitadora para que entrara y consumiera el delicioso taco. Anheló estar allí dentro sin preocupación, masticando y degustando cada condimento.

Los latidos del corazón se aceleraron al ver el cartel en grande del aeropuerto. Unas palmas se movían con ligereza, frente a los cristales. El taxista estacionó enfrente y pinchó el triángulo de las flechas de intermitencia. Tomó el móvil del bolsillo de su camiseta y, de inmediato, calculó la tarifa en dólares, tal y como le había pedido la pasajera.

—Gracias —respondió Mercedes. Le pasó el dinero contado y doblado.

—¿Puedo darte el sobrante en moneda local? Es que no tengo dólares de respuesta —dijo, al mirarla por el espejo retrovisor.

—Sí, claro. —Le pareció una buena idea, así después podría pagar la comida de allí dentro.

Se dirigió a buscar la compañía aérea que especificaba en el boleto; cuando la encontró, examinó el monitor y distinguió el vuelo con destino al Aeropuerto Internacional de las Américas de Santo Domingo. Compró un bocadillo y un café con leche y se sentó detrás de una columna, y tapó su visual. Cercana al mostrador, aguardó a que los dependientes de la aerolínea abrieran y dieran paso a la registración de los billetes.

Allí esperó.

Sola.

Ilusionada.

Una vez que dieron acceso, sin ningún tipo de problemas, atravesó la aduana con los nervios a flor de piel.

Mercedes caminaba por el pasillo del avión, con la mirada hacia arriba en busca del número de asiento; una vez localizado, se sorprendió al ver al hombre en el sillón contiguo al que le tocaba.

—¿Otra vez tú? —manifestó al observar a Nathan y acomodarse a su lado.

—Sí, vine a hacerte compañía.

—Pensé que no querrías volver a verme.

Una azafata se posicionó delante de ella, se asustó porque sabía que llevaba un pasaporte mexicano. Por fortuna, fue una falsa alarma, la chica se ladeó a hablar con su colega. Soltó un suspiro para bajar la tensión.

—Solo te acompañaré hasta que regreses bien a tu casa.

—Bonito de tu parte. ¿Por qué no fuiste donde me hospedé? —

repuso, al intuir que la seguía y sabía sus más ínfimos movimientos.

—He tenido muchas cosas que hacer.

—Los capos como tú siempre están ocupados —le respondió con la sospecha de que no decía la verdad. Ella suponía que la quería evitar por la última conversación que habían tenido. Notó que algunas personas la miraban, extrañados. Decidió bajar el tono de voz casi en un susurro.

Mercedes se abrochó la cintura, abrió el panel de plástico delantero que se utilizaba para comer o como apoyo para los pasajeros.

—Tienes razón. ¿Estás contenta de regresar? —Él captó un leve brillo en su cara. Permanecieron un buen rato mirándose.

—Sí —contestó seca. Cerró los ojos, prestó atención a los comentarios que fluían entre los pasajeros. Muchos eran turistas, otros, dominicanos y varios, ejecutivos, por la forma en que iban vestidos.

El vuelo fue placentero, en el despegue sintió un cosquilleo y una onda de electricidad que le recorrieron de los pies a la cabeza. Le había pedido el móvil prestado a una chica dominicana en el asiento de al lado y mandó un mensaje a su amiga con los detalles. También le envió la foto del boleto, con aquella información la iría a recoger, pero no pudo esperar su respuesta porque no era su teléfono. Ya había hecho mucho y se lo agradecía. Al final, pudo sentir sosiego. Continuaron su conversación en un murmullo. Nathan pudo hacerla sonreír y se deleitó con aquella ingenuidad que envolvía su corazón.

***

El avión aterrizó en el perfecto horario previsto. Nathan le sostuvo la mano fuerte, lo que advirtió fue indescriptible. Sus pupilas chocaron condescendientes, los dos estaban serios, había arribado la hora. Después de que el piloto diera vía libre para abrir las puertas, Mercedes se dio cuenta, a través de la ventana, de que se encontraban lejos, en la pista de aterrizaje. Tendrían que caminar hasta alcanzar la salida.

—Estamos en Santo Domingo, has llegado a tu tierra, Mercedes.

—Gracias a Dios he arribado sana y salva —pronunció aquellas palabras con alegría. La vida le había regalado una nueva oportunidad de regresar viva a su hogar.

Se levantó y se puso en fila con los demás pasajeros, muchos sacaban del compartimento superior sus valijas de mano. Despacio, avanzaron hacia la salida del avión. Bajaron los escalones y el viento movió su ropa. Se agarró a la pasarela de hierro para sostenerse mejor. Cuando faltaba un escalón para pisar tierra dominicana, Nathan apoyó su mano en su hombro. La miró con gran intensidad.

—Suerte con tu vida.

—La voy a necesitar —repuso. Se dio cuenta de que la pareja delante de ella se ladeó y la examinó de una forma insólita.

Marchaban al compás, Nathan vestía una manta blanca, que se meneaba por el soplido del viento que producía el avión. De un momento a otro, Mercedes notó que giró en sentido contrario a la multitud. Perpleja, vislumbró una luz que lo acompañaba mientras continuaba su curso.

—¿Quién eres en realidad? —inquirió con un tono de voz medio alto.

—Soy tu ángel de la guarda.

La dejó atónita, con la palabra en la boca, y con un sinfín de preguntas que afloraron es su memoria.

A la vez que la confusión se acrecentaba con los demás pasajeros, cada paso que daba, Nathan se esfumaba en la nada. Ella se estrujó los ojos porque, al alejarse, su silueta se dispersaba con el viento. «Entonces, ¿todo este tiempo yo hablaba sola?».

Mercedes comprendió que Nathan era fruto de su imaginación.

EPÍLOGO

Mercedes se encontraba sentada en la esquina del lecho de su amiga, la Matatana. Le contó con punto y coma lo que le había sucedido desde que pisó el territorio de México. Agradeció en su mente que no le reprochara con un «te lo dije» o «te lo advertí». También le habló de Nathan, pero sintió reparo en contarle su despedida. Estaba contenta, se notaba la alegría de haber vuelto a su pasado en la cara y que su amiga perteneciera a ello. Como una adolescente en sus plenos dieciochos años, anuló lo que había vivido los últimos días sin darle importancia. Ni siquiera pensaba de volver a la escuela. Para ello había tiempo o le daba igual repetir el año escolar. Para Mercedes, nunca fue su prioridad, por más que su madre insistiera en que no la dejase.

—Entonces, ¿el tal Nathan fue quien te ayudó a regresar? —destacó a la vez que pendía las ropas planchadas del día anterior.

—Sí —replicó con parsimonia. Se quedó ensimismada, pensando en lo último que le dijo y en las inquietudes que brotaban en su cabeza. Estaba convencida de su respuesta, aunque, en su interior, se preguntaba quién la ayudó con los billetes si no fue Nathan.

—¿Y tuviste que pagarle? —La Matatana ladeó el costado, buscó su móvil y lo empuñó.

—Él nunca insinuó que tenía que darle nada a cambio —confirmó, acostada con la almohada debajo de su cabeza. Hablaba como si él fuera real, porque para ella lo había sido.

—Suena raro… Los hombres no hacen favores sin recibir su premio —le soltó sin tapujos. Por su experiencia con ellos y su instinto de mujer, sabía que cada espécimen buscaba lo suyo cuando se acercaba a una fémina.

—Hay personas que hacen el bien sin intenciones de que les devuelvan alguna recompensa —confirmó como si fuera un hecho. Por la experiencia tan real y sublime que tuvo con Nathan, si bien, al principio, había creído que fingía, su comportamiento conquistó su confianza.

—¡Qué poeta te has puesto! —le dijo su amiga. Se percató de que se entristecía y, para que alejara esa pena que afloró en su cara, mencionó—: Vamos a ir a un bonche hoy por la tarde en el colmadón de la esquina.

—¿Y qué se celebra?

—Han publicitado que traerán un *disc jockey*, tenemos que

llegar temprano porque van a poner especiales de bebidas.

—Imagino las personas que van a asistir. —Tras decir la última palabra, se quedó como ida, pensando en lo que su amiga le decía.

—Será una buena fiesta. Almorzaremos, nos cambiaremos y pa la c-a-l-l-e. —Tronó sus dedos delante de Mercedes para que regresara de su ensimismamiento.

—¿A qué hora empieza?

—A las dos, pero llegaremos a las tres.

—Sí, porque falta poco para las dos de la tarde —comunicó Mercedes, había visto la hora con anterioridad en el reloj del salón. Pensaba ducharse antes.

—Celebraremos tu llegada a tope. ¡Estás de vuelta! Y qué mejor compañía que tu amiga para celebrarlo —expresó la Matatana, se aventajó de serlo y le entusiasmó arrastrarla con ella a disfrutar de la tarde.

—Ay, te digo algo; no quiero ir, me gustaría quedarme aquí. —Se limitaba a complacerla, pero dudaba que aceptara, porque parecía bastante fervorosa de ir hasta allí.

—No seas aguafiestas. ¡Vas a dejar que vayas sola! —le reclamó con un tono mordaz. Con su móvil, puso un reguetón, le dio volumen y bailó al compás del sonido.

Mercedes la observó al sentirse un poco culpable. Ya le había hecho el favor al dejarla dormir en su casa. Le daba reparo retractarse, si no la acompañaba, se enfadaría, y era lo menos que deseaba en ese momento. Así que optó fue por un sí forzado. Advirtió una sonrisita en la cara de su amiga.

—¡Venga, eso es!

***

Mercedes había llamado a su madre, le dijo que estaba de vuelta. Le especificó que mañana regresaría a casa. Lo que recibió de respuesta fue: «Tenemos que hablar» y, sin agregar comentario alguno, colgó. Ella levantó sus hombros, sin darle mucha importancia a lo referido por su madre.

Andando rumbo al colmadón, la música comenzaba a sentirse más nítida. Las primeras mesas ya estaban ocupadas; ellas, sin tener mucho que elegir, optaron por una central que todavía se encontraba vacía. La barra estaba ya ocupada sin un espacio para colarse. Había varias parejas bailando con los treinta y tres grados de temperatura. Otras se deleitaban, principalmente, con los hombres y mujeres que juntos daban un espectáculo mientras contoneaban sus caderas. La alegría mostrada en sus rostros era el efecto de que lo estaban pasando bien.

Entre charlas y risas, el *disc jockey* animaba a la multitud de

personas que disfrutaban la fiesta del domingo por la tarde. Los minutos se esfumaban y, cada vez, más personas ocupaban las últimas mesas vacías. Había gente por todas partes, hasta sentadas en los motores con cervezas en las manos. Otros abrieron el baúl del propio vehículo y se apoyaron sobre él.

Mercedes, contenta, disfrutaba del momento y de la libertad, veía el mundo de otra forma. Algunos chicos comenzaron a invitarla a bailar; sin pretensiones, aceptaba. Sonreía y cantaba a coro con los demás. Miraba a los jóvenes de forma seductora, se veía bonita con la ropa que le había prestado su amiga. Pero… le faltaba algo para complementar aquella tarde: sus narcóticos, de los que su amiga no sabía nada. Observaba a su alrededor por si veía a alguien que pudiera suministrarle una dosis. Inquieta, tuvo que aparentar con disfrutar de la música para evitar que la amiga sospechara.

Sin pensar y dar mucho peso a lo que le había pasado, quizás era fruto de sus dieciocho años, aquella insensatez en volver a lo mismo sin pensar en cambiar de vida. Había decidido seguir los pasos de su amiga, en vez de ponerse a meditar y comenzar de una manera diferente, ya que la vida le había dado otra oportunidad. Sin embargo, era demasiado joven, por ello refutaba los consejos de su familia o de cualquier persona que le dijera la verdad o le hiciera un comentario de que pudiera estar equivocada.

Mercedes y su amiga, raudas, ladearon el costado al escuchar que dos chicos discutían. Un litigio que acrecentaba con el pasar de los segundos. Observó cómo uno de ellos extrajo de la parte posterior del pantalón una pistola, todos allí quedaron asombrados, muchos corrieron y dejaron vacío el local, otros se tiraron al piso. Ella agarró el pulso de su amiga para alejarse porque la situación se agravaba en milésimas de segundo. Captó la forma en que la multitud se expandió, en tanto que el chico de la pistola apuntaba y el otro reaccionaba de inmediato agarrando su pulso para impedir que apretara el gatillo. En el forcejeo, un disparo salió sin rumbo fijo, y luego otro y otro.

Todo pasó tan rápido que no le dio tiempo a escapar. Cuando Mercedes se agachó, sin poder echar a correr, sintió algo caliente traspasar su pecho y, al momento, cayó al suelo. Los gritos de la multitud se hicieron latentes en su cabeza, entretanto escuchaba la voz de su amiga llamarla para que la alcanzara, pero fue inútil porque sus fuerzas se debilitaban.

En ese momento, su vista se empañó, vio su entorno blanco y a Nathan que se le acercaba.

—Nathan —pronunció al ver que le tocaba la mejilla.

—Estoy aquí de nuevo.

Mercedes expulsó un gemido de dolor.

El disparo había alcanzado su corazón. Su respiración se

entrecortaba y se hacía más lenta de lo normal.

—Voy a llevarme tu alma para anestesiar este dolor que sientes —expresó Nathan, con dos alas blancas detrás de su espalda.

—Eres como un ángel enviado por Dios —repuso con un gesto despreocupado al estar a su lado.

—Lo soy —declaró con pulcritud.

—Llévame contigo.

—Lo haré.

—Gracias —musitó Mercedes con un tono asertivo al tiempo que cerraba los ojos.

Su ángel y su alma volaron juntos hasta desaparecer en la nada.

***

Mercedes se marchó de este mundo sin saber que quien la había ayudado fue la señora Lupe, la que la recibió el día que llegó al rancho. Pagó al falsificador para que le hicieran el pasaporte y que aquella chica volviera a su casa sana y salva. Nadie supo nada, se movió sola. Ella fue quien le entregó a la enfermera el sobre con los documentos.

Lupe le tenía pena, y sabía que estaba pasando unos días difíciles en aquel lugar. El mismo día de su encuentro, supo que era una novata y había sido engañada con los lujos que Vicente le había propuesto. Por ello nunca hizo amistad con ella, para que no la inmiscuyeran por si pasaba algo.

¿Por qué lo hizo? Porque su sobrina había pasado por las mismas circunstancias que Mercedes. Encontró a un hombre que le ofreció hasta las estrellas, pero mano a mano que pasaban los años su aspecto cambiaba. Se podría decir que las drogas arrasaron con su vida, por culpa de un narco.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Hablando de la historia, en muchos libros vemos cómo los personajes evolucionan y eso nos llena de satisfacción, pero hay ocasiones, no solo en los libros, sino también a nuestro alrededor, en las que existen personas que evolucionan en regresivo. Mercedes fue una de ellas. Fue una adolescente que inconscientemente, se aferraba a su pasado para no salir hacia adelante, aunque sus familiares buscaban la manera de hacerla razonar.

Mercedes es:

Terca.

Ingenua.

Ilusionada.

Cree en su amiga, una chica dañina para su vida.

Pero… ella es así, tal cual.

AGRADECIMIENTOS

A ti por llegar hasta aquí y acompañar a la historia de Mercedes hasta su final.

SOBRE LA AUTORA

Ada K. Soler, tras este seudónimo se encuentra la escritora dominicana de novela romántica afincada en Italia. Arquitecto de profesión, se caracteriza por su alto sentido de la estética y el

perfeccionismo en todo lo que emprende. Es autora de varios libros, entre ellos: **«Tornado»,** marzo 2021, **«Cacao para mis nervios»,** agosto 2021, **«El Heredero del Palacio»,** mayo 2022 **y «El Protector del Palacio»** junio 2022 - **La Bilogía Año del Buey** ambientada en China.

Nació sumergida entre libros y papeles por la profesión de su madre. Durante los años, y con el deseo de aprender el idioma italiano y el inglés, se convirtió en una lectora políglota empedernida de diferentes géneros (menos de terror). Después de numerosos libros que había leídos, comenzó a idear si sería capaz de escribir, desde entonces fue poco a poco buscando información y formándose hasta que un día leyó una frase de una escritora que decía:

«Trust in your instinct write the gender that you like to read».

Adora escribir plasmar en folios todas las ideas que pasan por su cabeza, creando ambiente, atmósfera, escenarios y dando vida a personajes jamás existidos. A través de la lectura y la escritura ella se siente volar, sumergirse en ello le ayuda expulsar el estrés y sobre todo a relajarse. Sin la escritura y los libros su mundo sería totalmente aburrido. Se caracteriza, además por el género romántico, por el de viajes, sus historias se desarrollan en diferentes países y nos lleva de viaje con ellos, descubriendo culturas y la idiosincrasia de sus habitantes. Una peculiaridad de sus historias es, que te lleva a conocer ciudades declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

JERGAS USADAS EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

*Pinches, no manches: palabras usadas por los mexicanos.

[1] Guaguas: autobuses.

[2] Bonche: fiesta.

[3] Dembow: género musical urbano, derivado del reguetón.

[4] Chapiadora: mujer que usa su belleza para obtener dinero, objetos y lujos de su pareja o amigos.

[5] Hookah: es a una pipa de agua o cachimba con un tubo. Los orientales le suelen llamar narguilé, hookah o shisha

[6] Teteos: fiesta. Salir a divertirse y bailar.

[7] *liquor store*: licorería, es una tienda donde se vende y se consume bebidas alcohólicas.

[8] Motoconcho: motocicleta de alquiler con conductor que traslada a una persona al lugar deseado.

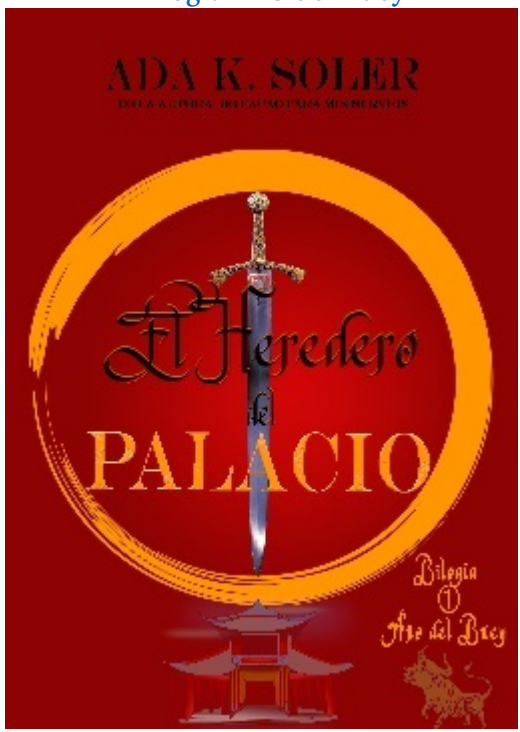
[9] No manches: expresa la inverosimilitud o incredulidad de alguien frente a un hecho o una expresión dicha.

[10] Pinches: que es despreciable o muy mezquino.

[11] Planta agave o maguey: se utiliza para a hacer el tequila.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

Bilogía Año del Buey 1



Sinopsis

Un recuerdo funesto,
Un destino inevitable,
Un descubrimiento inesperado.

Kumiko nació en Pingyao, China. Vive en una precaria casa junto a su Madrastra, en la que se siente cómoda, y por lo que agradece tener un techo. Desde que a sus padres los asesinaron, lucha por borrar esa pesadilla que la atormenta. El peso que lleva en su espalda por lo ocurrido la llevan a cegarse completamente y a cometer el más fatídico error.

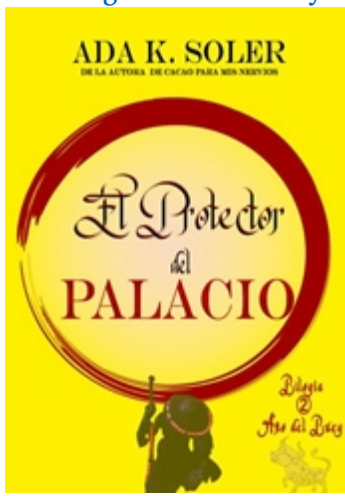
¿Qué hará Kumiko cuando encuentre al culpable de sus tristezas durante todos estos años?

Wong es el Heredero del Palacio. Al que lo traiciona o engaña no le importa darle el más vil castigo. Nadie puede contradecir las reglas que impone. Ha luchado para llegar hasta donde se encuentra, y no le permitirá a nadie que interfiera en su camino. Solo le falta una cosa en

su vida: está trabajando para conquistar Pingyao y manejar la ciudad entera a su antojo.

¿Cómo actuará el Heredero del Palacio cuando la ordinaria de Kumiko se le atraviese en su camino?

Bilogía Año del Buey 2



Sinopsis

Un auxilio,
Una disputa,
Un enfrentamiento.

Al Protector del Palacio, titubante, no le queda de otra que salvar a Kumiko. Pero ¿cómo lo hará si Wong se interpone? Encontrará la manera cueste lo que cueste, o tendrá que dejar que las ratas se la coman en el tétrico búnker.
En su interior sabe que ha infringido las reglas, pues alberga sentimientos por la fémina prohibida, ¡un acto que no quedará impune ante del Heredero del Palacio!

¡Atrévete a descubrir la segunda parte de la bilogía Año del Buey!

Sinopsis

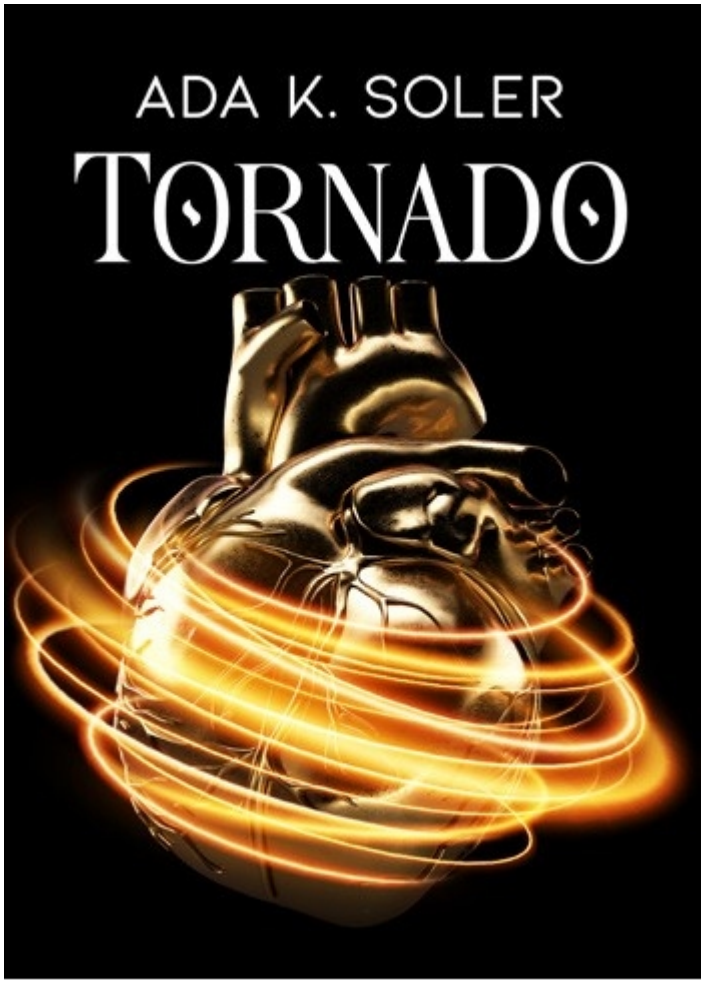
Dos mundos completamente diferentes.
Dos océanos de por medio.
Dos tribus distintas.

Maryam es una joven asiática, de origen malayo, que creció bajo las duras reglas del pueblo orang asli. Trabajadora e independiente, vive con su mejor amiga, Jiang Li, con quien se aventura en uno de esos viajes que tanto les gusta hacer, esta vez fuera de las fronteras de Asia, lo que, sin entender el motivo, provoca en ella cierto nerviosismo.

Akud Keita trabaja en una compañía que organiza safaris en su país. A pesar de su dura niñez, fue lo que siempre soñó hacer en la vida y con lo que disfruta cada día de su vida. Cuando ambos se conocen en una de las excursiones organizadas por la agencia, la magia que siente cuando están juntos lo llevará a recurrir a terceros para poder atraerla hacia él.

¿Será lo suficientemente fuerte el amor como para romper con las

barreras de dos mundos tan opuestos?



Sinopsis

¿Extraerá la fuerza para alcanzar su objetivo propuesto, el cual se planteó antes de entrar en la oficina, o dejará que el momento funesto por el que está pasando la hunda?

Maite del Llano se encuentra por culminar la carrera de

Arquitectura. Cuando creía que su vida estaba encaminada, un engaño y una noticia desastrosa arribarán derrumbándola.

En la empresa en la cual trabaja recibe la asignación de un nuevo proyecto. Con la obligación y la presión, ¿será capaz de emplear sus habilidades para persuadir al dueño y opulento de la destacada publicitaria o lo rechazará por el acongojo?

Obligada a mantener una relación laboral con Chris del Monte, la puesta en juego que él confabula acaba sin vía de escape. Tendrá que utilizar sus dotes y mover sus cartas con cautela.

¿Con la ansiedad que acrecienta encontrará el modo de poner distancia o su habilidad la traicionará?